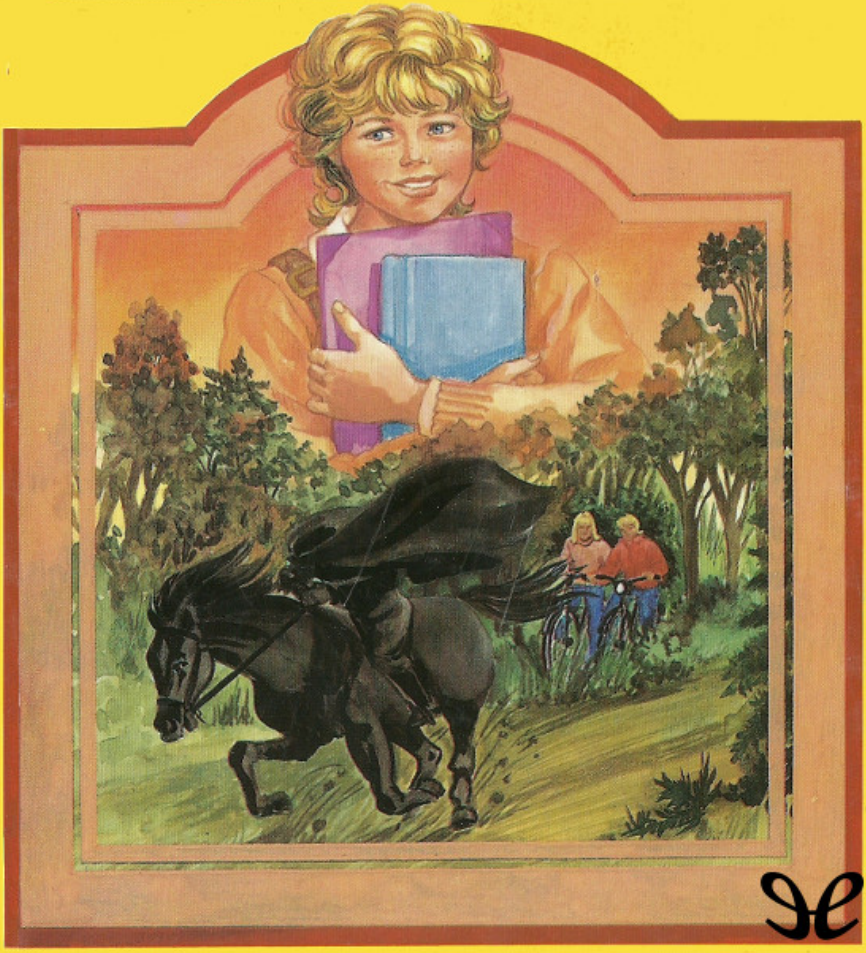
TRIXIE BELDEN

2

EL MISTERIO DEL JINETE SIN CABEZA



Los planes de los Bob-Whites para una colecta en el Bazar se tuercen cuando Harrison, el mayordomo de Di, desaparece. La búsqueda les lleva a Sleepyside Hollow donde encuentran a Harrison lesionado y encerrado en el sótano y Trixie sospecha que hay más de lo que cuenta en la historia. Sus sospechas provocan un distanciamiento entre ella y Di que se ensancha cuando Trixie intenta encontrar un jarrón desaparecido y limpiar el nombre de un hombre muerto. ¿Realmente lo hizo el mayordomo, y puede Trixie utilizar un acertijo simple y los árboles misteriosos del alfabeto para resolver el misterio? ¿Ella y Honey tendrán miedo del jinete sin cabeza que cabalga en los bosques de Sleepyside Hollow?

Kathryn Kenny

El Misterio del Jinete sin Cabeza

Trixie Belden 2

ePub r1.0
Titivillus 04.03.15

Título original: *The Mystery of the Headless Horseman*
Kathryn Kenny, 1979

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Misteriosa desaparición • 1

TRIXIE BELDEN, una muchacha de catorce años, se detuvo en la escalera de la escuela y observó el cielo. Murmuró:

—Lo sabía. Va a llover. Si hay tormenta, nos estropeará los planes.

Esto lo dijo dirigiéndose a su mejor amiga, Honey Wheeler, que estaba a su lado.

Los ojos, color avellana, de Honey parpadearon.

—No va a llover —repuso—. El hombre del tiempo ha dicho que hoy y mañana habrá cielo claro y tiempo soleado. Por lo tanto, tranquilízate.

—¿Y eso qué es? —argumentó Trixie, echando hacia atrás los rizos que caían por su frente, y señalando las nubes que flotaban sobre las montañas Catskills—. ¿Cómo le llamas tú a eso, espejismos?

Honey hizo un gesto ambiguo y apoyó la mano en el brazo de su amiga. El nombre de Honey era Madeleine, pero nadie la llamaba así desde hacía mucho tiempo. El cariñoso apelativo se debía al color rubio dorado de su pelo y a su carácter, siempre dulce. Era de la misma edad que Trixie, aunque algo más alta y delgada que ella, y, por supuesto, su amiga más íntima e inseparable compañera en muchas aventuras. A las dos chicas les encantaban los misterios y eran ya varios los que habían resuelto juntas. Su intención, o al menos así lo afirmaban, era abrir un día una agencia de detectives: Belden-Wheeler.

Pero en aquella mañana de otoño, el único misterio presente en los pensamientos de Honey era cómo conseguir que Trixie se diese prisa en subir al autobús de la escuela, que las esperaba para llevarlas a casa. Era viernes. Todos los profesores de la Escuela Combinada de Sleepyside tenían que asistir aquella tarde a una conferencia en White Plains (Nueva York), y ése era el motivo por el que los alumnos salieron a mediodía.

—Ya podrás mirar más tarde al cielo, Trix —insistió Honey—.

Recuerda que aún nos quedan montones de cosas que hacer si queremos echar una mano en el bazar de caridad de mañana. ¡Y no son muchas las veces que el autobús nos lleva a casa tan pronto! ¡Vamos, date prisa!

Trixie suspiró y dejó que Honey la empujara escaleras abajo, hasta la calle.

—Espero que tengas razón en lo del tiempo —le dijo lentamente —. Tengo la impresión de que va a ocurrir algo mañana en el bazar de caridad.

Honey se detuvo.

—¿Algo bueno o algo malo?

Los ojos de Trixie, habitualmente alegres, mostraban preocupación.

—Lo que pasa —confesó— es que no lo sé.

—¿Qué le acontece ahora a esa jovencita de cabeza de chorlito y cabellera enredada? —preguntó una voz burlona por encima de ellas—. ¿Es posible que en este mismo instante se encuentre ponderando el misterio de los Bob-Whites retrasados?

Quien así hablaba era Mart, el pecoso hermano de Trixie, que las miraba desde una ventanilla abierta del autobús.

Trixie se enfurruñó.

—Ya te he dicho, Mart Belden, que mi pelo no está enredado; sólo está rizado de modo natural, como el tuyo, ¡y no soy una cabeza de chorlito!

—Por supuesto que no —exclamó Honey apoyándola—. No hay más que pensar en todo el trabajo que Trixie ha realizado por todos nosotros. De no haber sido por ella, mi hermano Jim no se habría salvado nunca del fuego cuando se quemó la casa de su tío-abuelo. ¿Y quién, sino ella, resolvió el misterio del saltamontes perdido cuando la furgoneta «Hoppy» fue robada de la cochera del Ayuntamiento?

Honey se calló para tomar aliento; parecía estar dispuesta a seguir enumerando aventuras hasta no se sabía cuándo.

Trixie sonrió y movió una mano señalando el autobús, que se estaba llenando con rapidez.

—Date prisa —dijo—. No deberíamos hablar de las aventuras de los Bob-Whites donde pueda oírlas todo el mundo. Aunque no se trate exactamente de un club secreto, no creo que haya necesidad

de contarle a toda la escuela lo que estamos haciendo.

Mart se rió y levantó las manos, rindiéndose.

—De todos modos, estaba a punto de replicar —aseguró, bajando la voz—. Y a demostrarlo. Y sin mencionar las veces en que la señorita Gran Cerebro nos ha metido en uno de sus innumerables misterios pulquérrimos.

Trixie ya estaba acostumbrada al ampuloso modo de hablar de Mart, al que le gustaba utilizar palabras muy rebuscadas, que apenas sabía explicar. Pero esta vez acertó en el momento de dejar de lado las bromas.

—Para tu información, Mart Belden —exclamó su hermana inmediatamente—, la palabra «pulquérrimo» significa lo más limpio. Lo sé porque ayer tuve que definir esa misma palabra en clase. Por consiguiente, gracias por el cumplido, mi querido hermano gemelo.

La cara de Mart se puso roja de rabia. Si había algo capaz de sacarle de quicio era que le llamasen gemelo de Trixie. Tenía quince años, sólo once meses más que su hermana, pero eran tan parecidos que mucha gente creía que habían nacido al mismo tiempo.

—Si eres tan aguda, Sherlock —gruñó—, lo mejor será que mires tu bola de cristal, o lo que uses, y veas cuál es la mejor manera de dejar en paz a los demás —y con eso se retiró de la ventanilla, se recostó en el respaldo del asiento e hizo como que se dormía.

Las palabras de Mart iban encaminadas a que Trixie se enfureciese más aún, pero, en lugar de eso, se puso más feliz que en toda la mañana. Mart y ella se sentían en realidad muy orgullosos el uno del otro. Sabía que si alguna vez estaba en un apuro, Mart haría todo lo que pudiese para sacarla de él.

Una vez que subieron al autobús, se acomodaron en los asientos situados tras Mart, y Trixie susurró:

—Olvida mis preocupaciones, Honey. No creo que ocurra nada que estropee nuestros planes para el bazar de mañana. Supongo que me he pasado de temerosa. Todo irá bien. Y, de todos modos, los demás Bob-Whites aprovecharán la ocasión para incrementar la recogida de fondos para la UNICEF.

Los otros Bob-Whites, además de Trixie, Honey y Mart, eran Diana Lynch, de la misma edad que Trixie y Honey, considerada una de las chicas más listas de la clase; el hermano mayor de Trixie,

Brian; el hermano adoptivo de Honey, Jim, y Dan Mangan. Este último, Mart, Brian y Jim eran todos estudiantes de la Escuela Secundaria de Sleepyside.

No hacía mucho, habían fundado un club al que llamaron «los Bob-Whites de Glen», que abreviaban «B.W.G.»; no tenía un carácter meramente de diversión, pues sus miembros hacían cuanto podían para ayudar a la comunidad, lo mismo que entre ellos, y se habían esforzado en conseguir que su club tuviese éxito.

Honey echó una mirada por el autobús.

—Me pregunto dónde estarán los demás. ¡Ah!, ya los veo. Por ahí vienen. Pero ¿dónde está Di? Ya debería estar aquí. Tal vez sea la causa de tu presentimiento, Trix.

—Ya te dije que fue sólo un momento de frustración —contestó Trixie—. No le des vueltas.

—No lo creo, tus presentimientos siempre han sido acertados —insistió Honey—. En realidad, no me extrañaría nada que fueses una de esas personas que tienen lo que se llama percepción extrasensorial. Recuerda aquella vez en que fuiste la primera en comprendrer que el tío Monty no era en realidad el tío de Di. En aquella ocasión hasta el mayordomo de los Lynch se equivocó. ¿Sabes?, me parece que el viejo y atildado Harrison no se ha recuperado nunca de la sorpresa —se rió al recordarlo.

Trixie esbozó una sonrisa entre dientes, aunque su cara denotaba azoramiento.

—No olvidemos que Harrison todavía tiene la energía suficiente para ayudarnos a supervisar todos los detalles de mañana. Con los padres de Di en Arizona, no sé lo que habríamos hecho sin él.

—Incluso se ha ofrecido a ayudar al cocinero de Di a preparar la montaña de sándwiches y fritos que vamos a necesitar en el puesto de refrescos —añadió Honey.

—Harrison es muy eficaz. Admito que nunca creí que llegara a serlo.

—Tal vez fue ésa una de las veces en las que no funcionó tu percepción extrasensorial —le dijo Honey riendo.

—Pero no creo que tenga eso —protestó Trixie, notando que se ponía colorada otra vez—. Por lo menos, no más que casi todo el mundo. Creo que todos nosotros percibimos detalles insignificantes sin darnos cuenta… Supongo que sabes lo que quiero decir.

—No estoy muy segura —bromeó Honey—, pero sigue. ¿Qué ocurre entonces?

—Que tiempo después, de repente, todos los detalles se unen hasta que…, ¡cuerno!, te das perfecta cuenta de que entiendes todo, y las piezas encajan como en un rompecabezas.

—¿Como cuándo, por ejemplo?

Trixie respondió con gesto enigmático.

—Por ejemplo, cuando Di subió esta mañana al autobús y se quedó en su asiento sola, mirando por la ventanilla.

—¿Y?

—Y cuando hablábamos de lo amables que habían sido sus padres al dejarnos instalar el bazar en su finca, Di no intervino en la conversación.

Honey quedó pensativa.

—Y esta mañana, cuando dejé de hablarle, murmuró algo de que había tardado en ir a clase, aunque yo sabía que no era cierto.

La cara pecosa de Mart apareció lentamente por encima del respaldo del asiento.

—¿No sabéis que por una vez las circunvoluciones de vuestros cerebros pueden estar pensando en algo cierto? He intentado hablar a Di para preguntarle una cosa, pero me ha estado esquivando todo el día. Quizá hice algo que la molestó. ¿Qué puede ser?

Los tres se miraron. De repente, el rostro de Trixie se encendió. ¡Eso era lo que le tenía intranquila toda la mañana! ¡Di esquivaba a los Bob-Whites! Algo había sucedido para que se sintiese tan molesta que ni siquiera comentara las novedades con sus amigos. ¿Qué podría ser?

Eran tantas las posibilidades que se le agolpaban en el cerebro, de una sola vez, que ni se enfadó con Mart por haber escuchado su conversación con Honey. Ni tampoco se enteró de que los demás chicos ya habían subido al autobús.

—¿Qué pasa, Trixie? —sonó la suave voz de Jim por encima de su hombro—. Parece como si pensaras en algo preocupante. Vamos, cuéntaselo todo al tío Jim. Verás como no es para tanto.

Por un momento, Trixie no le respondió. Intentaba recordar los acontecimientos de esa mañana. Había visto dos veces a Di: una junto a su armario y la otra en el teléfono, en el comedor. Y las dos veces Di había obrado como si no la hubiese visto a ella. Pero en la

segunda ocasión, Di casi deja caer el teléfono, al querer marcharse antes de que Trixie pudiese decir una sola palabra.

Recordaba también cómo se habían conocido las dos cuando estaban en el jardín de infancia. Nunca habían sido realmente amigas hasta que Di se unió a los Bob-Whites.

Cuando el señor Lynch se hizo millonario, Di estuvo muy ocupada acostumbrándose a vivir en la enorme casa que desde entonces fue su hogar. Incluso en algún momento Di había tenido miedo de Harrison, su mayordomo.

Pero todo aquello pertenecía al pasado. Trixie se iba convenciendo de que, fuera lo que fuera lo que preocupaba a Di esa mañana, tenía que ver con el bazar de la UNICEF del día siguiente.

Todos los Bob-Whites habían trabajado mucho, desde hacía varias semanas, recogiendo donativos consistentes en labores hechas a mano, alfombras, plantas y tiestos, así como artículos culinarios de todas clases. Habría casetas alegremente decoradas para juegos y variedades, y para exposiciones de macramé y de arte. Las casetas ya estaban colocadas en la propiedad del señor Lynch. Todo cuanto se recolectase en el bazar sería entregado a la UNICEF, Fondo de Emergencia de las Naciones Unidas para ayuda del niño.

Aunque los padres de Di no estarían en esa ocasión, habían insistido en ceder el terreno para que se celebrase allí lo que prometía ser la mayor de las recogidas de fondos de que se tenía memoria en los anales de la pequeña ciudad de Sleepyside-on-the-Hudson.

—Considerad que eso forma parte de nuestro donativo —había dicho el señor Lynch, con los ojos brillantes de alegría—. Aunque, si Harrison no se hubiese ofrecido a ayudaros, todo habría sido diferente. Pero tal como están las cosas, podemos confiar en vosotros para que sea un gran éxito.

Trixie suspiró y dijo a Jim:

—Estamos preocupados por Di. Creemos que le pasa algo que no quiere contamos.

—Ya había notado que hoy está muy callada —dijo Brian—. Tal vez no se encuentre bien —sus ojos oscuros mostraron preocupación.

—No creo que sea eso —respondió Trixie—, aunque puede ser que hayas observado más síntomas que yo, sin captar lo mismo que

yo, si sabes lo que quiero decir.

Se detuvo, convencida de que volvía a estar a dos velas. Algún día Brian sería médico y trabajaría en la escuela que Jim tenía intención de abrir, para huérfanos sin recursos. Y Trixie sospechaba que Brian a veces practicaba, y suponía que a todos les pasaba algo, aunque sólo hubiesen estornudado.

—Me parece —dijo Dan— que hay un modo muy sencillo de saber qué le pasa a Di —hizo un movimiento con la mano hacia la parte delantera del autobús—. Allí viene. ¿Por qué no le preguntas?

Trixie contuvo el aliento y miró a la chica alta y delgada que subía con agilidad al autobús. Di vaciló al ver que todos los Bob-Whites la estaban esperando. Después se encaminó despacio hacia ellos y se detuvo junto a Trixie.

Ésta no necesitó más que una breve mirada para confirmar sus presentimientos. Di tenía que hacer verdaderos esfuerzos para mantener los labios quietos. ¡Estaba a punto de llorar!

—Di, ¿qué pasa?, ¿algo va mal? —le preguntó Trixie en voz baja. Se separó un poco y empujó a Di hacia el asiento, entre Honey y ella—. ¿Tiene que ver con nuestros planes de mañana?

—Puedes contárnoslo —la animó Honey—. No puede ser tan terrible, después de todo —intentó bromear—. Estamos preocupados pensando qué hemos hecho para haberte ofendido de ese modo.

Di gimió y ocultó la cara entre las manos. Su voz sonó temblorosa.

—¡Oh, no! Sólo es… Hay algo que tengo que contaros; cuando sepáis lo que es, no querréis volver a hablarme nunca.

Brian habló en voz baja por encima de su hombro:

—Deberías conocernos mejor, a estas alturas, Di. Recuerda: «Todos para uno y uno para todos».

—Como los Tres Mosqueteros —gritó el ceremonioso Mart, levantándose y blandiendo una espada imaginaria.

—Sólo que ellos eran sólo cuatro y nosotros somos siete.

El autobús se puso en marcha con un acelerón que casi coloca a Mart encima de las chicas. Trixie lo empujó hacia su asiento y dijo entre dientes:

—Quedaremos sólo seis si no te sientas y te estás quieto, querido hermano. Pero Brian tiene razón, Di. Estamos aquí para ayudarnos.

¿No quieres contamos lo que te pasa?

Di levantó la cabeza y miró a sus amigos. Sus ojos violetas estaban empañados de lágrimas.

—Tienes razón, Trixie —dijo con un temblor en la voz—. Es algo que se refiere a lo de mañana. Si no mejoran las cosas, no habrá bazar. He telefoneado a mis padres esta mañana y debemos suspenderlo. ¡Harrison ha desaparecido!

La búsqueda • 2

MART exclamó:

—¿Qué quieres decir con eso de que Harrison ha desaparecido? ¿Se ha diluido en humo, o qué?

Trixie se enfadó.

—¡Está visto que tengo un hermano idiota! Pues claro que Di no quiere decir eso. Lo que quiere decir es que…, bueno…, ¿qué quieres decir, Di?

—Pues que nadie sabe dónde está —respondió con voz entrecortada—. Cook dice que Harrison recibió una llamada telefónica anoche, hacia las ocho. Después de colgar, comunicó que tenía que salir, que estaría fuera sólo una hora; pero desde entonces nadie ha vuelto a verlo. No ha dormido en su cama, y faltan el sombrero y el abrigo.

Brian arrugó el entrecejo.

—¿Has avisado a la policía?

—Cook llamó al sargento Molinson esta mañana —contestó Di —, pero hasta el momento no puede hacer nada. Dijo que la policía tiene las manos atadas hasta que no pasen veinticuatro horas desde la desaparición de un adulto. De todos modos, parecía creer que hacíamos una montaña de un grano de arena. Piensa que tal vez Harrison necesitaba un día libre y se lo ha tomado.

—Eso no es muy propio de Harrison —dijo Trixie pensativa.

—Tienes razón, Trixie —corroboró Di—. Eso es exactamente lo que yo creo. Pero ¿qué puede haberle ocurrido? ¿Dónde habrá ido? ¿Qué podemos hacer? Papá no quiere dejarnos celebrar el bazar sin él.

Trixie miró a los demás. Por la expresión de sus caras se podría afirmar que estaban recordando el robo que había tenido lugar en la mansión de los Lynch no hacía mucho tiempo. Desde entonces, Harrison pudo comprobar que los sistemas de seguridad de su jefe se habían reforzado considerablemente. El señor Lynch confiaba en él.

Trixie suspiró. Estaba segura que Harrison sabía lo mucho que contaban con él. Y no parecía probable que los hubiese dejado en la estacada de un modo deliberado. Por otra parte, Trixie había pensado muchas veces últimamente que Harrison estaba como ensimismado… algo le preocupaba.

—¿No habrá por ahí nada que nos dé una pista de dónde puede haber ido? —preguntó.

—Puedo preguntar al resto del personal cuando llegue a casa —dijo Di con poco convencimiento—. Me parece que Cook ya lo ha hecho, pero cuando salí para ir al colegio esta mañana estaba tan alterada que ni le pregunté. ¡Oh, Trixie! ¿Has pensado algo? ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar?

Se ensombreció su cara al oír a Trixie confesar:

—Nada en absoluto, Di. Pero hay una cosa. Dijo que sólo iba a salir una hora, por lo que no es probable que esté muy lejos.

—¡Yaya! Parece que ya sabemos algo —dijo irónicamente Mart —. ¿Y qué sugieres, señorita Sherlock? ¿Soltamos los sabuesos, o qué?

Trixie repuso despacio:

—Si estáis de acuerdo, creo que deberíamos coger los caballos esta tarde y ver qué descubrimos. ¿Podéis ir todos?

Dan suspiró.

—Yo no puedo, lo siento. Tengo que trabajar esta tarde. Me gustaría ayudaros.

—También nos gustaría que pudieras ayudarnos —dijo Trixie, pero comprendía por qué no podía.

Años atrás, Dan vivió en la ciudad, pero no le había ido bien. Su tío, Bill Regan, que era el cuidador de los caballos de los Wheeler, lo había llevado a Sleepyside-on-the-Hudson y ahora vivía y trabajaba con el señor Maypenny, guarda de las posesiones de los Wheeler.

—Entonces, ¿quedamos esta tarde? —preguntó Di ansiosa.

Trixie levantó las cejas mirando sucesivamente a todos y cada uno de los Bob-Whites.

—Sí —dijo por último—. Id al establo en cuanto podáis, ¿de acuerdo?

Todos los Bob-Whites asintieron.

El autobús dejó a los tres Belden al borde del paseo de entrada a su casa. Brian echó a correr inmediatamente y entró en ella.

Trixie y Mart iban tras él cuando Bobby, el hermanito menor, de seis años, llegó corriendo hacia ellos. Había estado todo el día sin ir a la escuela, porque también el maestro de párvulos tenía que asistir a la conferencia de White Plains.

Los ojos de Bobby brillaban de contento.

—Trixie, ¿vas a jugar conmigo esta tarde?

Cuidar de su hermano menor era una de las tareas encomendadas a Trixie en su casa de Crabapple Farm. Por lo general, no le importaba; pero aquel día sabía que le sería imposible cuidar de Bobby y buscar al mismo tiempo a Harrison.

Se arrodilló en el suelo y puso el brazo que tenía libre alrededor de su hermano.

—Me parece que esta tarde no voy a tener tiempo para jugar —le dijo—. Tengo que hacer una cosa muy importante.

El labio inferior de Bobby se estiró.

—Pero ya tenía todo planeado —gimió—. Le he dicho a Reddy que tú y yo lo recogeríamos para ir a dar un paseo.

—Pues entonces tú y yo tendremos que recoger a Reddy en otra

ocasión para ir a dar ese paseo. Ya sabes que lo único que le gusta es cazar conejos…

Mientras hablaba, apareció en la esquina del garaje el gran setter irlandés de los Belden. Se quedó parado al verlos y después se lanzó hacia ellos a toda velocidad, lanzando ladridos de bienvenida.

Mart y Trixie gritaron a la vez:

—¡No, Reddy, no! ¡Para, para!

Pero ya era demasiado tarde. El perro, con el rabo levantado como un mástil de bandera, se lanzó al pecho de Mart. Después se volvió y repitió el salto.

A Trixie le cogió un poco desequilibrada y al recibir el impacto del animal en la espalda dio con su cuerpo en tierra. Luego se puso a lamerle la cara. Mart y Bobby tuvieron que emplear todas sus fuerzas para apartarlo.

—¡Eres un perro imposible! —gritó Mart enfadado.

—Y hoy te quedas sin paseo —añadió por su cuenta Trixie, poniéndose de pie con dificultad—. ¡Sin paseo! ¿Entiendes? Y empezó a frotarse la cara vigorosamente con el pañuelo.

Durante un instante, Reddy pareció pesaroso; pero, recordando sin duda lo mucho que los quería, empezó a dar saltos a su alrededor, con gruñidos de satisfacción. Los costados se agitaban con su respiración jadeante, y la lengua caía por un lado de la boca entreabierta.

—Quiere decir que no es malo —aclaró Bobby—. Lo único que quería era saludaros.

—Pues entonces alguien tiene que enseñarle a ser más atento y dar la mano —añadió Mart—. Este perro es un ser completamente indisciplinado.

—¿Eso quiere decir que no quiere hacer lo que se le dice? —preguntó Bobby.

—Exactamente eso —repuso Mart—. Alguien debería darle unas lecciones.

Trixie suspiró.

—Sí, alguien debería educar a Reddy; de qué modo, no lo sé. Pero lo que parece es precisamente que alguien ha estado dándole lecciones de desobediencia.

—¡Eso no tiene sentido! —gritó Mart—. Tengo un libro en mi cuarto que dice cómo hay que educar a los perros. Reddy es un

perro. Luego puede ser educado.

A pesar de todas las preocupaciones que invadían el cerebro de Trixie, recordó algo de repente.

—No hace tanto que Brian y tú intentasteis educar a Reddy, para que se comportase bien, ¿lo recuerdas? Pero Reddy no aprendió lo que se dice nada.

—Eso fue porque le dábamos órdenes conflictivas —repuso Mart —. De todos modos, ahora que tengo ese libro lo conseguiré, y quedará como un trozo de pastel.

—¿Quieres decir que te vas a comer el libro? —preguntó Bobby, que sabía perfectamente que su hermano siempre tenía hambre.

—No —le contestó Trixie sonriendo—. Lo que Mart intenta decir es que cree que puede educar a Reddy para que haga lo que se le mande. Pero, como es natural, no lo conseguirá…

Mart cayó en la trampa.

—¡Naturalmente que puedo! Incluso lo conseguiría en una semana.

Trixie siguió chinchando.

—¿Qué apostamos?

Mart se quedó pensativo un momento. Después dijo lentamente:

—Si gano, tendrás que hacerme la cama una semana.

—¿Y si pierdes?

—Haré yo la tuya durante un mes.

Bobby exclamó lleno de entusiasmo:

—¿Y la mía también? ¿También harás la mía?

Mart refunfuñó.

—De acuerdo, también la tuya, hermanito. Y puedes observarme cuando esté enseñando a Reddy, si quieres.

—¿Cuándo piensas empezar? —preguntó Trixie.

—Lo antes posible —contestó Mart a toda prisa—. Si tengo tiempo, empezaré esta misma noche. ¡Eso es! —movió la cabeza—. Una semana, contando desde esta noche. Para entonces Reddy hará todo lo que le mandemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Trixie.

Y se sonrió, mientras Mart y Bobby entraban en casa juntos. Miró a Reddy, que estaba muy interesado en explorar una mata. Intentó imaginarse qué sería de él si tuviese que cumplir las más ligeras órdenes de todos ellos. Algo que ni ella misma podía llegar a

suponer.

De todos modos, lo intentó.

—¡Vamos, Reddy! —ordenó.

Reddy la miró por encima del lomo, se dio la vuelta y empezó a trotar feliz… en dirección opuesta.

Trixie apenas pudo contener una carcajada mientras lo veía alejarse.

—Mart nunca conseguirá enseñar a ese perro a que haga lo que él quiera —murmuró—. La apuesta ya está ganada. Ahora, en cuanto aparezca Harrison, se habrán acabado nuestras preocupaciones.

Lo que no podía ni imaginar es que sus preocupaciones no habían hecho más que empezar.

Después de la comida más rápida que recordaban haber hecho en toda su vida, Trixie, Mart y Brian se mudaron a toda prisa, poniéndose unos vaqueros viejos y una camisa limpia, y salieron corriendo camino de los establos de los Wheeler.

Su madre comprendió la prisa que tenían en cuanto Brian le explicó lo sucedido.

—Entonces, no tenéis más remedio que ir —les había animado —. Las tareas pueden esperar. Y en cuanto a Bobby, lo pasará bien. Pensaba ponerme a hacer unos bollos para el bazar esta tarde, así que podrá ayudarme a mezclar la masa. De todos modos, no alcanzo a comprender dónde podéis buscar a Harrison.

Tal como se fueron desarrollando las cosas, fue Bill Regan el que les dio la primera pista para la búsqueda del mayordomo desaparecido.

Al llegar los Belden, Jim y Honey ya estaban en el interior del establo, cálido y penumbroso, que olía a caballos, a cebada y a cera de limpiar las sillas. Regan estaba ayudando a Jim a sacar a Júpiter de su compartimiento. El caballo, de un color negro azabache, resultaba difícil de manejar: estaba ansioso por salir.

—¿Adónde vais esta tarde? —les preguntó Regan.

Mart se dirigía a la casilla donde estaba el ruano Strawberry, que era su favorito.

—Lo creas o no, salimos a buscar a un mayordomo desaparecido —contestó—. No creo que lo hayas escondido tú, en alguna parte, ¿verdad? —y al decir esto miraba entre las patas de Strawberry.

—¿Harrison? —Regan se rascó su pelirroja cabellera y pareció sorprendido—. ¿Lo dices en serio? Precisamente lo vi anoche.

Trixie se atragantó.

—¿Que lo viste, Regan? ¿Dónde? Intenta recordarlo. Es muy importante.

—Pero si no tengo que esforzarme en recordar nada. Lo recuerdo con toda claridad. Lo vi por Glen Road, montado en su bicicleta amarilla —se limitó a responder Regan.

—No sabía que tuviese una bicicleta —apuntó Mart.

—Bueno, de todos modos tenía una anoche —insistió Regan—. Yo iba montado en Júpiter. Harrison se quitó el sombrero y dijo: «Buenas noches, señor Regan; buenas noches, Júpiter».

—¿Y luego…? —insistió Trixie.

Regan protestó.

—Y luego, nada. Se metió por uno de esos caminos que llevan a los bosques y… —se interrumpió de repente—. ¿Es ahí donde queréis llevar los caballos?

—Tendremos cuidado —repuso Trixie a toda prisa—. Observaremos atentamente si hay piedras sueltas y raíces que sobresalgan y todo eso, ¡palabra!

—¿Dijo Harrison adónde iba? —preguntó Honey.

—No, no dijo nada de eso —el risueño rostro de Regan tenía una expresión preocupada—. Y ahora escuchadme todos: si me entero de que en algún momento intentáis poner los caballos al galope por esos bosques…

Necesitaron otros diez minutos y el esfuerzo combinado de todos los Bob-Whites para convencerlo de que sus preciosos caballos iban a regresar sanos y salvos.

Para entonces ya se había unido Di al grupo. Montaba su palomino favorito, Sunny, que tenía su cuadra en la finca de los Lynch. Estaba preciosa con sus pantalones de montar y pareció sentirse un poco mejor cuando Trixie le contó lo que Regan había dicho acerca de Harrison. En casa de los Lynch nadie sabía más detalles de su desaparición.

Regan siguió dándoles instrucciones hasta que estuvieron fuera de los establos y se perdieron de vista, camino del prado.

¡Había empezado la búsqueda de Harrison!

Los caballos estaban ansiosos por correr, pero Trixie y sus

amigos los sujetaban, obligándolos a ir al paso. Jim, montado en Júpiter, iba en cabeza, como de costumbre. El gran caballo negro, cuyo pelaje brillaba como la seda satinada, se removía con deseos de dejar atrás a sus compañeros de establo, pero Jim mantenía las riendas en corto y lo obligaba a acompasar su paso al de los demás.

La hermosa yegua negra de Trixie, Susie, lo seguía inmediatamente detrás, y Honey, montada en Lady, cabalgaba a su lado. Di, en Sunny, Mart, en Strawberry, y Brian, en Starlight, marchaban en retaguardia.

Una suave brisa les daba en la cara y podían aspirar los refrescantes aromas del pinar.

Al llegar a Glen Road, Trixie detuvo a Susie y llamó a los demás.

—¿Os parece que tracemos algún plan? Sería mejor que nos dividiésemos.

—Buena idea —asintió Di—, aunque sigo pensando que es extraño buscar una bicicleta amarilla. Que yo sepa, Harrison no tiene bicicleta, ni amarilla ni de ningún otro color.

—A lo mejor la ha pedido prestada a alguno de los otros sirvientes —apuntó Brian.

—Puede ser —admitió Di, pero no parecía muy convencida de ello.

—Me parece que Trixie tiene razón —dijo Jim—. Me refiero a lo de separarnos. Pero intentaremos permanecer en contacto con los demás. Ya sabemos lo fácil que resulta perderse en el bosque. Si alguien encuentra algo, que haga nuestra señal.

Puso los labios en forma circular y emitió el bob, bob-white, claro y agudo.

Los demás aceptaron. Mart y Di tomaron un camino a la derecha; Brian y Jim, otro a la izquierda.

—Tened cuidado —gritó Trixie tras ellos—. ¡No queremos que os perdáis también vosotros en el bosque!

Un movimiento de la mano de Jim le respondió.

Despacito y con cuidado, Trixie y Honey llevaron los caballos al paso hasta alcanzar una senda que aparecía ante ellas y se internaba entre los árboles.

De repente, Trixie agarró el brazo de Honey.

—¡Mira! —exclamó, a la vez que señalaba hacia abajo.

Allí, en el suelo oscuro y húmedo del bosque, se veían con

claridad las huellas de una bicicleta.

—¿Llamo a los demás? —preguntó Honey.

Trixie pensó un instante.

—No —contestó—. Pueden haber sido hechas por otra persona. Vamos a seguirlas primero y veremos adónde van. Después de todo, podrían ser una falsa alarma.

Se bajó al suelo para examinarlas y vio que las huellas eran recientes.

—Honey —dijo—, tengo la impresión de que no es una falsa alarma. ¡Vamos! ¡Démonos prisa!

Montó y avivó el paso del caballo, avanzando.

El monstruo de Trixie • 3

AQUÉL ERA EL CAMINO más fácil que Trixie y Honey habían recorrido en toda su vida. Subía un poco, sombreado por las copas de los árboles. Después, en la cumbre de la colina, cesaron las sombras y las dos amigas se encontraron a pleno sol: estaban al otro lado del bosque.

Trixie se protegió los ojos con la mano a modo de visera y observó el panorama que tenía ante ella. Pronto se sintió intrigada por un claro verde y tranquilo, en el centro del cual se levantaba una casita blanca y limpia.

Parecía de la época de Crabapple Farm. Había flores, que brillaban como perlas en el jardín. Todo ello le parecía extrañamente familiar.

Trixie se inclinó hacia delante en la silla.

—¡Honey —gritó—, si es Sleepyside Hollow!

—¡Qué lugar tan precioso! —repuso Honey—. Ni siquiera sabía que estaba aquí.

—Claro que sí. ¿No lo recuerdas? Estuvimos aquí una vez hace bastante tiempo. Íbamos siguiendo una pista de uno de nuestros misterios, pero Brian tomó un camino equivocado con su viejo trasto y nos encontramos en aquella carretera que hay allá abajo.

Honey podía verla con toda claridad. Aparecía de pronto entre los árboles del extremo inferior del claro y se perdía de vista después de pasar junto a la casita.

Honey dijo:

—Estaría liada en otro sitio cuando vinisteis aquí. De lo contrario, me acordaría. ¿Y estuvisteis de merienda?

Trixie gimió al recordarlo.

—Nada de eso. Habíamos hecho ya un trayecto muy largo, y el coche de Brian se averió en el momento más inoportuno. De no haber sido por la amable señora que vive en aquella casa, lo habríamos pasado mal. Pero nos dejó que telefoneásemos. Hoy hemos ido a parar aquí por algún atajo, supongo.

—Sabes algo más de Sleepyside Hollow, ¿no? —preguntó Honey —. Puedo leerlo en tus ojos.

Trixie sonrió.

—Tienes razón. Aquí es donde vi el árbol alfabeto.

—¿El qué?

—Es el nombre que les puse a algunos árboles frutales de los del patio de detrás de la casa. Mira, desde aquí se ven un par de ellos.

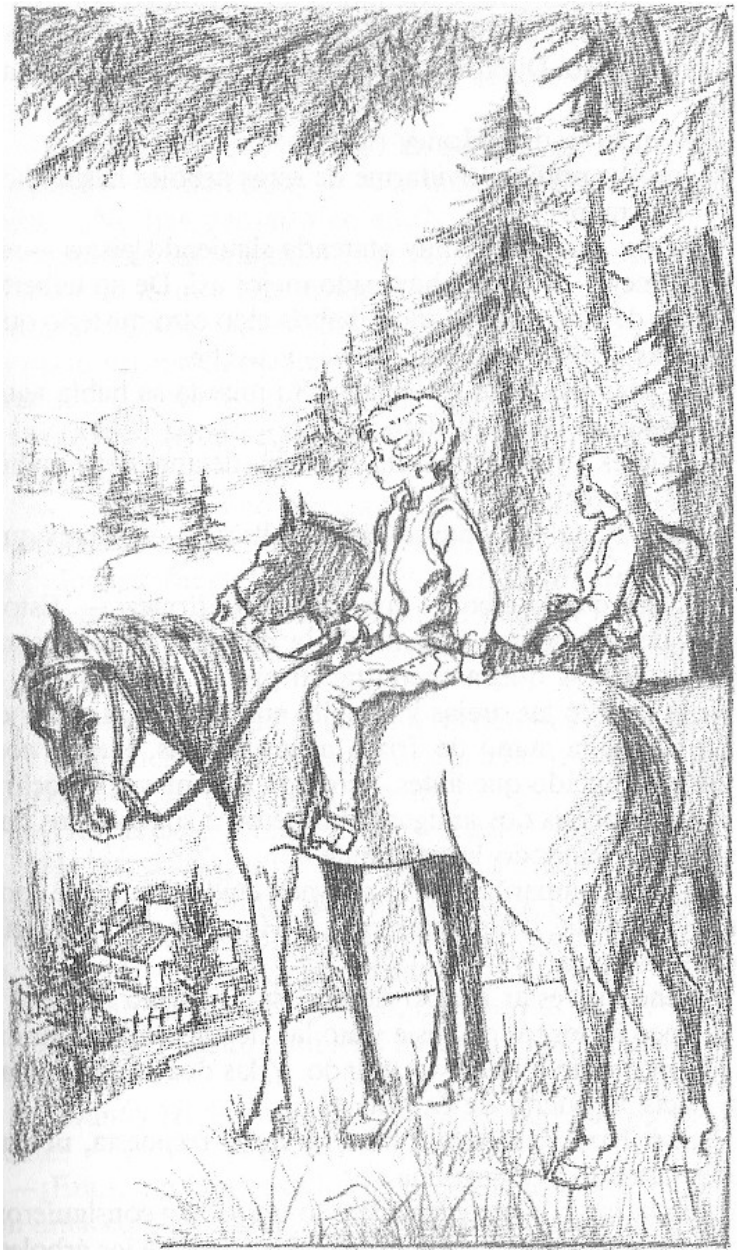
—Sí, parece que tienen algo pintado en los troncos.

Trixie explicó:

—Letras del alfabeto. Aquél de allí dice «ABD», lo recuerdo perfectamente. Y el que está junto a él, «CFG».

Y hay más así. Y no te vas a creer lo que te voy a decir ahora: algunos de esos árboles tienen también vendajes.

—¿Vendajes?



—Sí. Vendajes verdes. Me moría de curiosidad por averiguar todo acerca de ellos, pero Brian y Mart no me dejaron que preguntase. Dijeron que ya me meto bastante en cosas ajenas.

—¡Nunca! —dijo Honey riendo.

¿Cómo he podido olvidarme de estos árboles hasta ahora? —murmuró Trixie.

—Tal vez has estado muy atareada siguiendo pistas —repuso Honey—. Y quizás haya sido mejor así. De no haberte olvidado de Sleepyside Hollow, habría sido otro misterio que te hubiese tenido despierta noches y noches.

Pero Trixie ya no la escuchaba. Su mirada se había aguzado, oteando hacia el claro.

—¿Qué es aquello amarillo que hay delante del porche, Honey? —preguntó.

—¡Oh, Trixie! —contestó Honey alterada—. ¿Crees que puede ser…?

—¡Claro que lo creo! —dijo Trixie con firmeza—. Estoy segura de que hemos encontrado la bicicleta de Harrison. Ahora sólo nos queda encontrar al propio Harrison.

Susie levantó las orejas y se agitó suavemente al sentir el leve tirón de la mano de Trixie en las riendas. Luego, con el mismo cuidado que antes, pero con una mayor emoción en su interior, las dos amigas condujeron a sus caballos hacia la casa, bajando la pendiente.

La bicicleta amarilla estaba apoyada cuidadosamente contra la barandilla del porche, pero a Harrison no se le veía por ninguna parte.

—Tiene que estar dentro de la casa —afirmó Trixie.

Se apeó de lomos de Susie y ató las riendas en la barandilla. Pronto estuvo Honey a su lado. Y las dos se encaminaron hacia la puerta de entrada.

Llamó Trixie, esperaron, pero no hubo respuesta, ni tras haber llamado por segunda vez.

Escucharon con atención, pero lo único que consiguieron oír fue el suave rumor de la brisa en las copas de los árboles.

Trixie se separó de la puerta.

—Voy a echar una mirada por una de esas ventanas —dijo muy decidida.

—Pero suponte que hay alguien dentro y no quiere abrir la puerta —objetó Honey—. A lo mejor cree que es un vendedor. ¿No has pensado en ello?

—Será sólo un minuto —contestó Trixie, con mucho más aplomo de lo que ella misma suponía.

Fue a una ventana y pegó la cara al cristal. Al principio no pudo ver nada, excepto los contornos de los muebles. Después, a medida que sus ojos se fueron habituando a la penumbra del interior, empezó a diferenciar detalles de la habitación.

Era el salón, eso no ofrecía duda alguna. Trixie vio una chimenea en la que los leños sólo esperaban que alguien los prendiese fuego para arder y calentar la estancia. Vio una pared cubierta de libros y otra en la que aparecían pinturas famosas. También vio una puerta ligeramente entreabierta.

Según estaba mirando, aquélla empezó a abrirse despacio y en silencio. Trixie se apretó más aún contra el cristal, esforzándose en ver quién entraba.

—¡Harrison! —llamó no muy segura—. ¿Es usted?

No le respondió nadie, pero tuvo la sensación de que alguien estaba allí dentro, observándola. Y entonces, antes de que pudiese siquiera intentar un movimiento, algo chocó contra la ventana, justo delante de su cara.

Trixie lanzó un grito y saltó, cayendo al suelo.

—¿Qué es? —gritó también Honey—. ¿Qué es lo que has visto?

Se levantó Trixie y apenas pudo balbucir entrecortadamente:

—¡Era… era una cosa horrible con pelo negro! ¡Con… con unos colmillos blancos muy largos! ¡Hay un monstruo en esta casa!

Al rescate • 4

HONEY no pudo explicar nunca lo que hizo a continuación. Sabía lo que quería hacer: montar en su caballo inmediatamente y alejarse de allí corriendo, para no volver nunca más.

Pero lo que hizo en realidad fue volverse y mirar por la ventana, primero. Después, quedarse inmóvil.

Unos segundos más tarde, Trixie vio que los hombros de su amiga se movían con sacudidas breves y oyó unos ruidos entrecortados.

—¿Está el monstruo ahí todavía? —le preguntó con voz temblorosa—. ¿Puedes verlo?

Honey se separó de la ventana. Tenía la cara congestionada y los labios apretados con fuerza. Parecía al borde del colapso… ¡de risa!

—¡Oh, Trixie! —gritó frotándose los ojos con la mano—. ¡Lo siento de veras! He intentado no humillarte. Sí, el monstruo está ahí todavía, pero lo mejor es que vengas y lo veas. Creo que es muy bonito.

¿Un monstruo bonito? ¿De qué estaría hablando Honey? Con mucha precaución, Trixie fue otra vez a la ventana y miró.

Allí mismo, sentado en el alféizar y observándola, estaba no un monstruo, sino un peludo y hermoso gato persa negro. Mientras lo examinaba, el animal abrió la boca y se estiró.

—Por lo menos has acertado en lo de los dientes —dijo Honey, esforzándose aún por contener la risa—; son muy largos.

Trixie se sintió tranquila, avergonzada y divertida, todo al mismo tiempo. Rascó en el cristal con los dedos. El gato se aproximó e intentó acercar el lomo a su mano. Casi podía oírlo ronronear desde donde estaba.

—No comprendo cómo he podido ser tan tonta —confesó—. Y supongo que ni siquiera intentó saltar sobre mí. Pretendía subirse al alféizar. Espera a que se enteren los chicos: no me dejarán que lo olvide nunca.

—No se lo contaremos —repuso Honey lealmente—. ¿Pero qué

vamos a hacer ahora?

—Supongo que lo mejor será marchamos —dijo Trixie—. Después de todo, no sabemos si ésa es la bici del señor Harrison.

Honey estaba desorientada.

—Creo que tienes razón —se detuvo—. ¿Qué es eso? ¿No oyes?

Trixie también lo había oído. El ruido procedía de algún lugar de la casa. «¡Bum, bum, bum!». Era como si alguien estuviese golpeando una pared o una puerta.

Trixie gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Es usted, Harrison?

Le contestó una voz muy tenue.

—¿Has oído? —exclamó Honey—. Dice que la puerta delantera está abierta.

Efectivamente, la puerta, en la que ni siquiera habían pensado antes, estaba sin cerrar. Trixie y Honey entraron a toda velocidad en la casita, que olía a un perfume muy fuerte… ¿a colonia, tal vez?

De repente se encontraron en una cocina bien iluminada, con las pareces cubiertas de cacerolas y sartenes brillantes.

—¡Eh, mira! —observó Honey—. Me recuerda la cocina de Crabapple Farm.

Pero la atención de Trixie se había desviado. Estaba mirando un plato que contenía lo que quedaba de la comida del gato. Vio la puerta que daba a la bodega, con una llave antigua en la cerradura. También vio el cerrojo… que alguien había corrido y que ella y Honey se esforzaron en descorrer. Un instante más tarde, la puerta se abrió.

Una figura casi irreconocible entró en la cocina. Trixie había visto a muchos mendigos con mejor aspecto: el pelo grisáceo del hombre aparecía revuelto; la chaqueta negra estaba rasgada; los pantalones, arrugados. Una ligera barba canosa cubría su cara, y una de las mejillas estaba cubierta de sangre seca.

Trixie y Honey le miraron aterrorizadas, antes de acudir en su ayuda con una silla.

—Muchas gracias, señorita Trixie; gracias, señorita Honey —dijo el hombre atentamente—. Estaba empezando a pensar que no vendría nadie.

¡Habían encontrado a Harrison!

Un cuarto de hora después, los Bob-Whites estaban otra vez

juntos. Fue Trixie quien se encargó de atraerlos a Sleepyside Hollow, saliendo al porche y silbando su señal hacia las colinas circundantes: ¡Bob, bob-white; bob, bob-white! Primero apareció Brian, seguido de Jim, y luego Mart y Di, como por arte de magia, surgiendo de entre los árboles.

Brian y Mart quedaron tan sorprendidos como antes Trixie al encontrar el atajo desconocido a Sleepyside Hollow. Luego Brian, preocupado, como siempre, de que hubiera alguien enfermo o herido, se había hecho cargo de la situación.

Telefoneó inmediatamente al doctor Ferris y escuchó atento sus instrucciones. El propio doctor y la ambulancia que había prometido llegarían en breves momentos. Harrison, pálido y más impresionado de lo que estaba dispuesto a admitir, yacía, cubierto con una manta, en el sofá del salón. Lo único que podían hacer era esperar.

Los Bob-Whites miraban por la ventana y discutían en voz baja lo ocurrido.

—Harrison tiene mejor aspecto desde que le lavaste la sangre de la cara —le dijo Honey a Brian—. El golpe de la cabeza no parece serio.

—¿Crees que está herido de gravedad? —preguntó Di, con un tono de ansiedad en la voz.

—Es difícil asegurarlo —repuso Brian—. Creo que por lo menos necesita algunos puntos. Y, desde luego, ha sufrido un *shock* tremendo. Haber pasado la noche en ese sótano no creo que le haya beneficiado en absoluto.

Di le puso una mano en el hombro.

—Pero se pondrá bien, ¿verdad? —intentó reír—. Sé que parece tonto, pero estando papá lejos, me siento… me siento un poco responsable de lo que les pueda suceder a los sirvientes…, creo que lo entendéis.

—Quieres que estén cómodos y felices, ¿no es así? —preguntó Mart.

—Algo así —admitió Di, que arrugó un poco el entrecejo—. Todavía no entiendo cómo Harrison llegó hasta aquí ni qué hacía en este lugar, pero… ¿qué es lo que pasa, Brian?

Éste, con una súbita exclamación, los había dejado bruscamente y se había dirigido al sofá, inclinándose sobre el herido.

—¡Harrison! —le urgió—. ¿Puede oírme?

Una leve sonrisa cruzó el pálido semblante de éste. Abrió los ojos y le miró.

—Sí, sí, puedo oírlo.

—Estoy seguro de que no tiene ninguna gana de hacerlo, pero es mejor que esperemos hablando con usted —le dijo Brian—. Quizá tenga una contusión, y en ese caso es muy importante que no se duerma.

—¿Son ésas las órdenes del doctor?

—Sí.

—Muy bien —Harrison suspiró—. Tengo que admitir que hay algo que me gustaría decirles.

Trixie se había mantenido de pie y silenciosa, sumida en sus pensamientos. El olor a colonia era ahora más intenso aún. ¿Qué sería lo que habría ocurrido allí? Cruzó la habitación y se quedó junto al sofá, haciendo a los demás señas de que la siguieran.

—¿Nos va a contar lo que ocurrió anoche? —preguntó con suavidad.

—¡Trixie! —exclamó Di—. No creo que sea prudente molestar con preguntas a Harrison.

—Lo lamento —repuso Trixie confundida—, sólo pensaba…

—Si me permites que te hable así —dijo Di muy seria—, creo que a veces dejas que tu curiosidad oculte lo mejor de ti misma. Estoy segura de que no hay nada de misterioso en los acontecimientos de la noche pasada.

Trixie la miró escrutándola. ¿Qué le pasaba a Di? Tema en su voz un tono grandilocuente que no le había escuchado nunca. Era como si… ¡eso era!… como si Di estuviese representando un papel en el escenario.

Y el papel que representaba era el de Lady Diana del Estado de Lynch. Trixie quedó pensativa. No estaba segura de que aquello le gustase.

Di seguía hablando.

—Estoy convencida de que Harrison ha tenido razones para venir aquí la noche pasada. Pero tales razones son exclusivamente asunto suyo y, lógicamente, no tiene por qué contamos nada.

Mart rió un poco.

—¿Qué te pasa, Di? No hay necesidad de tomar la ofensa tan a

pecho. Claro que Harrison no tiene por qué contar nada si no quiere hacerlo. ¿Qué es lo que te hace suponer que le vamos a aplicar un interrogatorio en tercer grado?

Harrison parecía divertido.

—En realidad no hay nada por lo que haya que aplicarme el tercer grado —dijo—. Lo que quería decirles no se refiere en absoluto a los acontecimientos de anoche.

Trixie pensó que era muy divertido que Di se hubiese molestado tanto por nada. Ya no tenía arreglo. Se rió para sus adentros.

Di lo miró confusa.

—Naturalmente, Harrison, si quiere decirnos algo, puede hacerlo.

—Sólo quería decirles que cuenten conmigo para los festejos de mañana —dijo Harrison suavemente—. Estaré allí, señorita Diana.

Brian hizo un movimiento brusco, como si fuese a decir algo, pero cambió de idea y se limitó a observar con atención al paciente.

Di se inclinó hacia el sofá.

—No tiene que preocuparse por eso —le dijo ya con su tono de voz normal—. Lo importante es que se ponga bien del todo.

Se produjo un murmullo de asentimiento en el círculo de caras jóvenes que rodeaba el sofá.

Harrison pareció relajarse inmediatamente. Trixie observó que volvía el color a sus mejillas. Le oyó aspirar fuerte y cerrar los ojos para descansar.

¡Vaya! —pensó—. *Está preocupado de veras por el bazar de mañana*.

—¡Harrison! —gritó bruscamente Brian—. ¡No se duerma! ¡Trixie, Mart, todos: seguid hablándole! Voy a ver si viene de una vez la ambulancia.

Cuando salió, Di pensaba qué podía decirle. Todo lo que se le ocurrió fue, de forma vacilante:

—Estábamos muy… muy preocupados por usted al ver que no regresaba anoche.

No hubo respuesta.

El gato persa negro saltó desde la ventana y fue a frotarse contra las piernas de Trixie. Ésta se agachó, lo levantó y empezó a acariciarlo.

—Apuesto a que se llama Fluffy —dijo.

Harrison abrió los ojos.

—No, se llama Enrique Octavo, pero acepta que se le llame Enrique, a secas. Nosotros… quiero decir, su dueña y yo…

—¿Su dueña?

—La señora Crandall, Rosa Crandall. Enrique es su gato. Esta casa también es suya. La llamaron inesperadamente ayer. Debía regresar pronto a casa… —su voz se debilitó.

Trixie no miró a Di.

—¿Vino anoche a dar de comer a Enrique, verdad?

Di abrió la boca para protestar, pero algo en Harrison pareció llamar su atención.

—¿Cómo lo sabe?

—Sigue hablando, Trix —susurró Jim.

Trixie explicó:

—Había un plato con comida de gato en el suelo de la cocina y un bote recién abierto en un mostrador. Ni siquiera tuvo tiempo de volver a ponerlo en el refrigerador, ¿no es así?

Harrison parecía elegir las palabras con cuidado.

—No. Me pareció oír un ruido abajo. Bajé las escaleras. Cerré la puerta detrás de mí y lamentablemente me quedé encerrado.

—¿Y la cabeza? —preguntó Mart, intentando ayudar a Trixie a mantener la conversación—. ¿Cómo se hizo la herida?

—Tonto de mí —contestó Harrison—. Estaba intentando abrir la puerta para salir, cuando me escurrí y caí por las escaleras —encontró la mirada oblicua de Trixie—. Y eso es todo lo que tengo que decirles, excepto, lógicamente, darles las gracias por haberme rescatado. Y a propósito: ¿cómo supieron que estaba aquí?

—Seguimos las huellas de la bicicleta —dijo Honey—. Cuando vimos la bici en el porche, adivinamos que estábamos sobre la pista verdadera.

—La bicicleta puede quedarse aquí —repuso Harrison—. Ya la recuperaré más tarde. Aquí estará segura —hizo una pausa—. He sido muy afortunado en que hayan podido seguir la pista de la bici. Esta vieja casa fue sólidamente construida. La bodega queda en la parte de atrás y temía que nadie pudiese oír mis gritos de socorro.

—Sí, le oímos, por suerte —Honey tuvo que elevar la voz por encima del sonido de una sirena.

—La ambulancia acaba de llegar —anunció Mart.

—Y con él, el doctor —añadió Jim, yendo a abrir la puerta principal.

De repente todos se encontraron ocupadísimos: Mart y Jim corrieron al exterior, a sujetar los caballos, asustados por aquel ruido inesperado. Di se apresuró a dar instrucciones a los ayudantes de la ambulancia. Brian fue a dar un breve informe al doctor Ferris, que ya bajaba del coche.

Sin tarea específica que hacer, Honey se sintió intranquila. Según pudo observar Trixie, su amiga vagó por la habitación, casi sin darse cuenta, cerrando los cajones de un secreter. Después retocó unos libros desordenados y estiró una tarjeta que había sobre el mantel.

Sólo quedó Trixie junto a Harrison. Lo miró y notó que él había estado observándola tan atentamente como ella a Honey.

Se miraron en silencio.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo Trixie en voz baja.

Harrison movió la cabeza.

—No, señorita —contestó—. Les he dicho todo lo que sé.

Pero Trixie sabía que no era así.

Cada vez más curioso • 5

EN BREVES MOMENTOS, la ambulancia partió hacia el hospital. Los Bob-Whites siguieron oyendo su sirena bastante después de que desapareciera de su vista, al tomar la primera curva.

—Bueno, eso es todo —dijo Jim—. Supongo que ahora lo mejor será que volvamos a la casa, pongamos todo en orden y regresemos a nuestro punto de partida.

Brian metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, casi hasta el fondo.

—También debéis saber —aclaró— que no hay ninguna posibilidad de que Harrison esté mañana suficientemente recuperado para ocuparse del bazar. Ya lo había supuesto yo por mi cuenta, y el doctor Ferris me lo ha confirmado.

—¿Lo tendrán mucho tiempo en el hospital? —preguntó Honey.

—No creo —repuso Brian con prudencia—, pero no estoy seguro. Le harán radiografías, es probable que tenga alguna fractura. En ese caso, es difícil saber cuándo le dejarán salir. Lo siento mucho, amigos, pero eso es lo que hay.

Como es natural, los Bob-Whites ya esperaban esas noticias, que eran obvias desde el momento en que Trixie y Honey lo encontraron herido.

Di parecía a punto de echarse a llorar.

—Lo… lo siento —murmuró—. Estoy como si todo hubiese ocurrido por mi culpa. ¡Ay! ¡Por qué vendría aquí Harrison anoche!

Trixie se apresuró a colocar su brazo por encima de los hombros de Di, olvidada ya por completo de su malestar por la intervención anterior de su amiga.

—Pues claro que no es culpa tuya, Di. No tienes que tomarte todo tan en serio. No te apures —recurrió a los demás—. Buscaremos el modo de salir adelante con nuestro proyecto del bazar, ¿no es así?

—Seguro que lo conseguiremos —murmuró Jim, pero no parecía muy convencido.

—¡Absolutamente! —intentó bromear Mart.

Brian no dijo nada. Estaba muy ocupado en remover la tierra con el tacón de la bota.

Di no quedó nada consolada.

—Pensaba que todo iba a salir tan estupendamente mañana —musitó—. Con mi padre fuera de casa, me siento como si tuviese que estar al cuidado de todo. Quería que mis padres viesen que podía asumir esa responsabilidad.

Y ahora ha ocurrido esto…

—¡La señorita Trask! —gritó de pronto Honey.

Trixie la miró asombrada.

—¿Qué tiene que ver ella con esto?

—¿No lo entiendes? —los ojos avellana de Honey brillaban excitados—. Podríamos pedirle que ocupase el puesto del señor Harrison en el bazar.

—¡Eso! —exclamó Mart—. Es sin duda una idea soberbia, espléndida.

—¡Oh, Di! —suspiró Trixie—. ¿Crees que tu padre aceptará?

Di estaba tan entusiasmada como los demás.

—Me parece que sí —contestó—. Casi estoy segura de eso. Tendría que llamarle y decírselo, aunque papá ya sabe lo eficiente que es la señorita Trask. ¡Estupendo! Ya ha estado otras veces al frente de montajes…

—Y de bodas —añadió Trixie—. No te olvides de las bodas. ¿Recuerdas cuando Celia, la criada de los Wheeler, se casó con Tom Delanoy?

—¿Y quién puede olvidarlo? —preguntó Jim riendo.

También se acordaba de cuando su prima Juliana se casó con su novio, un holandés.

En las dos ocasiones, la señorita Trask había efectuado todos los preparativos, y de modo muy eficaz, por cierto. No era culpa suya que, por aquel entonces, Trixie y el resto de los Bob-Whites hubiesen estado tan atareados resolviendo misterios.

—Pero lo importante es que quiera hacerlo —dijo Brian.

—Se lo preguntaré en cuanto llegue a casa —prometió Honey—. Aunque lo mejor será que se lo pidamos todos juntos. Si nos ve preocupados, no se negará.

Y, muy esperanzados, los Bob-Whites entraron en la casa.

—Tenemos que dejarlo todo tal como lo encontramos —ordenó Brian—. Honey, ¿quieres doblar esa manta? Estaba en aquel armario. Mart, si puedes vaciar este cuenco de agua y poner esta toalla en alguna parte… Trixie, Harrison estaba muy preocupado por su sombrero. Creo que debe estar aún en la bodega. Le prometí no olvidarlo.

Trixie le dejó organizar el trabajo de los otros. En realidad se sentía contenta por la oportunidad de echar un vistazo a la bodega.

Mart entraba en la cocina con el cuenco de agua justo cuando ella empezaba a descender la escalera.

—Ten cuidado, muchacha —le dijo bromeando—. No tengamos otra tragedia. Observa tus pies según vayas bajando las escaleras.

—Ya tendré cuidado de los escalones. Ahora procura tenerlo tú, para que tus torpes dedos no dejen caer el cuenco —repuso Trixie molesta.

La bodega estaba oscura y fría, y Trixie se estremeció al mirar a su alrededor. A juzgar por sus espesas paredes de piedra y sus dos ventanillas con barrotes, supuso que en otros tiempos debió ser una bodega de vino.

En el techo había una bombilla solitaria sin pantalla. Al encenderla, Trixie pudo ver estanterías con jaleas, mermeladas y frutas en conserva.

Un gran tonel de madera olía agradablemente a manzanas, y el sombrero de Harrison estaba colocado cuidadosamente sobre él.

Lo recogió y saltó de repente, al sentir algo que frotaba sus piernas. Miró y, para su tranquilidad, era Enrique Octavo.

—No me sorprende que no pudiésemos oír a Harrison cuando gritaba pidiendo socorro —le dijo al gato—. No podríamos haberle oído nunca, de no haber aporreado la puerta.

Enrique pareció no concederle ninguna importancia al asunto. Saltó encima del tonel y empezó a lavarse la cara.

Cuando Trixie volvió a la cocina, Mart estaba aún en el fregadero.

—Mart —dijo Trixie, poniendo el sombrero en un mostrador—, voy a intentar encerrarme en la bodega.

—Bueno —contestó él sin volverse—. Espero que tengas éxito, Sherlock. Entonces te tendré en mi poder, ¡je, je!

Pero Trixie no lo consiguió, tal como ya lo suponía. Por más portazos que dio, la puerta no se quedó cerrada ni una sola vez.

Cuando terminó, Mart le dijo:

—¿Qué pretendías?

Trixie se quedó un rato pensativa.

—Harrison nos contó que bajó al sótano y accidentalmente se quedó encerrado.

—¿Y qué?

—Que eso es imposible. Sabía que no nos estaba diciendo la verdad. Honey y yo tuvimos que hacer fuerza para descorrer el cerrojo.

Mart la miró.

—¿Tenía el cerrojo echado?

—Por la parte de la cocina —aclaró Trixie—. Es imposible que se cerrase solo.

—Entonces, ¿qué significa todo esto?

—Significa —dijo Trixie— que alguien más ha estado aquí anoche y que ese alguien encerró a Harrison en la bodega y lo dejó allí. Él tiene que conocerlo, pero por la razón que sea no nos lo quiere decir.

Se quedó mirando el sombrero de Harrison, como deseando que hablase.

—Pero ¿por qué no ha querido decírnoslo?

—No lo sé —confesó Trixie, dirigiéndose al salón—, pero estoy segura de que lo sabré.

—¿Qué es lo que sabrás? —preguntó Di.

—Es elemental, mi querida Di —repuso Mart divertido—. Trixie acaba de descubrir otro de los pequeños misterios de la vida. Nunca he visto a una mujer con tal propensión a los rompecabezas.

—Y hablando de rompecabezas —intervino Honey—, ¿habéis

visto esto? Sé que no debería haberlo leído, pero… bueno… es una especie de atracción.

Fue a la mesa y recogió la tarjeta de felicitación que Trixie había observado antes. Tenía una serie de dibujos.

Los Bob-Whites se acercaron a verla.

—¡Mirad! —exclamó Mart—. Hay un dibujo de Hoppy, la furgoneta meteorológica del Ayuntamiento.

—Y lo que está a su lado parece un dibujo de Sleepyside Hollow —afirmó Di.

Trixie miraba por encima del hombro de Di.

—¡Ya! Y el dibujo siguiente es un perro caliente, y el que le sigue, una flor. ¿No será eso una especie de código secreto?

Brian gruñó.

—Puede que lo sea. Vamos a verlo. Hoppy, la furgoneta del tiempo, Sleepyside Hollow, un perrito caliente y una flor. No, no me dice nada.

—Hay más —dijo Honey abriendo la tarjeta.

Dentro, escrito a mano con letras muy rústicas, hay un solo nombre: Jonathan.

—Creo que deberíamos dejarla donde la hemos encontrado —dijo Jim—. Ya no pintamos nada aquí, ésta es la casa de alguien.

—Y creo que deberíamos dejar una nota a la señora Crandall —agregó Honey, colocando la tarjeta sobre el mantel—. Habrá que decirle lo que ha pasado.

Mientras Brian escribía la nota, Trixie se quedó pensando en su prueba con la puerta de la bodega. Le habría gustado hablarlo con los demás Bob-Whites; pero, de algún modo, tenía la sensación de que Di no querría oír que Harrison mentía.

Al final no dijo nada. *Ya lo comentaré más tarde con Honey* —pensó.

Casi en ese mismo instante, Honey le dio un golpecito en el hombro.

—Tengo que contarte algo —dijo—. Es lo más divertido que puedes imaginar.

—¿Divertido de
ja-já
o divertido de peculiar?

Honey sonrió.

—Pareces Bobby. Quiero decir que es peculiar. ¿Recuerdas cuando fuiste al porche a llamar a los demás?

—Sí, lo recuerdo.

—Bueno —susurró Honey—, pues me di cuenta de que Harrison estaba realmente preocupado. Le pregunté si sucedía algo y me dijo que había entrado en la casa con una llave de la puerta principal, que la señora Crandall deja debajo de un tiesto, en el porche.

—Bueno, pues volveremos a dejarla allí —contestó Trixie.

—Eso es precisamente lo que te quería contar. Harrison me pidió que la pusiese allí por él. Estaba seguro de que la había dejado en la mesa de la cocina.

—Pues yo no he visto ninguna llave en esa mesa, ni al llegar ni después —aseguró Trixie.

—Eso es lo extraño —siguió Honey—: que no estaba. Harrison me hizo buscar por todas partes, pero no fui capaz de encontrarla. Había desaparecido.

—¿Has preguntado a los demás si la han visto?

—No —contestó Honey despacio—. Harrison me pidió que no lo hiciese. Primero me dijo que estaba seguro de que cualquiera de vosotros, si la veíais, lo diríais. Después dijo que a lo mejor no la había dejado en la mesa. Pero estoy segura de que sí la dejó.

Antes de seguir a los demás, Trixie se quedó pensativa, con el sombrero en la mano, en el quicio de la puerta.

¿Qué era lo que había sucedido en realidad la noche anterior? ¿Por qué Harrison no había querido contarles la verdad? ¿Quién había encerrado a Harrison en la bodega? ¿Y dónde estaba aquella llave? ¿Había desaparecido?

Cuanto más pensaba Trixie en todo aquello, más confusa se sentía.

—Pasa lo mismo que con todos los misterios —dijo en voz baja —. Te hace sentir cada vez más curiosidad.

El jarrón perdido • 6

LOS BOB-WHITES cabalgaban de regreso a casa, cuando Trixie dijo de repente:

—¡Yaya! Se me ha olvidado algo. Dije que iba a echar un vistazo a aquellos árboles del alfabeto. No creo que queráis esperar mientras yo…

—Tienes mucha razón; ¡no queremos! —aseguró Jim, desde la silla de Júpiter—. A estas alturas ya estará preguntándose Regan qué ha sido de nosotros.

—Y, además —añadió Mart por encima del hombro—, por mi parte, prefiero darme prisa para solventar nuestra entrevista con la señorita Trask.

—Conociéndote como te conozco, querido hermano —replicó Trixie espoleando a Susie—, no tardarás mucho en meterte el pie en la boca como los bebés. Así, por lo menos, dejarás que los demás hablen de vez en cuando.

Seguía Mart pensando algo suficientemente enrevesado como respuesta, cuando ya los caballos trotaban por los dominios de los Wheeler.

Se volvió, no obstante, y replicó:

—Introducir el propio pie en la cavidad oral es práctica reprensible, pero no lo es tanto como poseer una irrefrenable propensión a desvelar misterios insondables.

—¿Qué misterios insondables estáis desvelando ahora? —preguntó una voz fría.

La canosa señorita Trask, que administraba la propiedad del padre de Honey, surgió de los establos. Iba tan peripuesta como de costumbre, con un atildado traje de *tweed*.

Junto a ella estaba Patch, el spanniel blanco y negro de Jim, que se precipitó hacia todos y cada uno de los Bob-Whites conforme se iban bajando de los caballos, recibiendo al instante la oportuna caricia, aunque fuera ésta muy superficial.

No hizo caso de aquella falta de atención. Se sentó

observándolos a todos, con la cabeza ladeada, mientras los chicos hablaban todos a la vez.

No transcurrió mucho tiempo sin que la señorita Trask, con los ojos brillantes, levantase una mano en gesto de protesta.

—¡Basta, basta! —gritó riendo—. Ni siquiera me entero de lo que decís. Deduzco que ha pasado algo, pero ¿qué es? Hablad con calma para que me entere.

Escuchó en silencio, mientras los Bob-Whites iban relatando, uno por uno, los acontecimientos de aquella tarde. Una vez terminada la narración, se quedó callada unos momentos.

—Lamento lo que me habéis contado de la herida de Harrison —dijo después con voz tranquila—. ¿Hay algo en que pueda ayudaros?

—¡Oh, claro que sí, señorita Trask…, querida señorita Trask! —repuso inmediatamente Mart—. ¿Querría…, sería…?

—¿Supervisar los preparativos del bazar de mañana? —completó la señorita Trask.

Los Bob-Whites contuvieron el aliento.

Lentamente, ella asintió.

—No puedo negarme. Pero, como es lógico, tendréis que conseguir la autorización del señor Lynch…

—¡Naturalmente que la conseguiremos! —los ojos violetas de Di brillaban de entusiasmo.

—Y —añadió la señorita Trask con suavidad— tendré que preguntar a los padres de Honey qué les parece si yo…

—Estoy segura de que aceptarán —se apresuró a afirmar Honey.

—No se hable más —sonrió la señorita Trask—. La tarea es tan agradable que… sí, me agradará mucho hacer todo lo que pueda.

Tras aquel logro, que a todos les pareció lo mejor del día, la señorita Trask no fue capaz de pensar nada durante cinco minutos, rodeada por los Bob-Whites, que intentaban expresarle de mil formas su agradecimiento.

Una vez remitido el entusiasmo de esos primeros momentos, ella dijo:

—Espero que hayáis dejado todo tal como estaba, en la casa de la señora Crandall.

—Así lo hemos hecho —contestó Brian—, e incluso le hemos escrito una nota explicándole lo ocurrido.

—Me agrada saberlo —dijo la señorita Trask—. Esa pobre mujer ha tenido muchos sinsabores estos últimos meses. No quisiera que vosotros le hubieseis proporcionado alguno más.

Trixie recogió el cepillo de Susie y empezó a cepillar el suave flanco de la yegua.

—¿Qué tipo de sinsabores? —preguntó.

La señorita Trask suspiró.

—Me parece que la cosa empezó al morir el marido de Rosa Crandall, que, como sabéis, era el conservador del Museo de Bellas Artes de Sleepyside.

—¡Claro! —exclamó Honey—. ¡Jonathan Crandall! ¿Cómo no he reconocido antes ese nombre? —miró por encima del lomo de Lady a su hermano adoptivo—. ¿No lo recuerdas, Jim? Vino un par de

veces a casa, a ver a papá. Parecía una persona muy agradable.

—Ahora recuerdo —contestó Jim, pensativo—. El señor Crandall murió inesperadamente, si mal no recuerdo.

Brian estaba cepillando concienzudamente a Starlight. Se detuvo y preguntó:

—¿De qué murió?

—Creo que fue de un ataque al corazón —repuso Jim.

La señorita Trask asintió con un movimiento de cabeza.

—Además —prosiguió Jim—, la noticia de su muerte apareció en los periódicos de entonces. Incluso me parece que en el Sleepyside Sun se publicó un artículo necrológico dedicado a él. Y hubo algo extraño, pero… ¿qué fue?

—Inmediatamente después de morir —dijo la señorita Trask con tristeza—, el museo descubrió que faltaba un jarrón muy valioso, que le habían dejado en depósito para exponerlo durante una breve temporada. El dueño quedó muy afectado por la pérdida.

—¡Arrea! —los ojos de Mart se abrieron con asombro—. ¿Quiere decir que Jonathan Crandall era un ladrón?

La señorita Trask parecía incómoda.

—Hubo muchos que lo pensaron por entonces.

—¿Y el jarrón no ha aparecido aún?

—No, nunca apareció. La empresa aseguradora tuvo que pagar una elevada cantidad de dinero por él.

—Es la primera vez que oigo todo esto —afirmó Trixie—. ¿Cómo es que no hemos sabido nada antes?

—Todo se hizo muy deprisa, a petición de la señora Crandall —explicó la señorita Trask hablando despacio—. Incluso el Sun estuvo de acuerdo en no publicar nada más acerca de ese asunto. Ya sabéis que la familia de Rosa Crandall ha vivido aquí durante generaciones…, casi tanto como los Belden —terminó, sonriendo a Trixie.

Ésta limpiaba el morro a Susie.

—Pero si el jarrón no volvió a aparecer —dijo—, y todos estaban convencidos de que Jonathan Crandall lo había robado… y si nadie podía hablar de ello… —miró fijamente a la señorita Trask—, eso significa que muchos siguen pensando que era un ladrón, ¿no es cierto?

La señorita Trask volvió a suspirar.

—Me temo que sí. La gente que lo conocía a fondo, me refiero a los que eran sus amigos, no creen que fuese capaz de hacer tal cosa. Pero los hechos están ahí. El jarrón fue entregado al Museo a última hora de un viernes y Jonathan lo recibió. Hubo testigos.

—Pero —añadió Trixie lentamente— cuando volvieron a buscar el jarrón después de su muerte, no pudieron encontrarlo, ¿no es eso?

Ella aseguró que así era como había sucedido.

—Pero ¡qué desagradable para la señora Crandall! —añadió Di —. Tiene que sentirse verdaderamente acongojada al pensar que la gente sigue creyendo eso de su marido.

—Tienes razón —aseguró con firmeza la señorita Trask—. Y no hay modo de cambiar las cosas. Más vale no hablar de ello. Los asuntos de este tipo es mejor olvidarlos. Y ya fue solucionado hace tiempo por la compañía de seguros.

Trixie dijo de repente:

—Me pregunto si Harrison no encajará en todo esto.

—¡Ajá! —exclamó Mart, haciendo como que se retorcía las puntas de un imaginario bigote—. ¡El asunto se complica!

La señorita Trask lo miró sonriendo.

—¡Ajá! Pero no hay nada misterioso en ello. Harrison y el señor Crandall eran muy buenos amigos, y también muy aficionados a jugar al ajedrez.

—¿Harrison? —Mart pareció más asombrado que nunca—. ¿Que jugaba al ajedrez?

—Eso es lo que dice la gente —afirmó secamente—. Harrison iba muy a menudo a Sleepyside Hollow en sus tardes libres, me parece.

Ahora fue Brian el asombrado.

—¿Harrison le contó todo esto a usted?

Brian no era el único Bob-White incapaz de creer que el mayordomo de Di hubiese sido alguna vez locuaz; Trixie tampoco lo creía.

La señorita Trask se rió a carcajadas.

—No, por supuesto que no me lo dijo Harrison —aclaró—. Rosa Crandall y yo nos conocemos desde hace tiempo. Fue ella la que lo mencionó una vez.

Jim había estado escuchando atentamente.

—Tal vez piensa Harrison ayudar a la viuda de su amigo. Por

ejemplo, ha ido allá para darle de comer al gato.

Y no parecía extrañado de que ella le pidiese que lo hiciera.

—Es una observación muy atinada por tu parte, Jim —dijo la señorita Trask, volviéndose para marcharse—. Sí, creo que Harrison aún intenta ayudar a la viuda de su amigo cuando se le presenta la ocasión.

Cuando se fue, los Bob-Whites quedaron en silencio; hasta Patch estaba quieto, con sus ojos castaños atentos a Jim.

También Trixie lo miraba. Pensaba que era muy suyo aquello de haber comprendido inmediatamente la lealtad que Harrison parecía sentir por su amigo. Tal vez porque él había vivido sin amigos hasta que fue adoptado por los Wheeler.

Trixie notó, además, que la observación de Jim le había ayudado a entender un poco mejor a Harrison. Hasta el día anterior, para ella no era más que el mayordomo de Di: un hombre reservado y tranquilo que no se preocupaba más que de su trabajo. Nunca se había detenido a pensar que también era un ser humano, con sentimientos y lealtades propios.

De todos modos —pensó—, *tengo que hablarle a Honey de la puerta de la bodega*.

A pesar de las ganas que tenía Trixie de hablar con Honey a solas, no hubo oportunidad alguna de hacerlo en el resto de la tarde. Había mucho trabajo pendiente.

Cuando Regan comprobó que ya habían vuelto todos los Bob-Whites, corrió a los establos. Bajo sus órdenes, los chicos trabajaron con gran aplicación, primero con los caballos y después con los arreos.

Patch, decepcionado a la vista de que Jim no tenía tiempo para jugar con él, se volvió hacia la casa.

Trixie lo observó marcharse. De repente deseó que un día Reddy se comportase de igual modo. Claro, que eso era imposible. ¿O no?

Era ya muy tarde cuando Regan quedó satisfecho del trabajo de los Bob-Whites, tras comprobar que los caballos habían regresado sin daño alguno.

Los arreos pendían de las paredes, brillantes. Hasta Di se había quedado para ayudar.

—¡Estupendo! —aseguró Regan al final—. ¡Todo está perfecto! ¡Lo habéis hecho muy bien!

—En ese caso —dijo Honey, con la sensación de habérsele quitado un peso de encima—, lo mejor es que volvamos a ver a la señorita Trask. Tenemos que hacer a mis padres una pregunta muy importante.

—Y yo —agregó Di— tengo que hacer una llamada telefónica urgentemente.

Brian se apresuró a ir a Crabapple Farm, para vérselas con sus tareas de clase, hasta entonces olvidadas. Pero Mart se quedó observando a Di mientras cabalgaba subiendo la colina.

—Tal vez debería ir con ella para hablar con el señor Lynch —dijo. Miró triunfante a Trixie por el rabillo del ojo—. Hay quienes creen que me meto los pies en la boca, pero lo cierto es que sólo los meto debajo de la mesa del comedor —y, dicho esto, se marchó con las manos en los bolsillos.

Trixie suspiró.

—Supongo que quiere decir que ya tiene hambre otra vez.

Regan añadió:

—Pero ¿es que hay alguna hora en que no la tenga?

De pronto, Trixie dio un respingo.

—Me pregunto si Mart podrá ser tan encantadoramente persuasivo cuando le dé a Reddy sus lecciones.

Jim preguntó detrás de ella:

—¿Qué es eso de que Mart va a darle lecciones a Reddy?

Trixie recogió el sombrero de Harrison, que Di se había olvidado de llevar a casa. Tamborileó con los dedos sobre él y sonrió.

—Lo dije y lo mantengo —se puso el sombrero cubriéndose hasta los ojos—: Mart no conseguirá amaestrar a ese perro. ¡No lo conseguirá nunca!

El jinete fantasma • 7

EN LA CENA de aquel día, Trixie escuchaba en silencio, mientras Brian y Mart contaban al resto de la familia las aventuras de la tarde.

—Y cuando oyó lo que le contamos —decía Brian—, la señorita Trask estuvo formidable: se ofreció a ayudarnos en el bazar de mañana.

—Gracias a mí —le recordó Mart— y si se conseguía el permiso del padre de Di.

—Mientras tanto —continuó Brian—, Harrison está bien atendido en el hospital, ya le han dado unos puntos en la cabeza y están esperando las radiografías.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Mart con la boca llena de guiso de patatas.

—Llamé hace un rato al doctor Ferris.

—No hables con la boca llena, Mart —le regañó su madre—. Es malo para la digestión.

—¿Y las coles de Bruselas también son malas para la «gestión»? —preguntó Bobby esperanzado, mirando con asco las verduras de su plato.

—No. Precisamente son muy buenas para la digestión —le aseguró con firmeza Helen Belden—. ¿No es eso, Brian?

Pero Brian estaba entonces sumido en alguno de sus pensamientos.

—La señorita Trask nos estuvo hablando del conservador del Museo de Bellas Artes de Sleepyside, papá. ¿Hubo algo misterioso en su muerte?

Peter Belden, su padre, banquero de la ciudad, arrugó el entrecejo.

—No, no hubo allí nada de misterioso. Fue un ataque al corazón, ni más ni menos. Sí fue algo inesperado, pero nada más. Jonathan Crandall ya había tenido un amago hacía tiempo y su corazón no estaba muy fuerte. Pero nadie pensaba que fuese tan grave como

luego se vio.

—La señorita Trask nos ha hablado de un jarrón que desapareció; ¿era tan valioso como nos ha dicho? —preguntó Trixie.

—Era de un valor incalculable —contestó su padre despacio—. Se trataba de un jarrón Ming.

—¡Atiza! —exclamó Mart—. ¿Un Ming auténtico? Nunca he podido recrear mis ilustres órbitas en uno de ellos. No me extraña que el dueño quedase apabullado.

—¿Qué es lo que pasa con los jarrones Ming? —preguntó Trixie —. ¿Son tan extraordinariamente hermosos, o qué es lo que tienen?

Su padre quedó un rato pensativo.

—Bueno, no soy experto en arte —dijo—, y sólo vi alguna fotografía de ese jarrón. Era de un color verde pálido, de forma rara y parecía hecho de loza gruesa.

Trixie quedó decepcionada.

—Pues no me parece tan hermoso. No lo entiendo. ¿Y qué es lo que hace que valga tanto dinero?

Su padre se rió.

—Tampoco soy experto en eso. Pero una vez me dijeron que las piezas de la dinastía Ming valían tanto porque son muy pocas las que han llegado hasta nuestros días.

Mart engulló otras cuantas patatas guisadas.

—Vamos a ver —dijo—. Por lo que he leído el otro día sobre ese periodo, preparando la clase de Historia, la dinastía Ming reinó en China del siglo catorce al diecisiete —miró a Trixie—. No creas que eres tú la única que lee libros de Historia.

—Pero tú sólo los lees porque no tienes más remedio —le recordó Trixie.

—Puede que sí, puede que no —repuso Mart—. Pero, espera. Hay más —y cerró los ojos.

Bobby lo miró muy interesado.

—¿Se va a dormir ahora Mart? —preguntó.

—No —contestó Trixie a media voz, para que se oyera—. Sólo está echándole teatro al asunto, como de costumbre.

Mart hizo como que no la oía.

—Los mejores logros de la cerámica china —enumeró— se considera por lo general que corresponden a la excelente porcelana monocromática del período Ming —abrió los ojos y terminó

orgulloso—: También lo he aprendido en el libro de Historia.

—Sigo sin saber qué quiere decir todo eso —dijo Trixie.

Peter Belden sonrió.

—Yo tampoco, pero sé que la compañía de seguros ofreció una gran recompensa a quien consiguiese recuperar el jarrón Ming.

Trixie permaneció silenciosa un momento.

—Papá —dijo luego—, ¿crees que el señor Crandall robó el jarrón?

Belden retiró la silla de la mesa.

—No lo sé —aseguró—. No lo sé, de veras. Jonathan Crandall siempre me pareció un buen hombre, trabajador y honrado. Siempre pensé de él que era, en términos bancarios, lo que se llama un buen partido. Pero ahora… —se encogió de hombros.

Trixie se mantuvo pensativa mientras recogía la mesa y se preparaba para lavar los platos. Respetaba la opinión de su padre. Se veía claro que no estaba muy seguro de que Johathan Crandall fuese culpable o inocente.

Pero si Crandall era inocente, ¿quién robó el jarrón Ming? Y, lo que era más importante, ¿dónde estaba ahora?

Había algo más que preocupaba a Trixie…, algo en lo que hubiese querido no tener que pensar. *Pero tengo que hacerlo* —se decía—; *tengo que pensar en ello ahora mismo, y recordarlo bien*.

Al terminar de lavar los platos, aún seguía sin saber a ciencia cierta qué hacer.

En cambio, Mart sabía perfectamente qué hacer. Se fue a la cocina y miró a Reddy en silencio. Éste lo miró a su vez y empezó a mover el rabo.

—Ahora —le dijo Mart con firmeza— necesito tu colaboración, amigo. Necesito el libro que enseña cómo educar a canes como tú. Y necesito tu atención individual. ¡Perrito bueno! —acarició la cabeza de Reddy.

El perro parecía interesado, y lo mismo Bobby.

—¿Voy a buscar el libro, Mart? —preguntó Bobby, con los ojos muy abiertos, impaciente con el experimento.

—Déjalo que vaya él —dijo Trixie—. Necesita hacer ejercicio.

—Tu-tú, hermanita —se burló Mart—. ¿Estás incómoda porque vas a perder la apuesta?

Mart ya había notado, pues, que había algo que preocupaba a su

hermana. Eso era uno de los inconvenientes de ser casi gemelos. A menudo cada uno de ellos sabía lo que pensaba el otro.

Esta vez Trixie se alegró de que Mart se hubiese equivocado.

—Lo siento, Mart —dijo—. Es otra cosa lo que tengo en la cabeza. Iré a buscarte el libro. Dios sabe que necesitas toda la ayuda del mundo. Creo que Reddy tiene un algo maligno en sus ojos.

Notó que Mart la observaba mientras se alejaba. Pero se alegró de no haberle hablado del problema que la agobiaba. Habría dicho que era una tontería.

Cuando llegó al comienzo de la escalera sonó el teléfono.

—¡Yo lo cojo! —gritó, y corrió a descolgarlo.

Al otro extremo se oyó la voz de Honey, que estaba nerviosa como un flan.

—¡Trix! —gritó—. ¡Adivina! Ya está todo listo para mañana. Mis padres han dicho que la señorita Trask puede ayudarnos, y el señor Lynch también está de acuerdo. ¿No es estupendo? Di me ha llamado hace unos instantes y está muy contenta.

—Me alegro —dijo Trixie con serenidad—, y sé que los chicos se alegrarán también. Y hablando de ellos, ¿le ha dicho alguien a Dan lo que ha pasado?

—Se lo he dicho yo —repuso Honey—. Le llamé por teléfono. Por cierto, me dio buenas noticias. Mañana tendrá todo el día libre. Dice que no se quiere perder ningún acontecimiento más. ¿No es magnífico?

—Oh, sí —asintió Trixie sin ningún entusiasmo.

Hubo a continuación un corto silencio.

—¿Trixie? —la voz de Honey parecía inquieta—. ¿Qué te pasa? No parece muy alegre tu voz.

Trixie fue incapaz de ocultar por más tiempo sus preocupaciones.

—¡Oh, Honey! —gimió—. Tengo la terrible sospecha de que he hecho algo realmente estúpido. ¿Recuerdas a Enrique Octavo?

La respuesta de Honey llegó alegre por el hilo.

—¿Cómo voy a olvidar a tu monstruo?

Trixie bajó la voz.

—Pues atiende: me parece que lo he dejado… ¡Honey, creo que lo he dejado encerrado en la bodega!

Honey tragó saliva.

—No puedes haberlo hecho.

—Pues sí —insistió Trixie—. Enrique me siguió cuando bajé la escalera de la bodega, estoy segura de eso. Pero no recuerdo que me haya seguido cuando subí. ¿Lo viste arriba cuando regresé al salón con el sombrero de Harrison? ¡Piénsalo!

—¡Estoy pensándole!

—¿Y…?

—Y no recuerdo haberlo visto por allí.

—Está encerrado en la bodega —Trixie volvió a gemir—. Sé que lo está.

Honey habló con voz insegura.

—Pero Harrison dijo que la dueña de Enrique volvería a casa pronto. No creo que debamos preocuparnos tanto, Trixie. La señora Crandall lo encontrará sin duda.

—Pero suponte que no es así. Imagínate que no llega mañana ni pasado. Enrique no tiene allí abajo alimento ni agua. Harrison aseguró que la señora Crandall volvería pronto a casa, pero no concretó cuándo sería ese pronto.

Ambas callaron unos segundos.

Después dijo Honey débilmente:

—¿Insinúas que quieres volver a aquella casa, esta noche?

—Sí —contestó Trixie—. Me parece que eso era lo que quería insinuarte.

—Pero si no se ve ni torta —protestó Honey—, y… el bosque, tan oscuro… y, de todos modos, ¿cómo vamos a ir y por dónde podremos entrar? Dejamos todo bien cerrado y no tenemos la llave, ¿no lo recuerdas?

—Escucha. No te preocupes. Podríamos coger las bicis, pedalear a Sleepyside Hollow, y estar de vuelta en un momento. ¡Oh, Honey! Di que vendrás conmigo. Si les digo a Brian o a Mart lo tonta que he sido, se burlarán de mí el resto de su vida. Además, tengo que contarte una cosa. Es sobre la puerta de la bodega.

Honey suspiró profundamente.

—Bueno —dijo al fin—. Iré. Estaré ahí dentro de diez minutos, ¿de acuerdo? —Y colgó.

Trixie recogió un jersey ligero de su cuarto y fue a buscar el libro de Mart. Sentía como si le hubiesen quitado un gran peso de encima. Estaba segura de haber tomado la decisión más apropiada.

No hubiera podido dormir en toda la noche si no vuelve a Sleepyside Hollow: el pensamiento de Enrique, hambriento y tiritando en la bodega, le habría quitado el sueño.

Pero, al mismo tiempo, deseaba que Honey no tuviera en su mente otra preocupación:

¿Estaría el bosque tan oscuro aquella noche?

Los diez minutos de Honey fueron veinte. Estaba ya casi oscuro del todo cuando llegó a Crabapple Farm.

—Lo lamento —se excusó entre jadeos ante Trixie, saltando de la bici—. Tenía que haber llegado antes, pero cuando iba a salir volvió a llamar Di.

Trixie la miró preocupada.

—Espero que el señor Lynch no haya cambiado de opinión. Ya les he dicho a los chicos que todo estaba arreglado.

Honey sonrió.

—No, no ha cambiado de opinión. Pero sucede algo extraño: se trata de la bici del señor Harrison.

Trixie estaba muy ocupada examinando la suya. Comprobó por última vez el estado de los neumáticos y se aseguró de que la luz funcionaba bien.

—¿La bici de Harrison? —preguntó—. ¿Qué pasa con ella?

—Di acaba de decirme que ha preguntado a todos los sirvientes y le han asegurado que Harrison no tiene bicicleta. Ni tampoco pertenece a nadie de la casa de los Lynch.

—Eso sí que es curioso —asintió Trixie—. ¿Y dónde pudo adquirirla?

Pero la asombrada era Honey. Miraba por encima de los hombros de Trixie a un rincón donde había una mesa al aire libre.

—¿Qué es aquello?

Trixie ni se molestó en mirar.

—Aquello —dijo— es mi hermano Mart amaestrando a Reddy.

—Pero ¿está Mart debajo de la mesa?

Trixie asintió.

—Así es. Y Reddy. Mart está intentando convencerlo de que salga desde hace diez minutos. Y Reddy no tiene ganas —chasqueó la lengua—. Mart está de atar. Creía que todo iba a ser muy fácil, pero ni siquiera va a conseguir que Reddy se deje poner el collar. No le agrada que lo lleven atado. ¡Vamos! —dijo con firmeza—. No

nos preocupemos por eso. Ya tenemos suficientes preocupaciones y además le he dicho a mamá que estaríamos de vuelta pronto.

Poco después, rodaban suavemente por Glen Road hacia el lugar que desde entonces llamaban «la senda de Harrison».

Mientras marchaban, Trixie le contó a Honey sus intentos con la puerta de la bodega.

—Mart no pareció pensar que aquello era muy raro —dijo—. Lo llamó uno de esos pequeños misterios de la vida, pero a mí no me parece que sea nada misterioso, ni pequeño.

Honey fue del mismo parecer. El resto del camino intentaron encontrar una explicación al comportamiento, tan extraño, de Harrison.

No habían llegado a ninguna conclusión al llegar al principio de la senda. Honey hubiese preferido parar y hablar más tiempo sobre ciertas cosas… tales como si no sería más acertado dar la vuelta y regresar a casa.

Pero Trixie no vaciló: se lanzó hacia el bosque. Pronto la luz de su bicicleta aparecía y desaparecía entre los árboles, conforme iban ascendiendo la colina. Despacio, con temor, Honey la siguió; su bicicleta se balanceaba nerviosamente de un lado al otro del estrecho camino.

Las dos amigas aspiraron otra vez el agradable olor de los pinos y las plantas aromáticas. Podían oír el movimiento de los animalitos nocturnos entre los árboles y los arbustos. Ululó un búho. Croaron unas ranas. Y allá a lo lejos empezó a ladrar un perro de un modo constante e interminable.

—¡Trixie! —llamó Honey con voz temblorosa—. ¿Lo ves? Tenía razón.

—Casi siempre la tienes —le dijo Trixie en un tono despreocupado, mirándola por encima del hombro—. Pero ¿de qué hablas ahora?

—El bosque —Honey temblaba, a la vez que pedaleaba con todas sus fuerzas—. De veras resulta fantasmagórico a estas horas.

Y cuando ya creían que no podían pedalear ni un minuto más, coronaron el bosque. Sleepyside Hollow estaba allí abajo, ante sus ojos.

Les bastó una mirada para saber que en la casa había alguien. De todas las ventanas salía luz. Y, por la chimenea, una tenue nube

de humo gris ascendía perezosa, diluyéndose en el fresco aire de la noche.

—¡Estupendo! —gritó Honey contenta—. Ya no tenemos por qué seguir adelante. Se ve que todo está en orden. Vámonos, Trixie, volvamos a casa.

—Pero tenemos que bajar, Honey, ¿no lo entiendes? —dijo Trixie—. Tenemos que asegurarnos de que han encontrado a Enrique.

Honey protestó airadamente, pero empezó a seguir a Trixie, que ya bajaba la colina.

Estaba pensando que, afortunadamente, la parte más dura del viaje ya había terminado, cuando la mano de Trixie agarró el manillar de su bici.

—¡Pronto! —le urgió—. ¡Apaga la luz!

Asombrada, Honey obedeció.

—Pero ¿qué… por qué…? La voz se fue atenuando hasta dar paso a un silencio total, al seguir la dirección que Trixie le marcaba con el dedo.

Allí abajo, en el claro, junto a la casa, se veía una escena que las dos muchachas no olvidarían mientras viviesen.

Entre los árboles apareció silenciosamente una figura a caballo. Se quedó inmóvil en el haz de luz procedente de una ventana sin cortinas. Era un hombre ancho de espaldas y llevaba una capa larga y negra.

Pero había en él algo asombroso:

—¡Oh, Honey! —murmuró Trixie—: ¡No tiene cabeza!

El caballo llevaba zapatillas • 8

TRIXIE Y HONEY se quedaron de piedra. Sentían en la mano el frío metal de las bicicletas, pero los músculos estaban insensibles, como de corcho.

Creían no haber hecho ningún ruido ni movimiento que las delatase, pero la figura fantasmal pareció olerías. Giró el cuerpo hacia ellas y vaciló un instante.

—¡Aay! —susurró Trixie—. Parece que va a venir hacia aquí.

Pero no fue así. De pronto, tan silenciosamente como habían llegado, caballo y jinete se fueron.

Trixie se frotó los ojos para intentar ver a través de la negrura. Lo sucedido parecía imposible, pero había ocurrido: el jinete sin cabeza se había desvanecido como por encanto.

Trixie dejó escapar el aliento en un largo suspiro.

—¡No lo creo! —exclamó—. ¡Sencillamente, no lo creo! ¡Vamos, Honey! No puede haber desaparecido. ¡Sigámoslo!

—¿Se… seguirlo? ¿Bro… bromeas? —Honey parecía a punto de caerse al suelo—. No se puede seguir a los fantasmas, Trix. Y al único lugar al que me voy es a casa.

—Escucha, Honey —dijo Trixie con el tono más persuasivo de que fue capaz—: no me irás a decir que crees más que yo en los fantasmas, ni que eso era uno…

—¡Lo creo, lo creo! —dijo Honey con todo el convencimiento del mundo.

—Eso es alguien que quiere aterrorizarnos; estoy segura —repuso Trixie.

—¿Y por qué tiene que haber alguien que quiera hacer eso? —vaciló Honey—. Nadie sabe que hemos venido aquí. ¿Y cómo te has vuelto de repente tan valiente? Esta tarde viste un gato y casi te mueres; ahora ves un jinete sin cabeza y quieres salir detrás de él… No lo entiendo.

—Es distinto —contestó Trixie, aunque no estaba muy segura de que lo fuese, ni de por qué lo era.

—Por lo visto has olvidado el cuento del jinete sin cabeza, Trix. Lo leí cuando estaba en cuarto grado.

—Y yo también —afirmó Trixie—. Pero aquello era lo que acabas de decir: un cuento.

Honey sacudió la cabeza vigorosamente.

—Pues no lo era. La gente dice que se trataba de veras de un jinete fantasma. Era un soldado de Hesse que había muerto en una batalla y ahora cabalga por los bosques…

—No es por estos bosques —aseguró Trixie muy convencida—. Aquello ocurrió junto a Tarrytown hace mucho tiempo.

—Puede que sea así. Y puede ser también que el fantasma haya pensando que necesita cambiar de aires y haya venido aquí. Tengo miedo. ¡Vámonos a casa, Trixie! ¡Trixie! ¿Dónde estás?

Pero su amiga ya no estaba allí. Durante un instante, que a ella le pareció una eternidad, Honey pensó que Trixie también se había esfumado como los fantasmas.

Después, sin embargo, distinguió la tenue silueta de su amiga. Bajaba en la bicicleta hacia el claro. Honey la vio pararse e inclinarse sobre el suelo.

—¡Honey! ¡Ven enseguida! Aquí hay algo que quiero que veas.

Vacilaba Honey en seguir la indicación de su amiga, cuando se abrió la puerta de la casita. Un haz de luz iluminó la bici amarilla que Harrison había dejado apoyada en el porche. Y también alumbró a Trixie, que, lentamente, se había levantado y permanecía quieta, a la espera.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó una mujer de cabellos canos que se asomó a la puerta.

—¿Señora Crandall? —dijo Trixie inmediatamente, avanzando hacia ella—. Somos nosotras. Yo, Trixie Belden, y mi amiga —señaló con una mano hacia Honey, que se acercaba como a la fuerza— Honey Wheeler. Estuvimos aquí también esta tarde.

—¡Oh, queridas! —la puerta se abrió del todo—. Entrad, entrad. Sabía que había oído algo ahí fuera. Mi hermana me dice que no hago más que imaginar cosas, pero yo sabía que no era así. Dejad las bicis en el porche. Ahí estarán seguras.

Mientras las chicas obedecían, la señora Crandall siguió hablando. Según le parecía a Trixie, era como si se sintiera muy tranquilizada al verlas. Se preguntaba Trixie si había esperado ver

otra cosa, o a otra persona, allí fuera.

La señora Crandall, pulcramente vestida con blusa y falda a juego, les contó que acababa de llegar de Croton-on-Hudson. Sus ojos castaños brillaron al decirles que había traído consigo a su hermana, para que la acompañase durante unos días. En cuanto al accidente de Harrison…

—Todavía no me explico cómo pudo el pobre hombre quedar encerrado en la bodega —declaró, guiándolas hacia el confortable salón—. Ya leí la nota de tu hermano; nunca pude suponer que aquella puerta fuera a cerrarse de ese modo.

Ahora, dentro de la casa y con la seguridad que infunde la compañía, también Honey se había tranquilizado. Todavía respiraba agitadamente, como si hubiese echado una carrera, pero se sentía animosa, según observó Trixie, incluso capaz de sonreír a la otra señora, una mujer bajita y rechoncha que les sonreía.

—Es mi hermana, la señora Polly Ward —dijo la señora Crandall —. Polly, éstas son dos de los buenos samaritanos que estuvieron aquí esta tarde y a los cuales querías conocer: se llaman Trixie Belden y Honey Wheeler.

Polly Ward estrechó sus manos con afecto.

—¡Qué cosas! —exclamó—. Nos preguntábamos qué habría ocurrido aquí esta tarde. Pero, ahora que habéis venido, espero que nos lo contéis todo —señaló el sofá, a su lado—. Sentaos aquí las dos.

Mientras obedecían, la señora Crandall observó atentamente a Honey.

—¿Qué te pasa, niña? —le dijo—. Estás pálida como la cera. ¿Estás mala?

Honey captó a tiempo la señal de aviso de Trixie.

—No —repuso—. Es que, bueno… Nosotras… Cuéntaselo tú, Trixie.

—Es que nos hemos quedado casi sin aliento pedaleando para subir la colina, a través del bosque —afirmó Trixie con seguridad—. Fue una buena paliza, ¿verdad, Honey?

Ésta no contestó. Miraba algo que se le acercaba y se arrimaba acariciando sus piernas. Era el gato Enrique.

Trixie exclamó entonces:

—¡Oh, señora Crandall! Cuánto nos alegramos de verlo. Honey y

yo hemos venido aquí esta noche por él; creíamos que se había quedado encerrado en la bodega, y no sabíamos cuándo iba a regresar usted a casa, como comprenderá.

—Y por eso habéis vuelto aquí, a rescatarlo —dijo la señora Crandall—. Sois muy amables al tomaros tantas molestias.

—También usted fue una vez muy amable con nosotros —le recordó Trixie—. El coche de mi hermano se había averiado y nos dejó que usáramos el teléfono para pedir ayuda.

La señora Crandall levantó la mano.

—Por Dios —dijo—, qué menos. Los vecinos tienen que ayudarse unos a otros.

Honey se sentía cohibida.

—Ha sido idea de Trixie venir aquí esta noche —dijo—. Yo en realidad no quería venir… ni siquiera por Enrique. El bosque tiene un aspecto fantasmal.

—¿Fantasmal? —la señora Crandall parecía asombrada.

—Honey —intervino rápidamente Trixie—, ¿por qué no les cuentas a la señora Crandall y a la señora Ward lo que ocurrió aquí esta tarde? Diles cómo me asustó Enrique.

Así lo hizo Honey y las cuatro rieron con la escena del monstruo de Trixie. Después les fue fácil a las dos amigas contar lo que había sucedido aquella tarde.

Según hablaban, Trixie fue relajándose. Observó el cuarto, que ya le era familiar.

En efecto, los Bob-Whites habían hecho un buen trabajo a la hora de eliminar los signos de su presencia. Incluso el olor a perfume no era tan intenso como aquella tarde.

En cambio, ahora la habitación olía a humo de leña. Alguien había encendido la chimenea, y el crepitar de los troncos le daba una agradable sensación, muy hogareña.

Encima del hueco de la chimenea, en la repisa, estaba la tarjeta de felicitación, con su código secreto tan impenetrable como antes. Trixie estuvo a punto de preguntar por ella, pero supo contenerse.

Terminó de contar a la señora Crandall todo lo que sabía acerca del estado de salud de Harrison, y pasó a hablar despreocupadamente de la puerta de la bodega.

—Y estaba cerrada con pestillo cuando llegamos Honey y yo —dijo—. Me pregunto si tiene usted idea de qué razones existen para

encerrar a Harrison allí.

La señora Crandall movió la cabeza indicando que no lo sabía.

—Incluso ahora, apenas puedo creer que haya sucedido así. Porque el que la puerta estuviese con el cerrojo corrido por el exterior…, bueno, ¿estáis seguras de que lo estaba? Quiero decir, pequeña, como tú misma acabas de reconocer, acababas de llevarte un susto enorme con Enrique. Tal vez estuvieses aún, y perdóname la expresión, bajo los efectos del pánico. A lo mejor creíste que el cerrojo estaba corrido.

—No —intervino Honey con suavidad—. Estaba echado del todo. Yo también lo vi, y no sentía pánico alguno.

—También faltaba la llave de la puerta delantera —añadió Trixie—. Honey la buscó por todas partes.

Polly Ward intervino:

—¿Sabes lo que creo, Rosa? Me parece que todo esto es obra de la misma persona estúpida que te gastó ayer aquella broma pesada.

Trixie la observó inquisitiva.

—¿Qué broma pesada?

Rosa Crandall suspiró.

—Alguien, no puedo asegurar si hombre o mujer, me llamó por teléfono el viernes por la tarde —dijo—. El mensaje que recibí no fue agradable; absolutamente nada agradable.

—Lo que Rosa quiere decir —explicó Polly Ward— es que alguien la llamó, y le dijo que yo estaba gravemente enferma, y que me habían ingresado en el Hospital de Croton. ¿Qué os parece? ¿Qué habríais hecho en una situación semejante? Rosa y yo nos queremos mucho —se inclinó un poco adelante y acarició la mano de su hermana—. Por eso, lógicamente, fue a verme enseguida.

La voz de Trixie apenas se oyó:

—¿Y qué pasó después?

—No pensé en nada —continuó la señora Crandall—. Salté al coche inmediatamente y me fui a Croton-on-Hudson a toda velocidad —sus ojos se humedecieron—. Llegué al hospital y entré a toda prisa. ¡Podéis imaginaros en qué estado me encontraba!

—Como es natural —siguió Polly la narración—, allí nadie sabía nada de mí, ni nadie había telefoneado. Si me hicieras caso, Rosa, informarías a la policía.

—Desde el hospital —reanudó el hilo de la conversación la

señora Crandall— me fui inmediatamente a casa de Polly.

Y allí estaba, tan buena y feliz como siempre —sonrió con amor a su hermana—. Y en cuanto a lo de hablar con la policía, no creo que hubiese resuelto nada. No sé de nadie capaz de hacer deliberadamente una acción tan cruel. Prefiero olvidarlo. Es lo que le decía la noche pasada a Polly: esto ha sido obra de algún bromista.

Mientras Rosa hablaba, Enrique había saltado al regazo de Trixie, cayendo en una especie de sopor. Trixie empezó a acariciarle la cabeza y pronto se vio recompensada con un ronroneo feliz.

—Pobre Enrique —dijo la señora Ward, mirándolo—. Debe estar asombrado con tanto jaleo. Rosa lo olvidó cuando se fue de casa precipitadamente; ni siquiera se acordó de dejarle comida.

Los dedos de Trixie dejaron de rascar al gato.

—¿Por eso llamó a Harrison desde Croton anoche?

Honey asintió, añadiendo:

—La misteriosa llamada de Harrison.

La señora Crandall se rió.

—Sí —dijo—. Lo llamé. Polly me invitó a que pasara la noche con ella. Su marido estaría fuera unos días, en viaje de negocios. Yo me encontraba muy alterada, por lo que acepté de buen grado. Pero tuve que tomar ciertas medidas por Enrique, como comprenderéis…, aunque a veces es un gato malo.

—¿Un gato malo? —dijo Honey riendo—. ¡A mí no me parece nada malo!

Enrique ronroneó más fuerte aún que antes.

—¡Ah! —dijo la señora Crandall—, pero las apariencias engañan. Fijaos que volcó un frasco de colonia en un dormitorio de arriba.

—¡Entonces era eso! —Trixie se inclinó hacia una de las orejas del gato y murmuró—: ¡So bandido!

Enrique se limitó a acomodarse un poco mejor en su regazo.

—Como no estuve aquí la noche pasada —siguió la señora Crandall—, me parece que Enrique se aprovechó y durmió en mi cama.

—Mientras Harrison tuvo que conformarse con una fría bodega —añadió Honey.

La señora Crandall se miró las manos.

—Sí —asintió—, y siento de veras haberle causado tanto perjuicio. Se ha portado muy bien durante este último año. Ha habido momentos en los que no sé qué hubiese hecho sin su ayuda.

De repente, Polly Ward se echó a reír.

—Rosa, ¿por qué no le aclaras el misterio a esta pobre chica?

Echó una mirada divertida a Trixie.

—No hace más que mirar la tarjeta de la repisa de la chimenea. No hace falta ser adivino para saber que se muere de ganas por saber lo que dice.

Azorada al verse descubierta, Trixie empezó a protestar, pero acabó riéndose.

—Lo siento —dijo—. No tuvimos más remedio que verla esta tarde. Ya sé que no deberíamos haberlo hecho, pero…

Rosa Crandall se levantó, tomó la tarjeta y se dispuso a explicarla, con gran contento por su parte, por lo que se veía.

—Es la última tarjeta que recibí de mi marido antes de morir —dijo a modo de introducción, alargándosela a Trixie—. Por eso la guardo como un tesoro. Me enviaba muchas veces tarjetas como ésta, aunque, como es natural, con significados diversos. Pero siempre tenía jeroglíficos.

Polly Ward agregó:

—Jonathan era muy aficionado a los jeroglíficos, siempre estaba con ellos.

Rosa Crandall señaló las estanterías de libros.

—También le gustaban los cuentos de misterio, como podéis ver. A veces creo que había leído todas las narraciones de misterios y detectives que se han escrito. Uno de sus autores favoritos era Sir Arthur Conan Doyle, el que escribió las obras de Sherlock Holmes, ya sabéis.

—A Jonathan le gustaba mucho hacer jeroglíficos de su cosecha —añadió Polly—. La tarjeta que tienes en la mano, Trixie, es un buen ejemplo.

—Tienes que mirar las figuras —aclaró la señora Crandall, con los ojos brillantes— y leerlas en voz alta.

Trixie arrugó el entrecejo.

—Veo a «Hoppy», la furgoneta meteorológica del Ayuntamiento —dijo lentamente—, y veo un dibujo de Sleepyside Hollow, y un perrito caliente y una flor. Pero sigo sin descifrar mensaje alguno.

Para mí todo eso no significa nada.

Las dos hermanas se miraron, echándose a reír.

—¡Si ya casi lo tienes! —dijo Crandall—. Pero aún te falta algo —aclaró—. Esto es «Hoppy»; esto, un «hollow», esto, un «winnie» y esto, una rosa. Como sabes, me llamo Rosa. Léelo todo seguido.

De repente, Trixie empezó a reír también.

—¿Y recibió esta tarjeta el pasado mes de noviembre?

Rosa Crandall sonrió y afirmó con la cabeza.

—¿Qué es, Trixie? —preguntó Honey, recogiendo la tarjeta de manos de aquélla—. ¿Qué dice?

—¿No lo ves? —se admiró Trixie—. Dice: Hoppy. Hollow. Wienie. Rosa. Si lo lees todo seguido tendrás el mensaje: «Happy Halloween[*], Rosa». ¡Qué divertido!

Aún seguían riendo cuando Trixie se dio cuenta de que ya llevaban allí bastante más tiempo del que tenían previsto.

—Le prometí a Honey que regresaríamos enseguida —confesó—. Tenemos que irnos. Es tarde y nuestras familias empezarán a preocuparse por nuestra tardanza.

—¿Y por qué no telefoneáis diciéndoles que estáis aquí con nosotras? —sugirió Rosa—. Podría hacer chocolate. Después, si os parece, dejáis aquí las bicis y me sentiré muy honrada si me permitís que os lleve a casa.

Por la expresión de la cara de Honey, dedujo Trixie que estaba pensando en el largo y oscuro trayecto de vuelta por el bosque.

—¡Qué idea tan estupenda! —exclamó Honey—. ¿No te parece, Trixie? Jim podría venir mañana temprano con el coche para recoger las bicis, antes del bazar.

Trixie asintió.

—¿Cómo rehusar? —dijo—. Muchas gracias. Lo del chocolate me parece fenomenal.

Las dos niñas llamaron a sus casas, y les dieron permiso para quedarse un poco más.

—Siempre y cuando —aclaró la madre de Trixie— la señora Crandall os traiga a casa.

—No faltaba más, mamá —repuso Trixie—. Por cierto, ¿cómo siguen Mart y Reddy con las lecciones?

—No muy bien que digamos, me parece —dijo la señora Belden —. Creo que Reddy le entiende a Mart todo al revés. Por lo que he

visto, el perro siempre acaba haciendo exactamente lo contrario de lo que Mart le dice.

Tras la conversación telefónica, Rosa Crandall y su hermana pasaron a la cocina, y pronto Trixie y Honey percibieron el aroma del chocolate y la vainilla.

Trixie empezó a echar un vistazo a la biblioteca, y pronto se le unió Honey.

—Me alegro de habernos quedado —musitó Honey—, pero ¿por qué no me dejaste que le hablase a la señora Crandall del jinete sin cabeza?

—Me parece —contestó Trixie en voz baja— que ya tiene bastantes preocupaciones. Además, tengo la impresión de que ella ya lo ha visto antes.

Honey pareció asombrada.

—¿Quieres decir que esta noche no es la primera vez que ha aparecido el fantasma?

Trixie quedó un rato pensativa.

—Estoy segura de que no —dijo por fin.

—¿Y cómo lo sabes? —musitó Honey, mirando con aprensión por la ventana.

Entonces Trixie le dijo:

—¿Recuerdas cuando te pedí que fueses junto a mí, para ver algo que había encontrado en el suelo? Pues era lo más raro que puedas imaginarte.

Honey casi tuvo miedo de preguntar:

—¿Qué era?

—Encontré unas huellas —contestó Trixie—. Bueno, en realidad eran huellas de caballo. Pero no adivinarías nunca cómo eran. ¡Parecía como si las hubiese hecho un caballo que llevase zapatillas!

Dificultades • 9

AL LLEGAR a casa, Trixie saludó a su madre. Después corrió adonde estaban Mart y Brian, que no era otro sitio que la cocina.

La enorme habitación de la cocina aparecía más deslumbrante aún de noche que de día. Los pulidos muebles de arce y los brillantes cacharros de cobre reflejaban la luz de la lámpara. La vajilla de porcelana estaba apilada en estantes y armarios. A Trixie le gustaba este cuarto casi más que los otros.

—Me alegra que estéis levantados aún —dijo a sus hermanos—. Tengo muchas cosas que contaros.

—Apuesto —contestó Mart por encima del hombro, desde el frigorífico, muy afanado buscando algo— a que lo que quieres decirnos es cuánto sientes no haber estado a la hora de llevar a Bobby a la cama.

—No —repuso Trixie, sintiéndose un poco culpable—, no es eso. En realidad, para ser sincera, me había olvidado de él.

—¡Tu-tú! —gesticuló Mart—. Y qué bueno es tener un hermano atento que lo haga por ti.

—¿Hiciste eso por mí, Brian? —preguntó mirándole agradecida con sus ojos azules brillantes—. ¿De veras has acostado a Bobby?

Brian asintió con la cabeza.

—Y no me olvidé de contarle el imprescindible cuento de la hora de dormir. Creo que era uno que trataba de hermanas que no hacen sus tareas y perros que no atienden a lo que se les manda.

Empujó suavemente con el tacón de la bota a Reddy, tendido cuan largo era sobre el felpudo situado junto a su silla.

El perro no se movió. Estaba en lo mejor de su sueño.

Y no era extraño, porque había tenido una tarde muy divertida, pero agotadora.

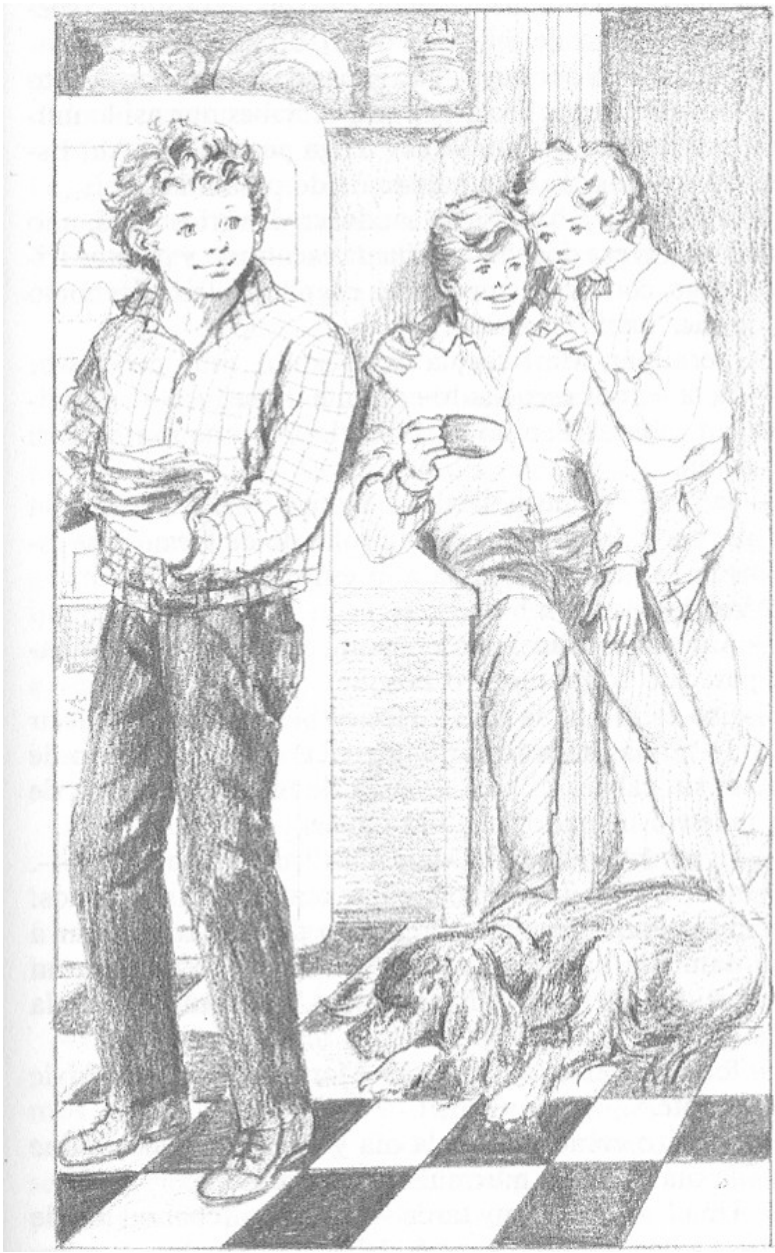
—¿Y terminaba bien el cuento? —preguntó Trixie a Mart. Después lo miró estupefacta—. ¡No irás a comerte todo eso!

Mart se alejó del frigorífico con las manos llenas. En ellas vio Trixie lonchas de jamón, embutido y tres clases de queso. También

había un tarro de mahonesa y otro de manteca de cacahuete. Y dos tomates, lechuga, catchup y un frasco de dulce casero elaborado con pepinillos.

Mart lo depositó todo cuidadosamente en el mostrador de la cocina. Luego cogió de la despensa una bolsa grande de patatas fritas y se volvió para buscar el pan.

—Respondiendo a tu pregunta referente al final feliz del cuento para irse a la cama —contestó por último, limpiándose los dedos—, baste decir que la hermana quedó perdida irremediablemente en el bosque. El perro desobediente fue convertido en salchichas y el hermano pequeño al que se le contó el cuento mencionado cayó en un profundo sueño con un gesto de felicidad dibujado en su cara.



—No me creo que hayas sido capaz de inventar un cuento así, Mart Belden —declaró Trixie—. Sabes que así lo único que consigues es que Bobby tenga pesadillas. ¡Ah! Escuchad los dos. Ya que hablamos de pesadillas…

Mart se puso a hacerse un sandwich de varios pisos, uno de los cuales era de mantequilla de cacahuete y patatas fritas. Luego, conforme empezaba a engullirlo, Trixie les contó lo que les había ocurrido.

Al terminar, Mart seguía masticando, muy pensativo.

—Ya te hemos escuchado bastante —aseguró—. ¿Un jinete sin cabeza? Eso no tiene sentido, es una tontería así de gorda.

—Ya lo sé —repuso Trixie—. Honey estaba convencida de que era un fantasma real: un soldado de Hesse —se estremeció, aunque la cocina aún estaba tibia.

Mart movió la cabeza.

—Aunque ese fantasma existiera, nunca se ha oído nada parecido sobre nuestro bosque.

—Eso es lo que le dije a Honey —se apresuró a decir Trixie—. Y la única historia que recuerdo a propósito de jinetes sin cabeza es «La leyenda de Sleepy Hollow», de un maestro llamado Ichabod Crane.

—Es verdad —farfulló Mart masticando el sandwich—. Ichabod, que tenía por costumbre azotar a sus alumnos. Sus dificultades empezaron cuando decidió conquistar a una damisela llamada Katrina Van Tassel. Pero tenía un competidor, de nombre Brom Bones, que también quería a la dama.

—Todos sabemos la historia, Mart —le recordó Trixie impaciente.

Mart hizo como que no la oía y bajó la voz hasta que no fue más que un murmullo casi inaudible.

—Una noche, ya muy tarde —siguió—, Ichabod iba de su casa a una reunión, a través del bosque tenebroso, montado en un viejo caballo, cuando, de repente, aparecieron un caballo y su jinete. Éste era enorme, deforme y tan negro como la misma noche. Y, —la voz de Mart se elevó dramáticamente— ¡no tenía cabeza! El aterrorizado maestro picó espuelas a su caballo y salió a galope con toda la velocidad de que era capaz su montura.

—El jinete sin cabeza iba tras él, cada vez más cerca.

Y cuando el viejo Ichabod creía hallarse a salvo, miró hacia atrás por encima del hombro…

—¿Y…? —animó Brian, secundando la teatral actitud de Mart.

—Y allí estaba el fantasma, de pie sobre los estribos. Llevaba algo en la mano… algo horrible y redondo… y se disponía a lanzarlo… ¡era su propia cabeza!

—¿Su cabeza? —preguntó Brian con voz terrible.

—El fantasma acertó de lleno al maestro, dándole un golpe terrorífico en el cráneo. Ichabod quedó tendido sobre el polvoriento suelo. Y el caballo negro, y su jinete sin cabeza, partieron como un huracán y nunca nadie ha vuelto a verlos.

—¡Qué barbaridad! —dijo Trixie—. A este paso seréis vosotros los que tendréis pesadillas, Mart. Acabemos la historia, que se va haciendo tarde.

Mart pareció confundido.

—Creo que era así, tal como la he contado, pero ¡qué le vamos a hacer! Al día siguiente, la gente de la ciudad fue a buscar al maestro. Encontraron el caballo y una calabaza aplastada.

—¿Una calabaza? —repitieron a coro Trixie y Brian.

—Sí, y nunca jamás encontraron a Ichabod Crane. Algunos creen que ha desaparecido; otros piensan que los gnomos se lo llevaron con ellos. Pero Brom Bones llevó al altar a la bella Katrina y desde entonces vivieron felices y se reían cuando alguien mencionaba las calabazas en su presencia. De modo que cada cual saque la conclusión que mejor le parezca.

Trixie suspiró.

—Lo que el cuento quiere decir, evidentemente, es que Brom Bones se disfrazó de fantasma descabezado para aterrorizar a Ichabod y hacerle huir del pueblo. Bueno, de todos modos, Washington Irving escribió un cuento bastante mejor que el que Mart ha relatado a Bobby antes de dormirse.

—No te creas —protestó Mart—, soy un narrador excelente.

Brian intervino para cambiar de tema.

—He estado pensando en la puerta de la bodega, y creo que probablemente la señora Ward tenga razón: tal vez se trate de una broma pesada.

—¡Una broma! —se escandalizó Trixie—. Harrison pudo herirse gravemente allí dentro.

—Pero la persona que lo encerró no podía saberlo, Trixie —puntualizó Brian—. No intento excusar a quien lo hizo. Fue sin duda una faena. Pero al caerse Harrison y herirse en la cabeza, el otro no intervino en nada.

Trixie gruñó.

—Bueno, yo sigo creyendo que aquí hay algo de lo que no sabemos nada. Sea como sea, Honey dijo que Jim vendría mañana por la mañana temprano para llevarme a Sleepyside Hollow.

—Pero si mañana es el bazar —objetó Brian—. Tenemos aún mucho que hacer, ya lo sabéis, no es momento de que os pongáis a resolver misterios.

—Jim y yo no tardaremos —aseguró Trixie—, y el bazar no empieza hasta la una. Además, recogeremos donativos de dos de nuestros buenos amigos. Mamá me ha dicho que la señora Vanderpoel ha hecho doce docenas de pastas para nosotros y que la señora Elliot quiere donar unas flores. ¿No es estupendo?

—Eso parece —afirmó Mart, devolviendo al frigorífico lo que había dejado de su tentempié. Se sirvió un vaso de leche—. Y casualmente esas dos señoras viven no muy lejos de Sleepyside Hollow.

—Pero tenemos que recoger las bicis —protestó Trixie mirándolo.

—Y mientras estáis allí, ¿vas a ver si encuentras algún otro fantasma? —insistió Mart.

—Hay una cosa que me trae de cabeza —confesó Trixie—. En primer lugar, ¿por qué bajó Harrison a la bodega?

—No hay nada de misterioso en eso —dijo Mart, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Dijo que había oído un ruido abajo.

—Pero ¿qué ruido? —repuso Trixie—. ¿Y quién lo hizo, o qué? El bromista no podía estar a la vez en dos sitios: abajo, en la bodega haciendo ruido, y arriba, en la cocina, para echar el cerrojo. Tiene que haber una explicación, y pienso encontrarla.

—Puede que en la bodega estuviese el jinete sin cabeza —Mart parecía satisfecho de haber encontrado una solución tan sencilla—. Los fantasmas pueden atravesar las paredes, ya lo sabes. Y también se desvanecen en el aire, según has podido comprobar tú misma.

—Pero no lo creo —dijo Trixie—. El fantasma y su caballo me parecieron absolutamente sólidos. Y hay algo más que os podrá

quitar el sueño esta noche. Vuelvo a insistir: ¿por qué Harrison no nos dijo que no estaba solo?

Mart bostezó.

—Pensaré en ello —prometió—, pero no esta noche. Ahora mismo me voy a la cama.

—Yo también pensaré en ello —afirmó Brian.

—Bueno, yo no —dijo Trixie—. Sé que voy a soñar con aquel horrible jinete sin cabeza… toda la noche.

Pero no fue así. Se quedó profundamente dormida, antes incluso de que la nuca reposara en la almohada.

El día siguiente amaneció claro y radiante. Trixie comprendió que iban a tener buen tiempo durante el bazar.

Muy poco después del desayuno, Jim llegó a buscar a Trixie, tal como había prometido. Ésta observó la silueta del coche, tan familiar, conforme entraba por el camino de los Belden; sintió un orgullo especial al ver las brillantes letras que adornaban su puerta: «Bob-Whites of the Glen».

Ni siquiera entonces podía creer que el coche les perteneciese. Cada uno de los Bob-Whites tenía una participación de un séptimo en el coche, pues con esa condición lo había regalado el padre de Honey al club cuando se compró otro nuevo.

—Ya he llamado a Di —informó Jim—. Los demás van hacia allá ahora. Parece que vamos a tener un buen día. Señora Presidenta, ¿adónde vamos primero?

—A casa de la señora Elliot, creo, señor Copresidente —respondió Trixie sonriendo.

—Y después, ¿a casa de la señora Yanderpoel?

—Exactamente —repuso Trixie—. De ese modo comprobaremos si queda sitio para las bicis. Si no… —suspiró con pena—, supongo que tendremos que dejarlas allí una temporada.

—Haremos el viaje a Sleepyside Hollow de todos modos —aseguró Jim, sondándole—. La señora Crandall telefoneó esta mañana a Honey para decirle que había pensado donar algunos tarros de mermelada y jalea para el bazar; ¿qué te parece?

Trixie sonrió feliz y pensó un instante en sus proyectos de aquel día. Después miró a Jim. Le pareció que estaba muy elegante, con su chaqueta roja de Bob-White. También Trixie llevaba la suya, lo mismo que los demás. Después de todo, el bazar era una iniciativa

de su club.

Jim bromeó.

—Llevamos un objeto que no es para la venta del bazar: el sombrero de Harrison. Di me telefoneó anoche, para preguntarme por él. Parece que ayer lo dejamos en los establos.

—¡Anda! ¡Eso ha sido olvido mío!

—Di insistió tanto, que tuve que bajar a recogerlo en aquel mismo momento —dijo Jim—. Y allí estaba.

Trixie miró atrás: el sombrero de Harrison estaba justo en el centro del asiento trasero. Tenía un aspecto tan digno y correcto como su dueño.

—¿Por qué estaba Di tan preocupada por el sombrero? —preguntó.

—Ya la conoces —respondió Jim vagamente—. Creo que trata de demostrar a la servidumbre que ella sola es capaz de resolverlo todo. Me parece que por ahí van los tiros.

Trixie se encogió de hombros.

—Bueno, no entiendo nada. No es muy propio de Di ser tan minuciosa. Se hace pesada.

—Tal vez, Trix —arguyó Jim con gentileza—, sea porque estás acostumbrada a funcionar a tus anchas.

—Pero no soy mandona —protestó.

Jim la miró como intentando adivinar el sentido de sus palabras.

—¡Oh!, a veces sí. Nada más que un poco, tal vez. Pero claro, creo que alguien tiene que ser el jefe.

Trixie no estaba segura de que le gustase ese comentario.

—Me parece que aquí todos somos los jefes —dijo despacio.

Jim decidió dejar de lado aquel tema.

—Volviendo al sombrero de Harrison, prometí a Di esta mañana que iríamos al hospital si tenemos tiempo. Me gustaría terminar con la historia del sombrero de una vez para siempre.

Trixie no dijo nada, pero sintió una sensación extraña en la boca del estómago. Era como si Di siguiera aún tan rara como el día anterior.

Y si es así —pensó Trixie—, *eso significa dificultades para todos nosotros*.

sorpresa del sombrero • 10

NO PASÓ MUCHO TIEMPO sin que el amplio coche se convirtiese en el más flamante vehículo de la región.

En casa de la señora Elliot fueron obsequiados con varios ramos enormes y olorosos de guisantes en flor.

—Muchas gracias a todos por haberme ayudado a encontrar mi «tesoro escondido» —les había dicho la señora Elliot. Sus ojos brillaban al mirarlos.

—¡Oh, qué bonitas! —exclamó Trixie—. Se venderán inmediatamente, lo sé. Ha sido muy amable.

—Será porque tú también eres una persona muy grata —repuso la señora Elliot.

El cumplido le hizo sentirse a Trixie un poco mejor.

En casa de la señora Vanderpoel cargaron cajas de pastas recién hechas, dentro del espacioso maletero del coche.

—La gente os olerá, antes de que lleguéis, desde muchos kilómetros —dijo la señora Vanderpoel limpiándose las manos en el mandil azul que llevaba—. Pero ¿qué mejor carga que flores y pastas? ¡Delicioso!

Al salir, Trixie le dijo a Jim:

—La próxima parada, Sleepyside Hollow.

—Honey me contó lo que os pasó anoche —le dijo éste—. Ya está más tranquila, me parece —echó una mirada a Trixie—. ¿Qué te parece a ti todo eso?

Seguían hablando aún de los acontecimientos de la noche anterior cuando alcanzaron la entrada de Sleepyside Hollow Lane. Siguieron las curvas del camino y finalmente llegaron al exterior de la casa de la señora Crandall.

Fue Polly Ward quien acudió presurosa a recibirlos.

—Rosa no está —dijo—. Ha tenido que ir a comprar algunas cosas a la tienda del señor Lytell. Después me parece que iba a pasar por el hospital, a ver al señor Harrison. Pero todo está preparado. Las conservas os esperan en la cocina.

Jim fue enseguida al interior de la casa, mientras los ojos de Trixie buscaban por el suelo las extrañas huellas que había visto la noche anterior. Pero no pudo encontrar nada. Ni siquiera recordaba exactamente dónde las había visto. A la luz del día todo parecía completamente diferente.

—¡Vamos, lentorra! —llamó Jim desde el porche—. ¿Te vas a quedar ahí todo el día?

—¡Jim, he encontrado algo! —exclamó Trixie.

Pero Jim no la oyó. Se había vuelto y había entrado en la casa.

Trixie fue deprisa hacia uno de los lilos que crecían en el espacio anterior a la casa, que hacía de jardín. No pudo encontrar las huellas del caballo, pero su penetrante mirada descubrió otra cosa: un jirón negro que pendía de una rama.

Trixie lo observó despacio. Parecía como si lo hubiesen arrancado de alguna prenda de vestir. ¿Sería un trozo de la capa del fantasma?

Con rapidez, Trixie lo recogió, desenganchándolo del arbusto.

Tal vez sea de una capa —se dijo a sí misma—, *pero de la capa de un fantasma, nunca*.

Se guardó el retal en un bolsillo de los vaqueros y siguió a Jim, que ya estaba en la cocina con la señora Ward, colocando el último tarro de mermelada en una gran caja de cartón.

Jim le reprochó:

—Creía que te habías perdido. ¿Has ido a ver los árboles del alfabeto?

La señora Ward pareció extrañada.

—¿Los árboles del «alfabeto»? —miró asombrada por la ventana de la cocina—. ¡Ah, bueno! Ya sé a qué os referís. Esos árboles frutales tienen un aspecto muy particular, ¿no? Podéis ir a verlos de cerca.

Abrió la puerta de la cocina y salió al exterior.

Trixie estuvo a punto de contarle a Jim su último descubrimiento, pero al ver el jardincillo lo olvidó todo, incluso la capa del fantasma.

En la hierba crecían alegres flores de colores diversos. Más allá estaban los árboles frutales; cada uno de ellos tenía una serie de letras pintadas en su tronco.

—¡Vaya! —se asombró Trixie—. Esos árboles parece que tienen

distintas clases de hojas en las ramas. ¡Mira ése de ahí! ¿Cómo es posible?

La señora Ward sonrió.

—Lo hizo Jonathan. Entendía mucho de jardinería y plantas. Era una de sus aficiones. Él fue quien cuidó de todo esto —dijo señalando alrededor.

—Pero… ¿y esos árboles? —preguntó Trixie.

—Jonathan estaba experimentando con ellos. Pensaba tener tres clases de frutos diferentes en cada árbol, como podéis ver.

—No lo entiendo —dijo Trixie.

—¡Ya sé lo que es! —dijo de pronto Jim—. Ya lo recuerdo. Leí un artículo a propósito de esto una vez, Trix. Si cortas la yema de un árbol, como puede ser un cerezo, por ejemplo, puedes llevarla a otro y hacer en él lo que se llama un injerto.

Trixie arrugó el entrecejo.

—¿Y tienes que injertarlo en otro cerezo?

—No. Y ésa es la cuestión. Puedes injertarlo en un melocotonero, o un manzano, u otro que sea afín con él. Algunos injertos prosperan mejor que otros, como es lógico.

—Entonces, una vez terminado el injerto, ¿tienes un árbol que es a la vez manzano y cerezo?

La señora Ward asintió.

—Eso es, Trixie. Algunos lo hacen para ahorrar espacio. Pero me parece que Jonathan lo hacía sólo para ver si lo conseguía, por el simple placer de intentarlo.

—¿Y qué pintan esas vendas verdes? —volvió a preguntar Trixie.

La señora Ward se rió.

—No me parece que sean vendas, Trixie.

—Es una especie de bramante encerado que Jonathan utilizaba cada vez que hacía un injerto, para sujetar la yema en su sitio. Según creo, hasta que la yema agarraba.

—Y apuesto a que adivino qué significan las letras que los árboles tienen en el tronco —exclamó Jim—. Se han pintado para ayudar a la señora Crandall a que sepa cuáles son las especies de frutos que se tienen en cada uno de ellos. ¿Es así?

—Exactamente —afirmó la señora Ward.

—Pues aquí tienes otro misterio esclarecido —le dijo en broma

Jim a Trixie.

Trixie recorrió los árboles y tocó los troncos ligeramente con la punta de los dedos.

C. Guerra

—¿Sabes? —dijo un poco ausente, por encima del hombro—. Apuesto a que mamá sabe lo que son esta clase de experimentos. Debí habérselo preguntado —tocó un tronco retorcido—. ¡Mira! Este viejo manzano está marcado con las letras LMN, aunque no tiene ninguna yema injertada. ¿Por qué será?

—Supongo que Jonathan decidiría dejarlo solo —explicó la señora Ward, ya de regreso a la cocina, seguida de Jim—. Es muy viejo y a lo mejor no resistía el choque que supone el injerto. De todos modos, no hay modo de saberlo con seguridad. Me temo que Rosa ha tirado ya hace tiempo todos los apuntes referentes a estos árboles.

Trixie se paró a mirar la parte de atrás de la casita. Desde donde estaba podía ver dos ventanucas de la bodega, provistas de barrotes. Estaban al nivel del suelo, y había algo en el limpio espacio que quedaba delante de ellas. Trixie se acercó rápidamente, para investigar.

No era nada asombroso, pero de repente Trixie tuvo la impresión de que había encontrado la respuesta a una de las preguntas que más la obsesionaban.

—¡Chinitas! —murmuró—. Un puñado de chinitas arrojadas a la ventana fue lo que hizo que Harrison bajara a la bodega. Después, el autor del ruido no tuvo más que entrar y echar el cerrojo, dejándolo encerrado.

Se dirigió lentamente a la cocina, sumida en sus pensamientos. Llegó a tiempo de oír a Jim protestar mientras levantaba la pesada caja llena de tarros.

—¡Sujétala, Jim! —le dijo—. ¡Ahora te ayudo! —y corrió a su lado.

Entre los dos llevaron la caja al coche y volvieron para cargar las bicis. La señora Ward estuvo ayudándolos.

Para hacer sitio a las bicis tuvieron que abatir el asiento trasero, y colocar el sombrero en otro sitio, encima de la caja de cartón. Eso le recordó algo a Trixie.

—Tal vez podríamos llevarnos la bici del señor Harrison —dijo Trixie, pensando en lo que Di iba a decir si no lo hacían.

—No —contestó Jim—. La dejaremos aquí si no le importa a la señora Crandall. En realidad no cabe y, además, Harrison dijo que quería recogerla él mismo.

Trixie se colocó en el asiento delantero del coche.

—Me alegra mucho que me haya resuelto el misterio de los árboles del alfabeto —dijo a la señora Ward.

—Y el de la tarjeta —agregó Jim, que sabía todo lo referente a ella—. No olvides la tarjeta de Halloween.

—Hay por ahí otra tarjeta —dijo la señora Ward—. Estoy segura. Una tarjeta de cumpleaños y un regalo. Porque el cumpleaños de Rosa es un poco después de Todos los Santos. Y ella sabía que Jonathan le había comprado un regalo, porque se lo había dicho. Pero lo escondió, como hacía siempre.

Trixie mostró interés en ese mismo instante.

—¿Y dónde lo escondió?

—Ése es el problema. Rosa no ha podido encontrarlo, a pesar de que Jonathan le dio la clave. A él le gustaba mucho sembrar un poco de intriga y misterio, ya sabéis.

Y siempre decía: «Es muy simple».

—«Es muy simple» —repitió Jim—. ¿Qué significa?

—No lo sé —confesó Polly—, pero me gustaría saberlo.

—Pero ¿por qué la señora Crandall no se dio por vencida al no poder encontrar el regalo? —preguntó Trixie—. Seguro que él se lo habría dado de todos modos.

El rostro habitualmente jovial de la señora Ward se ensombreció.

—Demasiado tarde, querida: Jonathan murió de repente la semana antes del cumpleaños de ella. Rosa ha buscado el regalo por todas partes. Era una pareja que se llevaba muy bien y habría sido para Rosa algo muy entrañable encontrar su último regalo —suspiró —. ¡Pobre Rosa! Han ocurrido tantas cosas extrañas desde que murió Jonathan… Hasta su capote desapareció hace unos meses. Rosa cree que alguien debió robarlo, aunque no puede imaginar por qué.

—¿No vendrán al bazar ustedes dos a mediodía? —preguntó Jim.

—¡Oh, sí; vayan, por favor! —suplicó Trixie.

Pero la señora Ward movió la cabeza con gesto negativo.

—No. Es mejor que no vayamos. Hay muchos ciudadanos malpensados, a causa de aquel jarrón que desapareció. Al ver a Rosa en el bazar, tal vez se despierten otra vez sentimientos de

animadversión hacia ella. Aquí está tranquila y me tiene a mí, que soy buena conversadora.

Trixie permaneció silenciosa todo el camino hasta llegar al hospital. Estaban aparcando cuando dijo de repente:

—¿Verdad que fue un asunto feo, Jim? Me gustaría poder hacer algo por ayudarla.

Miraba la ventana del Museo de Bellas Artes de Sleepyside, al otro lado de la calle. Construido aproximadamente en la misma época que el Ayuntamiento, el museo tenía su sede en uno de los más antiguos edificios de la zona.

Trixie pensó otra vez en Jonathan Crandall, el conservador del museo, ahora considerado ladrón por muchos. Suspiró y se preguntó cómo sería. ¿Alto y delgado como aquel hombre bien vestido que ahora estaba en la puerta del museo? ¿O bajo y musculoso como el policía que entraba deprisa en el hospital?

—Quisiera descubrir dónde escondió el señor Crandall el regalo de cumpleaños de su esposa —murmuró.

Jim gruñó y paró el motor.

—En cuanto creemos que hemos resuelto un misterio, ya estás metiéndote en otro. Pero esta vez estoy de acuerdo contigo; sí —afirmó balanceando su pelirroja cabellera—; sería muy agradable, por supuesto, poder ayudarla. ¿Crees que podremos?

Recordando su corta conversación del principio de la mañana, Trixie exclamó:

—¿Y por qué me lo preguntas? Si te lo dijese, acabarías asegurando que soy una mandona.

—¿Quién es una mandona? —preguntó alguien.

La voz le resultó familiar a Trixie. Al mirar vio que se trataba del doctor Ferris, que le sonreía a través de la ventanilla del coche.

—No importa quién de vosotros sea un mandón; sois precisamente las personas que estoy buscando —dijo el doctor—. ¿Podéis concederme un minuto? Me gustaría hablar con vosotros. Es a propósito de vuestro amigo, el señor Harrison. Si alguien necesita que le manden, es ese hombre.

Trixie y Jim siguieron al doctor hasta un banco bajo los arces.

Una vez sentados, Trixie preguntó ansiosa:

—¿Cómo está Harrison? ¿Está herido de gravedad? Ya sé que Brian ha estado en contacto con usted…

—Y también Diana Lynch —suspiró el doctor—. En realidad he estado tan ocupado contestando al teléfono, respondiendo a solicitudes ansiosas, que me maravilla el haber tenido tiempo para atender a mis pacientes.

—Pero ¿cómo está él, doctor? —preguntó Jim.

—Está muy bien… o lo estará si puedo conseguir que no vaya a vuestro bazar a mediodía.

Trixie se quedó mirándolo.

—¿Que no vaya al…? ¿Pero por qué tiene que ir? Ya hemos encontrado quien va a sustituirlo.

El doctor Ferris los miró muy serio.

—Supongo que os alegrará saber que, según radiografías, el señor Harrison no tiene fractura alguna; pero, de todos modos, sería prudente que permaneciese en reposo absoluto un par de días más.

Jim asintió.

—Muy bien. Creo que eso es lo mejor.

—Pero el señor Harrison no parece entenderlo así —intervino el doctor—. Parece como si estuviese convencido de que si no está él al frente, el bazar se va a hundir. Quiere ocupar su puesto allí esta tarde. Habéis dicho que ya teníais sustituto, pero él no lo sabe, y por eso insiste en que tenemos que dejarle salir del hospital enseguida. Quiero que vayáis los dos a hablar con él.

Estaba tan seguro de que harían lo que les pedía, que antes incluso de terminar de hablar ya estaba subiendo las escaleras de la entrada principal del hospital.

Trixie apenas tuvo tiempo de saludar con la mano a una amiga antes de que el doctor la cogiese firmemente para pasar el control principal.

—Todo está en regla —dijo a la enfermera de guardia—: estos dos jóvenes tienen permiso mío para visitar al señor Harrison, el de la habitación ciento dieciséis —se volvió a Jim y a Trixie—. Sé que puedo contar con vosotros —dijo. Estrechó sus manos y se fue.

—¡Uf! —dijo Jim—. Me siento como si me hubiese atropellado un camión —miró a Trixie—. ¿Y tú, qué tal? El doctor Ferris nos ha asaltado tan de repente, que nos ha hecho olvidar el motivo de nuestra visita.

—¡El sombrero! —exclamó de pronto Trixie—. Debías bajar a buscarlo —lo pensó otra vez—. Será mejor que vayamos los dos, o

volverás a decir que soy una mandona.

Jim se limitó a sonreír y la cogió de la mano. Salieron del edificio y corrieron al coche.

—¡Atiza! —gritó Trixie sin aliento—. Cerré la puerta, pero me olvidé subir el cristal. Espero que esté todo tal como lo dejamos.

Introdujo la cabeza por la ventanilla abierta y echó una mirada. Inmediatamente se dio cuenta de que faltaba algo.

Vio las bicis, las flores, las pastas y la caja de los tarros, pero encima de ella no había nada.

¡Alguien había robado el sombrero de Harrison!

Trixie está preocupada • 11

TRIXIE registró el coche sin resultado.

—No puedo creerlo —exclamó—. ¿A quién puede interesarle un viejo sombrero como ése?

—A lo mejor se ha caído en alguna curva —aventuró Jim—. ¿Has mirado en el suelo?

—Sí, he mirado —respondió Trixie—, y no está. ¡No está en el coche! ¡Oh, Jim! ¿Qué le vamos a decir a Harrison? —gimió—. Y, peor aún, ¿qué le vamos a decir a Di?

—Sólo podemos hacer una cosa —dijo Jim—. Decir la verdad. Explicaremos cómo ha sucedido…

Trixie no hacía más que darle vueltas a la cabeza.

—Pero ¿cómo ha sucedido, Jim? ¿Y cuándo?

Jim se encogió de hombros.

—No sé.

—¿Cuándo fue la última vez que viste el sombrero? Sé cuándo lo vi yo: en Sleepyside Hollow, al cargar la bicis. Desde entonces no he vuelto a mirarlo; ¿y tú?

Jim intentó recordar.

—No, yo tampoco. En realidad no había ninguna razón para hacerlo. Pero ¿qué vas a decir?, ¿que tiene propiedades mágicas y se desvanece como el humo? ¿O crees que lo ha robado la señora Ward?

—Bien, supongo que si lo planteas de ese modo… —dijo Trixie sin convicción.

—¡Vamos, Trixie! —le urgió Jim—. La señora Ward no pensaría que se trataba de la última moda de París… Lo peor es que empiezas a padecer «misteritis».

Trixie se quedó mirándolo.

—¿Misteritis? ¿Qué es eso?

Jim cerró la ventanilla y el coche, y la agarró con fuerza, llevándola al hospital.

—Misteritis —dijo— es algo que le puede dar a un detective en

cualquier momento. Los síntomas aparecen cuando el detective en cuestión sospecha la presencia de un misterio profundo e impenetrable, que en realidad no es tal. La solución acaba siempre por darle al detective en las narices.

Trixie se paró en el centro del vestíbulo del hospital.

—¿Qué solución? —preguntó.

Jim metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró con una mueca.

—La solución, señorita Sherlock, es que algunos críos viesen el sombrero y lo cogieran para jugar. En realidad, no se me ocurre otra explicación. Después de todo, no han tocado lo demás.

Trixie suspiró.

—Puede que tengas razón. A veces desearía no tener una mente tan propensa a la sospecha. También lamento no ser más precavida. Y aún no sé qué le voy a decir a Harrison… o a Di, que para el caso es lo mismo.

—¿Por qué te preocupa lo que vaya a decir Di? —preguntó Jim —. ¿Y por qué tiene que decir algo? El sombrero es de Harrison. También yo lamento que se haya perdido, pero era un sombrero viejo y estoy seguro de que tendrá otro. Además, nunca se sabe lo que puede pasar. A lo mejor hay alguien que regala un sombrero de hongo como ése para el bazar. Si es así, puedes comprarlo, se lo regalas a Harrison y asunto terminado.

Trixie no contestó. Seguía teniendo aquella opresiva sensación en el estómago. Estaba segura de que las cosas no eran tan sencillas.

Seguía sumida en sus pensamientos cuando Jim se paró en el mostrador de guardia del piso para preguntar por la habitación 116.

Podía habérselo preguntado a Trixie, que era ayudante voluntaria, y muchas veces había llevado libros a todas las habitaciones de aquella planta.

Sin darse cuenta, Trixie siguió andando, dobló una esquina y enfiló un largo pasillo, exactamente en el momento en que un hombre de uniforme y una mujer joven muy bien vestida salían de la última habitación: la de Harrison.

Trixie se dio cuenta de que había visto a aquel hombre antes: era el mismo policía que vio por la ventanilla del coche, al llegar al hospital.

Y también he visto antes a esa mujer —pensó—, *pero ¿dónde?*

Los dos parecieron vacilar al verla. Después se dieron la vuelta y desaparecieron en dirección opuesta, para bajar al vestíbulo.

—¿Has visto eso, Jim? —preguntó Trixie—. Harrison ha tenido ya dos visitantes esta mañana. Me alegra saberlo. Tal vez lo hayan convencido de que se quede más tiempo en la cama. ¡Jim!

—¿Qué decías, Trix? —contestó Jim, apareciendo por la esquina para alcanzarla.

—Nada —repuso Trixie sonriendo—. Hablaba sola. El cuarto de Harrison está aquí mismo. Entremos.

Se aproximó a la puerta y llamó suavemente.

—¿Harrison? —introdujo la cabeza por el hueco de la puerta al abrirla—. Somos Trixie Belden y Jim Frayne. ¿Podemos entrar?

Harrison pareció sorprendido al verlos. A Trixie le dio la impresión de que no se alegraba en absoluto.

Aquella mañana tenía mejor aspecto. Ya había vuelto el color a sus mejillas y estaba sentado en la cama. La única señal del accidente era un esparadrapo en la frente y un cerco, que empezaba a amoratarse, alrededor de un ojo.

—¡Ah, señorita Trixie! —dijo por fin Harrison—. Y señor Jim Frayne, entren, por favor, y siéntense. Perdonen mi aspecto —dijo, y subió la colcha hasta cubrirse el pecho.

Jim le dijo:

—Hemos venido a ver cómo está. Y también veníamos a devolverle el sombrero…, pero, siento decírselo…, tenemos que darle una explicación…

—Ha sido culpa mía —intervino Trixie—. Verá: el doctor Ferris nos esperaba para hablar con nosotros y salimos del coche tan deprisa que me olvidé de subir el cristal de la ventanilla.

Harrison la miró asombrado.

—No entiendo.

—Cuando volvimos al coche —explicó Jim—, el sombrero no estaba allí.

—¿Que no estaba allí? —Harrison parecía atónito—. ¿Quieren decir que alguien lo ha robado?

Trixie tenía el rostro apesadumbrado.

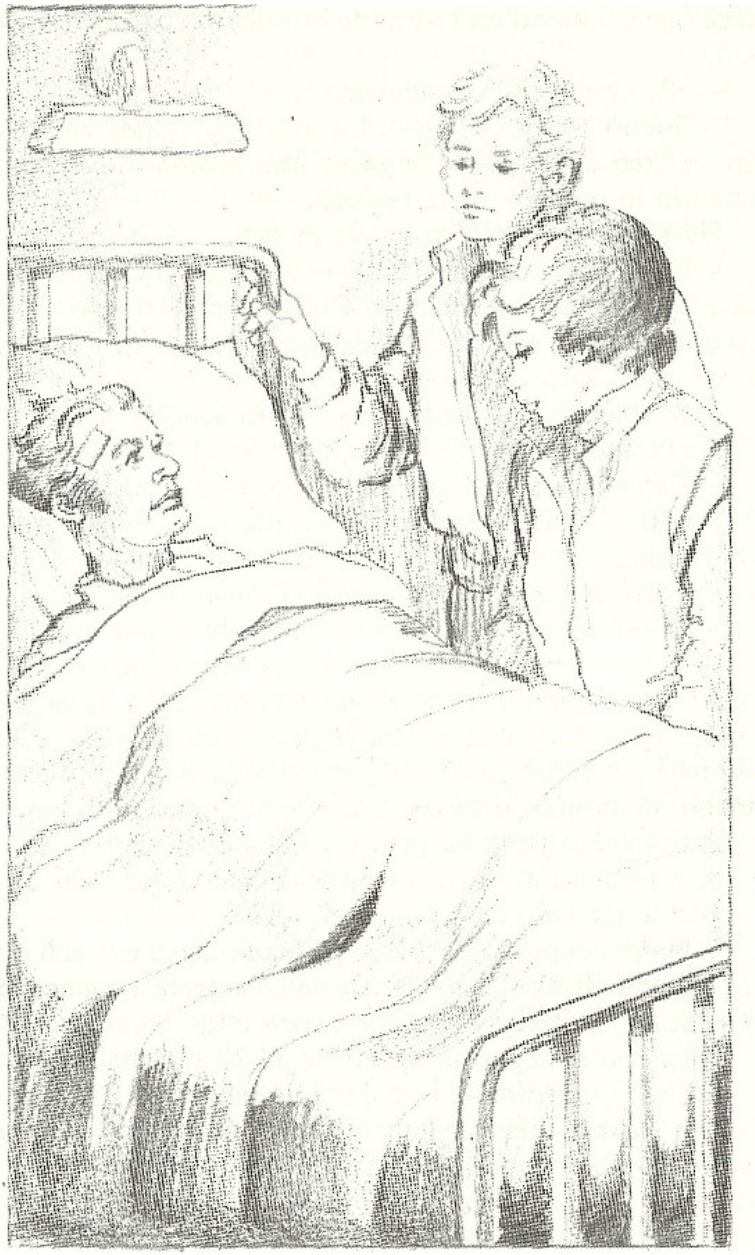
—Lo siento muchísimo —dijo—. Acaba de suceder… —señaló hacia el aparcamiento— ahí fuera.

Las manos de Harrison se crisparon entre las sábanas.

—Pero ¿quién puede haber robado una cosa como ésa?

Trixie suspiró.

—Jim cree que a lo mejor han sido unos niños para jugar o molestar a los demás. En realidad, últimamente parece que la ciudad está llena de bromistas con mala intención.



—¿En qué sentido, señorita?

—Bueno —dijo Trixie—. La otra noche, por ejemplo; Brian cree que alguien le gastó una broma muy pesada cuando lo encerró en la bodega.

Harrison se quedó como de piedra.

—En ese caso, señorita Trixie —dijo muy circunspecto—, le quedaría muy agradecido si le hiciese saber al señor Brian que su teoría es errónea. Ya les dije lo que sucedió: me encerré yo mismo en la bodega.

—También había piedrecitas —dijo Trixie.

—¿Piedrecitas?

—Cerca de las ventanas de la bodega. Nos dijo que había oído un ruido allí abajo. Cuando miré, vi que había unas chinas, como si alguien hubiese estado tirándolas contra la ventana de la bodega para llamar su atención.

—Yo no sabía eso —confesó Jim admirado.

—Ni yo —la voz de Harrison seguía siendo fría—. En realidad, no tengo ni idea de lo que está hablando la señorita Trixie. El ruido que oí lo hizo el gato, como descubrí cuando bajé a ver qué pasaba. No sé nada de chinitas y mucho menos de bromas pesadas. Y en cuanto a mi sombrero, lamento haberlo perdido, pero no se preocupen por él.

A continuación hubo un silencio incómodo.

Jim se removió en su asiento.

—Tampoco queremos que se preocupe usted por el bazar. La señorita Trask se ha ofrecido amablemente a ayudamos, y el señor Wheeler y el señor Lynch están de acuerdo.

Harrison se relajó apoyándose en la almohada.

—¡Ah! —suspiró—. Ésa sí es una buena noticia. La señorita Trask es siempre muy eficiente. Confieso que he estado muy preocupado respecto a las actividades de esta tarde.

Trixie se inclinó hacia él.

—Por eso queremos que se quede aquí hasta que esté completamente curado —le dijo—. Espero que los amigos que le han visitado le hayan dicho lo mismo.

—¿Amigos que me han visitado? —Harrison la miró inquieto—. Me parece que ha vuelto a equivocarse. Aquí no ha venido nadie esta mañana, absolutamente nadie.

Trixie estaba desconcertada.

—Pero había un policía…; no, no podía ser un policía. El uniforme era de otro color. Sería un guardia. Era un guardia medio calvo y una dama que llevaba un traje azul marino y una blusa blanca. ¿No los recuerdas, Jim?

Éste movió la cabeza.

—No he visto a nadie.

—Indudablemente —dijo con suavidad Harrison—, la gente que ha visto, si es que ha visto a alguien, tiene que haber salido de visitar al paciente de la habitación de al lado.

Diez minutos después, Trixie iba silenciosa mientras ella y Jim salían del hospital y volvían al aparcamiento.

Jim le dio con el codo.

—¡Eh! Se dice que el silencio es oro, pero esto es ridículo. ¿En qué piensas?

—Es que no acabo de entenderlo —contestó Trixie, encaminándose hacia el coche—. ¡Harrison nos miente! ¿Por qué? Alguien lo encerró en la bodega. Entonces, ¿por qué se empeña en negarlo?

Jim refunfuñó.

—Estoy seguro de que tiene buenas razones para no decirnos nada, Trix. Y, además, dice que la bici amarilla es suya. Se lo pregunté cuando saliste a buscarle una revista para que se distrajera.

—Y supongo que también habrá una buena razón para que mienta al decir eso de la bici, ¿no?

Habían llegado al coche. Trixie se paró y miró a Jim por encima del brillante techo.

—Pero Trixie —dijo Jim—, es posible que Harrison no mienta respecto a la bici. Puede haberla comprado hace poco. Tal vez ni siquiera haya tenido tiempo de hablarle a nadie de ella.

—¿Y qué me dices de los visitantes de esta mañana? Sé que estuvieron allí; los vi con mis propios ojos.

—Pero Harrison insistió en que habían visitado al de la habitación contigua.

—¡Ajá! —exclamó Trixie triunfante—. Sabía que ibas a decir eso. ¿Y sabes una cosa? Que fui a ver quién había allí.

—No había nadie a quien visitar. Esa habitación estaba libre.

Acababan de salir del aparcamiento del hospital, cuando Trixie vio un pequeño Volkswagen blanco que giraba para entrar.

El conductor no paró. En lugar de ello, agitó una mano a guisa de saludo y dijo:

—¡Buena suerte con el bazar, Trixie!

—Muchas gracias —contestó ella—, y gracias también por su ayuda.

—Serán bienvenidos —saludó Jim distraído, con los ojos fijos en la carretera.

—No ellos, Jim, sino la señora Crandall. Acaba de pasar.

—¡Vaya!, pues no la he visto.

De repente, Trixie se sintió molesta.

—¡Oh, Jim! —gritó—. ¿No has notado nada raro?

Jim la miró.

—He notado más de lo que piensas, Trix. He notado que estás preocupada porque un adulto, en el que crees, está mintiendo. Estás preocupada porque sospechas que Di, por alguna razón, está enfadada contigo. Y estás preocupada porque acabas de ver en aquel poste el anuncio de un circo situado a menos de diez millas.

Trixie le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué circo? ¿Qué anuncio? ¿De qué estás hablando, Jim?

Éste se echó a la derecha de la carretera y señaló con el dedo:

—Aquel anuncio. Allí —dijo—. ¡Oh, Trixie! ¿No lo habías visto?

Pasmada, Trixie se quedó mirando el anuncio más grande que recordaba. En letras enormes dirigía su mensaje a los residentes de Sleepyside-on-the-Hudson:

HOY, CIRCO EN TARRYTOWN
PRIMERA ACTUACIÓN: 2,00 TARDE
¡LEONES! ¡TIGRES! ¡ELEFANTES!
VAYAN, VAYAN TODOS.

—¡Oh, Jim! —gimió Trixie—. ¿Qué va a pasar con nuestro bazar?

Desorientación • 12

LA PREGUNTA de Trixie quedó contestada muy pronto. A la una se produjo una corriente incesante de coches que iba a la soleada colina donde estaba situado el bazar. A las dos, esa corriente había remitido bastante. A las tres, cesó por completo.

Al principio los Bob-Whites no se dieron cuenta de lo que ocurría, pues Trixie y sus amigos estuvieron atareadísimos, ayudando en las casetas en que era necesaria su presencia. Vendieron entradas para las atracciones y, con el apoyo de la señorita Trask, se preocuparon de que todo se desarrollase de la mejor manera posible.

Parecía que todos se lo estaban pasando estupendamente en el bazar, cargados con cosas que habían adquirido allí y los premios ganados en las casetas. Observaban atónitos los juegos de manos de Mart y escuchaban con más o menos atención la música de un grupo de alumnos del Conservatorio de Sleepyside.

A media tarde, todos los visitantes estaban hambrientos y sedientos, por lo que se agolparon ante la caseta de rayas blancas y rojas, la de los refrescos, donde los muchachos se afanaban en servir las mesas y las chicas tomaban nota de los pedidos.

—¡Todo va a pedir de boca! —le dijo Mart a la señorita Trask—, incluso mis juegos.

Pero fue Trixie quien descubrió la triste realidad. Había salido un rato a tomar un poco de aire fresco y apenas pudo creer lo que veía. El terreno del bazar, que suponía que estaba a tope, se encontraba casi vacío. ¡La mayoría de la gente estaba en el chiringuito de los refrescos!

Desanimada, volvió para avisar a los demás.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó—. ¡Sabía que iba a ocurrir esto! ¿Por qué ha tenido que venir hoy el circo a Tarrytown? ¿No tenía otro día?

—Hay que aguantar el tirón —la animó Brian—. No podemos hacer otra cosa.

—Tendremos que perseverar con pertinacia, como si fuésemos inasequibles a la desesperación originada por el incidente —añadió Mart, equilibrando sobre su hombro una bandeja repleta de bebidas.

Di lloraba.

—Bueno, me parece que no nos merecíamos esto, después de tanto trabajo —sollozó sin mirar a Trixie—. Tal vez debería ponerse alguien en la carretera…

—¿Para qué? —preguntó Brian—. ¿Para hacer señas? Sinceramente, Di, no creo que eso sirviese de mucho. No hay apenas tráfico a estas horas por Glen Road, como bien sabes.

—Y me parece —intervino Honey, observando a aquéllos que aún esperaban a que les sirvieran— que perderemos esos clientes si no volvemos pronto al trabajo.

Casi todos los Bob-Whites regresaron a sus puestos.

Jim se quedó un momento con Trixie.

—Alégrate —le dijo—. Las cosas no van tan mal. La gente que ha venido ha sido muy generosa. Hemos vendido todas las flores que nos dio la señora Elliot, y los frascos de mermelada de la señora Crandall. Los bollos de tu madre y las pastas de la señora Vanderpoel también han encontrado compradores. Y Di no se ha enfadado con nosotros por haber perdido el sombrero, ¿o acaso sí?

—Pues… no lo sé —confesó Trixie—. No he hablado mucho con ella desde que le conté el episodio.

—Da lo mismo. Creo que todo va bien —afirmó Jim—. Hasta puede que hayamos recogido para la UNICEF más dinero del que habíamos calculado. ¿Qué pasa, Trixie? ¿Qué miras?

Trixie contemplaba a un hombre que estaba sentado en una de las mesitas. Después se rió.

—Por un instante creí que era Harrison, pero ya veo que no lo es. Aunque he visto a ese hombre antes en alguna parte. ¿Dónde ha sido?

Jim siguió la dirección de su mirada.

—Lo viste esta mañana fuera del Museo de Arte. Es el señor Alfred Dunham, el actual conservador. Me parece que ocupó la plaza del señor Crandall. El que está sentado a su lado es un amigo del padre de Di, llamado Richard Parkinson y dueño del famoso jarrón Ming desaparecido —Jim se marchó.

Trixie se quedó observando a los dos hombres. Comprobó entonces que el señor Dunham se parecía poco al mayordomo de Di. En primer lugar, porque estaba sonriendo; además, no parecía que perteneciera a esa clase de personas que desprecian a las chicas detectives.

El sonrosado Parkinson también sonreía, y movía la cabeza conforme le hablaba Dunham. A Trixie le hubiese gustado saber de qué hablaban.

—¡Despierta, Trixie! —la voz de Mart la sobresaltó. Los destinatarios de tus insistentes miradas quieren otra ronda de refrescos.

—Se los llevaré ahora mismo —afirmó encantada Trixie, buscando una bandeja.

Mart sospechó al instante.

—¿Qué intentas ahora? Conozco esa mirada tuya. Escucha, si estás pensando descubrir qué le ocurrió a Harrison, te recomiendo que te olvides. A Di no le gustaría.

Trixie lo miró.

—¡Oh, Mart! ¿No le habrás contado mis sospechas de que ha pasado algo extraño de lo que no sabemos absolutamente nada?

—No creí que se tratase de ninguna clase de secreto —respondió él bruscamente—. De todos modos, sólo le dije que creías que Harrison había mentido al relatarnos el accidente.

—¿Le contaste también lo de la puerta de la bodega y lo de las chinitas?

—Le dije todo, ¿por qué?

—Porque no quería contarle nada de eso.

Mart quedó perplejo.

—¿Y por qué no? —dijo intentando bajar aún más el tono de voz —. ¿Qué es lo que te pasa? Parece como si creyeras que Di es una desconocida, y sabes que no. Es también una Bob-White, ¿lo recuerdas?

Trixie recogió la bandeja y se alejó sin contestarle. ¿Cómo podría explicarle a Mart lo que sentía, si no era capaz de entenderlo ella misma? Instintivamente había adivinado que Di no iba a aceptar de buen grado las noticias que tenía que darle. Pero tampoco quería tener secretos con ella, ni mucho menos.

Echó una mirada a su amiga, que estaba muy atareada sirviendo

ponches al otro extremo de la barra. Di llevaba aquel día un vestido de lino que parecía muy fresquito, de color verde. La chaqueta de Bob-White le caía descuidadamente por los hombros. Durante breves instantes, los ojos violetas de Di tropezaron con los azules de Trixie. Entonces, sin sonreír, se atusó su larga cabellera y miró a otra parte.

Trixie se quedó de piedra. Hubiese querido que se abriese la tierra y la tragara. ¡Di la había despreciado!

Tragó saliva y se dio cuenta de que alguien estaba hablando junto a ella.

—No, Dunham —decía Parkinson—. Simplemente, no quiero enviar nada más al museo. Después de lo que ocurrió con el Ming, estaría loco de atar si cediese el Gainsborough.

—Pero la pintura se conservaría perfectamente —aseguraba Dunham—. Te lo garantizo. Piensa en la gente de la ciudad. Piensa en el museo.

—Ya he pensado en todo ello —replicó Parkinson—, y muchas veces. Y también he pensado mucho en Jonathan Crandall. Confié en él y me decepcionó. Nunca hubiese creído que fuera un ladrón. De no haber sido por los testigos que vieron llegar el jarrón aquel viernes al museo, hubiese pensado que lo habían robado los transportistas.

Dunham parecía molesto.

—Lamenté mucho todo lo ocurrido —dijo lentamente—. Incluso ahora me resisto a creer, ni por un momento, que lo robase Jonathan.

—¿Y qué otra explicación puede haber?

—Bueno —continuó Dunham—, si recuerdas, el museo había pedido una caja especial de cristal para exhibir el jarrón dentro de ella, pero no llegó a tiempo.

—Y entonces, Jonathan pudo haber guardado el jarrón en su oficina, para que estuviese a salvo. Eso ya lo dije.

—¡Ah! —agregó Dunham—, pero la policía descubrió que no pudo haber hecho eso aquel viernes precisamente. La cerradura de seguridad estaba rota. El cerrajero llegó al día siguiente para arreglarla, pero para entonces ya era muy tarde. El jarrón había desaparecido y Jonathan estaba en el hospital.

La silla de Parkinson crujió al cambiar éste de postura.

—Muy bien. Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Creo —Dunham bajó más la voz— que el jarrón Ming está aún en el museo. Estoy convencido de que Jonathan lo escondió en cualquier otro lugar, mezclado entre otras cosas, para mantenerlo seguro.

—¡Tonterías! —exclamó Parkinson—. Me parece que estás buscando excusas para disculpar a tu amigo. Eres un hombre leal, Dunham, y me alegra, pero eso que dices está completamente fuera de lugar. Revolvimos todo el museo, de arriba abajo, y el jarrón Ming no apareció.

—Puede que no hayamos buscado en todos los lugares apropiados —dijo Dunham—. Pero lo que quería decirte es que, si nos dejas la pintura de Gainsborough, no le ocurrirá nada.

—Pensaré en ello —prometió Parkinson. Se levantó y vio a Trixie. Sonrió—. ¡Hombre! Al final nos ha llegado lo que pedimos. Sin duda alguna, estos jóvenes han trabajado de firme esta tarde. Si la policía hubiese trabajado así buscando mi jarrón, estoy seguro de que ya lo tendría en casa hace mucho tiempo. Y también habría tenido mucho gusto en recompensarlos, ¡palabra!

Más tarde, cuando ya todos habían recogido sus compras y se disponían a marcharse, Trixie seguía aún embebida en sus pensamientos. *Quisiera encontrar algo que aclarase todo entre Di y yo* —reflexionaba en silencio.

Llegó Honey y le apretó el brazo a Trixie.

—Ya sé que ha resultado decepcionante, pero las cosas podrían haber ido peor, ¿no crees?

—No es el bazar lo único que me preocupa —dijo Trixie con voz apesadumbrada—. Es Di —y le contó a Honey todo lo ocurrido—. Y Jim se equivocó —terminó—. No he encontrado un solo sombrero para Harrison en ninguna de las casetas. Pero, de todos modos, no creo que eso hubiese cambiado mucho las cosas.

Honey le dio ánimos.

—Di lo olvidará. Ya verás. Lo que sucede es que está muy en su papel de ama de casa, responsable de todo durante un tiempo. Es como si Harrison formase parte de su familia por el momento. Piensa que debe protegerlo.

—¡Pues me parece una bobada! —exclamó Trixie—. Harrison es ya mayorcito para cuidar de sí mismo. Y no es que lo acuse de

haber robado el jarrón Ming ni de ninguna otra cosa —reflexionó—. ¿O sí?

Honey se asustó.

—¡Trixie! No será cierto que piensas eso. Sé quién robó el jarrón. He oído muchos comentarios de la gente sobre eso, y todos están convencidos de que fue el señor Crandall quien se lo llevó.

—Pero pueden estar equivocados —apuntó Trixie molesta—. Esta tarde he encontrado un par de cosas muy interesantes —y le habló a Honey de la caja de cristal y de la cerradura de seguridad estropeada.

Honey se estremeció.

—No veo que nada de eso tenga que ver con el señor Harrison.

—Tampoco yo estoy segura de ello —admitió Trixie—, pero empiezo a sospecharlo. Examinemos los hechos. Sabemos que el jarrón Ming fue entregado al señor Crandall en el museo el viernes por la noche. Y ahora, si tú fueses el honrado conservador del mismo, ¿qué habrías hecho con él?

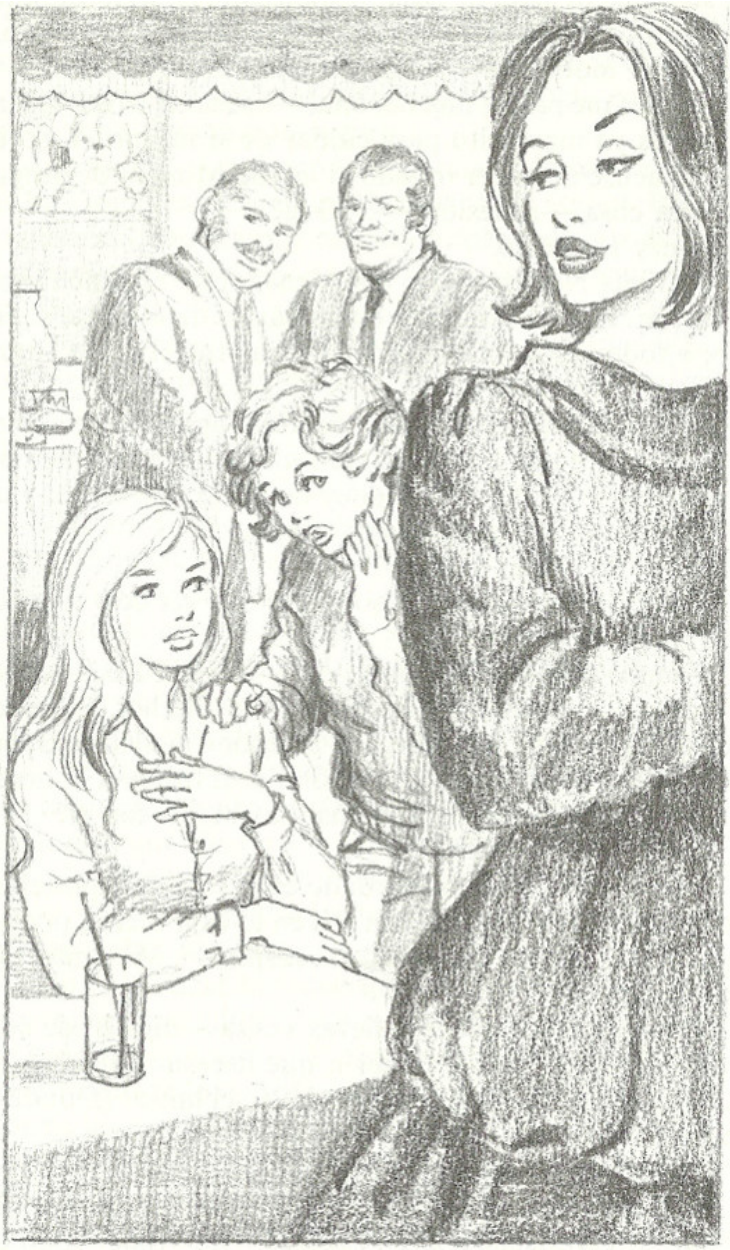
Honey se frotó la nariz.

—No podría haberlo guardado en la caja de exposición, porque no había llegado aún. Ni en la caja fuerte, porque la cerradura estaba estropeada —suspiró—. Me rindo. ¿Tú qué harías?

—Supongamos que te lo llevas a casa —dijo Trixie pensativa—. Supongamos también que necesitas un sitio seguro e inmediato para ocultarlo hasta el lunes. ¿Dónde lo guardarías en ese caso?

Honey respiró hondo.

—¡Espera! Ya me hablaste de eso. ¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¡El regalo de cumpleaños de su esposa! ¡Oh, Trixie! Todo esto va encajando —se puso seria—. Pero hay una cosa que has olvidado. ¿Dónde escondió el señor Crandall el regalo de cumpleaños de su esposa? Nadie lo sabe.



—Pero tenemos la clave para encontrarlo —Trixie estaba en ascuas—. Dijo que la respuesta era simple. «Es simple», decía. Y murió aquel mismo fin de semana, Honey. Por eso creo que el jarrón está aún en su casa. Y creo que Harrison lo sabe y está tras él.

—¿Para robarlo?

—Puede que sí. Vale un montón de dinero.

—Pero ¿qué puede ser simple en un escondite?

—«Mamá Gansa» —respondió Trixie—. Hay un libro de rimas para jardín de infancia, que se llama «Mamá Gansa», en la estantería de Sleepyside Hollow. Lo vi allí. Al señor Crandall le gustaban mucho los acertijos, ¿lo recuerdas? Y en «Mamá Gansa» hay una rima que dice: «Simón el Simple encontró a un pastelero…» Ahí está el simple: Simón, el Simple. Seguro que, si buscamos, encontraremos otras claves en esa página.

—¡Oh, Trix! —suspiró Honey—. ¡Creo que eres capaz de buscarle solución a todo!

Trixie no respondió. Acababa de darse cuenta de que, por desgracia, había tres personas lo bastante próximas para haber escuchado lo que decían.

Los señores Dunham y Parkinson les sonrieron y pagaron los refrescos. La otra persona se alejó a toda prisa de la caseta.

La joven que salió de forma tan precipitada vestía un traje azul marino: era la misma que había estado aquella mañana con Harrison.

El fantasma cabalga de nuevo • 13

ERA YA TARDE cuando se puso en movimiento la gente encargada de limpiar la zona donde se había celebrado el bazar.

Los voluntarios de la escuela trabajaron como un equipo bien compenetrado. En muy poco tiempo, mesas y sillas estuvieron plegadas y recogidas; las casetas fueron desmontadas; los desperdicios, barridos, y la tienda de refrescos, desmontada y guardada.

Muy pronto, en la pradera del jardín de los Lynch no quedaba nada que indicase que allí se había celebrado un bazar. La señorita Trask apenas podía dar crédito a sus ojos, al ver la rapidez con que la operación se había llevado a cabo, sin dejar rastro alguno.

—Es que estamos muy acostumbrados a hacerlo —bromeó Jim —. Debería vernos durante el Carnaval, en la escuela: entonces somos más rápidos aún.

—Pero todavía no hemos acabado —añadió Trixie—. Falta guardar en la casa del club el lote de mercancías que no se han vendido —miró desalentada—. No sé qué vamos a hacer con todo eso.

—Supongo que lo mejor sería devolverlo a los donantes — apuntó la señorita Trask—. Después, si lo volvéis a necesitar en otra ocasión…

Trixie pensó en la cabaña que había servido como casa del guarda de los Wheeler. Los Bob-Whites la habían acondicionado y ahora les servía como club. Estaba rodeada de madreselvas bien cuidadas y tenía un aspecto envidiable, aunque por dentro estaba repleta de restos del bazar.

—Tal vez sea ésa la mejor solución —asintió Trixie, dirigiéndose a los demás—. De lo contrario, me pregunto dónde nos sentaremos cuando celebremos nuestra próxima reunión.

—Me gustaría haber obtenido más dinero para la UNICEF —dijo Honey.

Mart, como tesorero del club, estaba aún en casa de Di,

contando los ingresos, junto con ella. Pero los Bob-Whites sabían que el total no sería tan alto como habían esperado.

—Tendremos que pensar en otro sistema para conseguir más dinero —dijo Dan.

Brian gruñó.

—No se te ocurra decir eso delante de Trixie. Ya tiene previstas muchas más tareas de las que podemos hacer.

—En realidad —aclaró Trixie—, sí había pensado algo. Hay una gran recompensa para los que encuentren el jarrón Ming perdido. Si lo hallamos, podríamos añadir esa suma al dinero conseguido con el bazar…

—Olvídalo, Trix —la interrumpió Brian—. Probablemente ese jarrón se vendió hace bastantes meses.

Trixie negó con la cabeza.

—Pues yo no lo creo así. Hoy me he enterado de algunas cosas… —y a continuación les repitió la teoría que antes había expuesto a Honey—. Por eso creo —añadió— que, si vamos esta noche, podemos encontrar el jarrón en casa del señor Crandall.

—No —la negativa de Brian fue rotunda—. Decididamente, esta noche no. Estoy cansado y supongo que a los demás les pasará lo mismo. Y, si he de serte sincero, Trix, todo eso no es más que una suposición.

—Pero, de todos modos, creo que estoy en lo cierto.

—Puede que sí. En todo caso, lo dejaremos para mañana. Entonces iremos contigo. Por hoy ya hemos tenido bastante.

—Pero alguien podría adelantársenos —dijo Trixie—. Creo que una mujer escuchó lo que le estaba contando a Honey.

—Y tal vez no haya oído ni una sola palabra —arguyó Brian—. Podéis hacer lo que queráis, pero yo me voy a casa, a dormir durante un año entero.

—Hemos trabajado de firme, Trix —le recordó Jim sonriendo—. Déjanos dormir, ¿vale?

Dan también demostró su asentimiento.

Trixie los vio marchar.

—No me importa lo que digan los chicos, Honey. Creo que alguien tiene que ir a Sleepyside Hollow esta noche. Si no quiere ir nadie conmigo, iré yo sola.

—¡Por favor, no lo hagas! —los ojos de Honey la miraban

suplicantes—. Si esperas a mañana, iremos todos. Recuerda lo que pasó la noche anterior. ¡Ese bosque está embrujado, Trixie!

—¿Embrujado? Ni lo pienses —Trixie rebuscó en el fondo del bolsillo de su pantalón—. Me había olvidado de enseñarte esto —sacó el trozo de tela negra que había encontrado en el arbusto de lilas de la señora Crandall.

Honey lo cogió con cuidado y lo estuvo observando un rato, pensativa.

—Trixie, ¿por qué estás segura de que pertenece a la capa del jinete sin cabeza?

—Porque lo encontré enganchado en una rama bastante alta. Tuve que ponerme de puntillas para alcanzarlo: la altura exacta de alguien que hubiese pasado por allí a caballo.

—En ese caso —dijo pausadamente Honey—, el jinete sin cabeza es un fantasma que piensa muy a la moderna: su capa es de poliéster, Trixie.

Un cuarto de hora después, Trixie y Honey rodaban en sus bicis por el sendero, ya para ellas familiar, del bosque.

—Todavía no sé por qué me has contado esto —pensaba en voz alta Honey mientras pedaleaba con fuerza para subir la colina.

Trixie pedaleaba, también jadeante, a su lado.

—Es fácil: ahora ya no crees que el fantasma es un fantasma. Todos están muy atareados y, por tanto, no nos molestarán. No te gusta la oscuridad, y todavía es de día. Las bicis están aún en el coche. Y por último —respiró fuerte— temía que al final cambiases de opinión y no quisieras venir conmigo.

—Tienes razón —Honey miró temerosa por encima del hombro —. Si esperamos un poco más, habrías tenido que arrastrarme, y estarías oyendo mis quejas todo el camino —se detuvo de repente —. ¡Trixie, algo se mueve ahí delante! ¿Qué es?

El «algo» se lanzó hacia ellas, surgiendo de entre los matorrales.

—¡Honey —gritó Trixie—, cuidado!

Pero ya era demasiado tarde. Un animal jadeante, con el cuerpo lleno de ramitas, saltaba jubiloso para saludarlas. Un instante después, todo era un revoltijo de piernas al aire, bicicletas caídas al suelo y una cola de perro que se movía alocadamente.

La cola en cuestión pertenecía a Reddy. Su hocico estaba muy atareado lamiendo a dos de sus amigas favoritas.

—¡Perro estúpido! —dijo Trixie poco después, cuando ella y Honey consiguieron limpiarse—. ¡Vete a casa!

—Reddy hizo como si no entendiese la orden. Al contrario, se apretó contra la rodilla de Trixie, dándole a entender que estaba dispuesto a seguirla hasta el fin del mundo si hacía falta.

Honey recogió la bici del suelo.

—Bueno. Déjale que venga con nosotras, Trix. Puede hacernos compañía al volver a casa.

—Compañía… —Trixie miró al perro—. Mart no ha conseguido enseñarte nada, ¿verdad? ¡Eres un mal chucho!

Reddy abrió mucho los ojos fingiéndose incomprendido.

Trixie suspiró.

—¡Está bien, Reddy! Puedes venir con nosotras. Vamos.

Y el perro las siguió por el camino… sólo con la vista. Después dio media vuelta y se marchó.

Lo observaron mientras se alejaba, hasta que su cola desapareció en un recodo.

Honey se echó a reír y, un instante después, la imitó Trixie.

—Tenía razón mamá —dijo enjugándose los ojos—. Este perro hará siempre exactamente lo contrario de lo que se le ordene. Me parece que Mart acabará convirtiéndolo en salchichas.

Caía ya la tarde y se notaba la proximidad del crepúsculo cuando las dos muchachas llegaron a la cima de la colina, donde se detuvieron.

—Si me agarras la bici y me dices que ves un jinete sin cabeza esta noche —la previno Honey—, seguro que me muero. Ya estás advertida.

Pero Trixie no veía ningún fantasma; veía, eso sí, a un hombre calvo que abandonaba el claro en una bici amarilla. Tenía la espalda muy recta y su movimiento al pedalear era lento pero seguro. Sujetaba el manillar con la punta de los dedos, y tenía la frente cruzada con un trozo de esparadrapo blanco.

El hombre de la bici amarilla era Harrison.

Ya se había perdido de vista cuando Trixie y Honey llegaron a la casita. Rosa las había visto llegar y las recibió en la puerta.

—¿A qué se debe vuestra visita? ¡Qué alegría! —exclamó mientras se limpiaba las manos en su florido delantal—. Tres visitantes en el plazo de unos minutos no es una cosa muy corriente

aquí. ¿Y qué tal ha ido el bazar, pequeñas?

Trixie se lo contó y, una vez terminado, preguntó:

—¿Era Harrison el que se marchaba al llegar nosotras?

—Claro que era él.

La señora Crandall las condujo a la cocina, donde su hermana estaba preparando lechuga en una ensaladera.

—¡Qué hombre tan loco! —Polly Ward sacudió la cabeza—. A su edad debería sentirse contento de poder quedarse en el hospital más tiempo, pero insistió en que le dieran de alta. Está empeñado en que mañana tiene que volver al trabajo.

—Vino para recoger la bicicleta amarilla —dijo la señora Crandall—. Quiso ver también uno de los libros de Jonathan —suspiró—. Os juro que no me explico este interés tan repentino por «Mamá Gansa».

Los dedos de Trixie se clavaron en el brazo de Honey.

—¿Miró Harrison el libro de «Mamá Gansa»? ¿Qué quería saber de él?

Polly Ward chasqueó la lengua a la vez que partía un tomate muy colorado.

—¿Acaso «Mamá Gansa» es un secreto? Harrison no es el único que está interesado por él. Alguien telefoneó a Rosa preguntando por ese mismo libro hace sólo diez minutos. Quería comprarlo. ¿Podéis creerlo?

—¿Y… y se lo vendió? —preguntó ansiosa Trixie.

—Después de todas las cosas que ha dicho de mi esposo, lo único que le vendería a Richard Parkinson sería un billete sin vuelta para que abandonase la ciudad.

—¿Está el libro ahí todavía? —preguntó Honey—. ¿Podríamos verlo?

—No nos digáis que queréis ver también «Simón el Simple» —se maravilló Polly Ward—. ¡Por Dios! Si esa sonata es ahora más popular que el himno nacional el cuatro de julio.

Cuando la señora Crandall les trajo el libro, Trixie y Honey quedaron un tanto decepcionadas: en la página de «Simón el Simple» no había nada más que el texto de la canción.

—Creíamos, quiero decir Honey y yo, que podríamos descubrir dónde está escondido su regalo de cumpleaños —dijo Trixie—. Suponía que iba a encontrar algo ahí. La señora Ward nos dijo que

la clave era: «Es simple».

Rosa Crandall sonrió.

—¡Ah!, entonces era eso. ¡Esta Polly! Tiene una memoria fatal. Y no debería hablar a nadie de la clave. Creía que eso podría daros una idea del lugar del escondite… o de algún indicio. Pero no ha sido así. Y probablemente nunca lo sabremos. De todos modos, la clave real era: «Es elemental», queridas.

Trixie iba silenciosa, cuando ella y Honey emprendieron el camino de regreso hacia el bosque. La luz casi había desaparecido. Llegaba la noche y podían escucharse los suaves murmullos de los animales nocturnos en los árboles circundantes.

—¡Trix! —la voz de Honey volvía a parecer temerosa—. No… no creo que me guste nada esto. Hubiese preferido no haber venido. Me habría encantado que la señora Crandall se ofreciese otra vez a llevarnos a casa. Hasta Reddy me parecería buena compañía ahora.

Apenas terminó de pronunciar estas palabras, Reddy apareció corriendo hacia ellas entre los árboles. Inesperadamente, se detuvo, muy educado, al verlas.

Trixie se inclinó para acariciarlo, y sonrió.

—Ahora que lo dices, también yo me alegro de verlo.

Si pudiese saber cuál es la orden adecuada para que se quede con nosotras…

Se calló, al notar que Reddy olfateaba el terreno. Gruñó, y su gruñido no tenía nada de juguetón. El pelo de su lomo se erizó. Se quedó mirando fijamente el sendero.

—¡Pronto, Honey, escondámonos! —murmuró Trixie nerviosa—. ¡Reddy nos avisa de que viene alguien!

Rápidamente, las dos chicas se escondieron fuera del camino, agachándose detrás de un robusto pino.

Muy poco después, el terrible jinete apareció como por arte de magia, recortándose su silueta contra el cielo. El suelo resonaba débilmente: unas silenciosas herraduras avanzaban por él. Les dio en la cara una ráfaga de aire frío.

Y el jinete sin cabeza pasó ante ellas sin hacer el menor ruido.

¿Ruptura en los Bob-Whites? • 14

TRIXIE estaba maravillada de que Reddy hubiese querido protegerlas. Pronto se desengañó.

El perro se quedó unos segundos mirando. Ladró luego de un modo temeroso y a continuación dio media vuelta y huyó, desapareciendo entre los árboles, lejos del peligro. La cola la llevaba entre las piernas. Trixie y Honey pudieron verlo sólo un momento; después siguieron oyendo, cada vez más débiles, sus aullidos, hasta que finalmente todo quedó en silencio.

Trixie dejó salir el aliento en un suspiro prolongado. Se sentía como si corriese en dos direcciones opuestas a la vez. También el jinete había desaparecido. Quería seguirlo para ver adónde iba, pero al mismo tiempo comprendía que debía seguir a Reddy y detenerlo en su alocada huida.

Se resignó a lo segundo.

—Vamos a buscar a ese estúpido perro —dijo a Honey—. Es de lo más loco que hay y probablemente se habrá perdido en el bosque.

—¡Oh, no, Trix! —a Honey le castañeteaban los dientes—. ¡Vámonos a casa, por favor! Reddy probablemente vendrá si lo llamamos.

—Lo dudo, pero vamos a probar —Trixie levantó la voz—: ¡Reddy, Reddy!

Se internaron en el bosque. Después siguieron un poco más. Honey iba detrás, nerviosa. Las luces de las bicis taladraban la oscuridad al frente, pero no se veía ni rastro de Reddy. Las dos chicas lo llamaron hasta enronquecer.

—No conseguiremos nada, Trix —dijo finalmente Honey.

—Es verdad. Volvamos a casa.

Retornaron para buscar el camino, que ya les era conocido, pero encontraron otro distinto.

Trixie gruñó.

—No te apures, Honey, pero me parece que no es Reddy el único

que se ha perdido. Lo principal es que no nos dejemos dominar por el pánico. Tal vez el camino siga esta dirección. ¡Ese perro…! ¡Espera a que le ponga las manos encima!

Hablando aún, avanzaron por uno de los senderos; después, por el otro.

—Trixie —dijo de repente Honey—, no me parece que éste sea nuestro camino. Estamos subiendo otra vez la colina.

—Ya lo sé, pero tal vez nos lleve desde allí a Sleepyside Hollow.

Pero no fue así. Por el contrario, las condujo a otro claro, en la cima de otra colina, en el que se veía un gran edificio. Al enfocar las chicas las luces hacia él vieron que se trataba de un antiguo granero, al parecer abandonado. Desde donde estaban no podían distinguir más que pintura desconchada y madera corroída.

Honey se estremeció, arrimándose más a Trixie.

—Vámonos de aquí —murmuró—. Hemos encontrado otro lugar de lo más siniestro.

—¡Espera! —Trixie había visto a través de la puerta del granero que algo se movía—. Reddy —llamó suavemente—, ¿eres tú?

Pero era sólo un conejo, que exploraba por su cuenta.

—Vamos, Honey —dijo Trixie—. Echemos una ojeada. Reddy puede haberse refugiado en ese granero, o incluso puede estar herido dentro.

Apagaron las luces de las bicis, las escondieron entre los arbustos y entraron. El interior, completamente oscuro, era cálido y fragante. Le recordaba a Trixie algún otro lugar… un lugar familiar.

Sin luz resultaba difícil ver si había algo, o alguien, allí dentro. El granero parecía desocupado, pero…

Una voz potente interrumpió sus pensamientos.

—Te digo que he visto luces no hace ni dos minutos —aseguraba un hombre, que parecía estar en la puerta del granero, por fuera.

—Pues yo no he visto nada —le respondió una mujer.

—¡Pronto, Honey —murmuró Trixie—, al henil!

Al oír las palabras de su amiga, Honey, sin pensarlo dos veces, trepó todo lo rápidamente que pudo por la escalera. Pronto estuvieron tumbadas las dos, una junto a otra, sobre el sucio suelo de la parte superior. Otearon por la abertura.

Trixie ahogó un grito al reconocer a los tres que acababan de entrar.

La joven llevaba aún el traje azul marino con el que la había visto en las otras dos ocasiones, y el calvo vestía también su uniforme. A Trixie le dio la impresión de que tenía un bulto de pistola en la cadera.

La tercera persona del trío llevaba aún un esparadrapo en la frente y no había duda de su identidad: era el mayordomo de Di, Harrison.

—¿Qué estará haciendo aquí? —siseó Trixie al oído de Honey.

Ésta sólo contestó encogiéndose de hombros.

—Pues yo he visto algo —insistía obstinado el guardia.

—Tú sueñas, Charlie —le respondió la mujer—. Aquí no hay nadie.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —terció Harrison. Pero se calló y miró, asombrado, hacia la puerta entreabierta.

Hubo entonces un movimiento confuso. La puerta crujió al abrirse del todo y apareció un hocico negro.

En el henil, Trixie se estremeció. El recién llegado era Reddy.

La mujer se rió, inclinándose para acariciarlo.

—No es más que un perro —dijo—. Esto es lo que has visto, Charlie.

Reddy se sentó y barrió con su cola el suelo polvoriento. Era obvio que se había recuperado de su terror. Trixie lo examinó, dándoselas de bravo y fuerte ante la concurrencia.

—He visto luces —la voz de Charlie parecía irritada—. Y los perros no usan luces. Creo que deberíamos echar una mirada al henil.

Trixie y Honey se estremecieron al sentir cómo sus pesados pasos se dirigían hacia la escalera.

Trixie buscó alrededor. No había ningún lugar donde esconderse. ¡Absolutamente ninguno!

—Déjalo, Charlie —dijo Harrison de repente—. Hoy ha sido un día muy largo y lleno de sobresaltos. Primero, todo aquel lío del hospital, cuando no me dejaron salir. Después no conseguimos nada de «Mamá Gansa». Y ahora nos dedicamos a la caza de luces. Seguramente eran luciérnagas.

Charlie vaciló un momento.

—¿Qué quieres que hagamos con el perro? —preguntó por último.

Trixie contuvo el aliento, pensando en la pistola de la cadera de Charlie.

Le pareció que pasaba un siglo, hasta que oyó al fin hablar a Harrison:

—¿El perro? Me parece que es de los Belden. Déjalo ahí. Ya encontrará el camino de vuelta a su casa.

Momentos después, Harrison y sus compinches se iban.

Trixie recobró la calma y bajó a toda prisa la escalera. Echó los brazos alrededor del cuello de Reddy y escondió la cara entre su pelaje.

—¡Oh, Reddy! —murmuró—. Creo que por esta vez te has portado como un buen sabueso.

Honey corrió junto a ellos. Temblaba.

—¿Qué significa todo esto, Trix? ¿Qué hacía Harrison aquí? ¿Quiénes son esas gentes? ¿Crees que serán de la banda de Harrison? ¿Será él el cerebro? ¡Oh, Trixie! ¿Por qué no me contestas?

Trixie suspiró y se levantó. Sujetaba con firmeza el collar de Reddy.

—No te contesto porque no sé qué contestar —dijo—. Tal vez tengas razón y Harrison sea el jefe de la banda. En fin, sólo hay una cosa segura.

—¿Cuál? —preguntó Honey.

—Que no nos volveremos a perder.

Se quitó el cinturón de los pantalones y lo sujetó al collar de Reddy.

—Por cierto, al llegar observé que este viejo granero tiene una vista soberbia. ¡Mira! Abrió la puerta y extendió el brazo.

A la izquierda, en una hondonada, Honey pudo ver claramente las luces de la casita de Rosa Crandall. A la derecha, por encima de las copas de los árboles, la luna mostraba una especie de cinta: Glen Road. Y se divisaba claramente el camino hacia casa, a través del bosque.

Trixie y Reddy se miraron.

—Hagas lo que hagas —le dijo Trixie con firmeza—, no nos lleves a Crabapple Farm.

Y, como es natural, Reddy las condujo directamente allí.

En los siguientes días, Trixie dedicó poco tiempo a pensar sobre lo sucedido. Primero tuvo que hacer todas las tareas atrasadas. También sacó a pasear a los caballos y cuidó de Bobby; después ya no le quedaban ganas más que de meterse en la cama.

Hizo todas estas cosas sin entusiasmo alguno. Di aún estaba

enfadada y rehusaba la reconciliación.

El miércoles siguiente, camino de la escuela, Honey dijo:

—No te preocupes por eso, Trix. Di volverá a ser la de siempre. Harrison ya está trabajando otra vez y estoy segura de que pronto volverá la normalidad.

Pero no fue así.

El jueves, durante la gimnasia, Trixie se dirigió a ella:

—Comeré contigo, Di. He guardado un banco en el comedor. Tal vez…

—No, gracias —la voz de Di era fría y distante—. Ya he quedado con Mart hoy. Por lo menos él no sospecha que mi mayordomo es un ladrón.

¡Así que también le había contado eso!

El viernes, al volver a casa en el autobús, Trixie estaba desesperada.

—¿Qué voy a hacer, Honey? Lo he intentado todo —miró de reojo la cara seria de Di—. He procurado hablarle por teléfono y no ha querido ponerse. Anoche la invité a cenar: no quiso venir. Ahora, incluso Mart y Brian están enfadados conmigo.

—¿Por qué?

—Dicen que siempre estoy metiendo la nariz donde no me importa. Han llegado a insinuar que si no sabemos mantenernos como un grupo unido, tal vez lo mejor sea separarnos.

Honey se sobresaltó.

—¿Separamos? ¿Quieres decir… romper los Bob-Whites?

Trixie asintió.

—Este asunto de Harrison no nos ha causado más que molestias. Hasta Jim dice que soy una mandona. Y también me dijo, la semana pasada, que sufro de misteritis.

—No estoy segura de saber lo que es eso —dijo Honey.

—Ni yo tampoco —Trixie se sorbió las lágrimas—. Y debe ser cierto. No te lo había dicho, pero en mi casa están enfadados conmigo porque casi nos perdemos en el bosque la noche del sábado pasado. Les he prometido no volver a vagabundear.

Honey asintió con dulzura.

—Lo sé. También yo.

Dan asomó la cabeza por encima del respaldo del asiento delantero.

—Yo no estoy enfadado contigo, Trixie, y creo que la respuesta es fácil.

Trixie lo miró sorprendida.

—¿Qué respuesta?

—La de qué hacer con Di. ¿Por qué no la sacáis mañana de compras? Dad una vuelta vosotras solas. Comed en Wimpy o en cualquier otro sitio. Demostradle que realmente os duele que se haya enfadado.

—No querrá venir —dijo Trixie—. Ya he intentado cosas así esta semana.

—Pues entonces, que se lo diga Honey —repuso Dan—. Con Honey no está enfadada… ¿o sí?

En la cara de ésta apareció una tenue sonrisa.

—Quizá no sea mala idea. En realidad, cuanto más pienso en ella, mejor me parece. Se lo voy a proponer ahora mismo.

Trixie cerró los ojos y cruzó los dedos, conforme Honey se desplazaba por el pasillo hasta el asiento vacío que había junto a Di. Esperó impaciente. ¿Por qué tardaba tanto Honey? Trixie temblaba. Vio las dos cabezas, inclinadas, casi juntas: una oscura, la otra color miel.

La respuesta fue afirmativa. Trixie lo supo antes de que llegase a su lado Honey sonriente; se sentó junto a ella.

—Todo está arreglado —dijo Honey—. Nos reuniremos con Di junto al buzón de correos de su casa mañana a las diez. No te retrases.

Trixie sentía ganas de cantar.

—¿Retrasarme? ¡No seas tonta! ¡Estoy por irme ahora mismo!

Trixie intentó captar una mirada de Di, para hacerle comprender lo contenta que estaba de que volvieran a tratarse. Pero Di estaba ensimismada mirando por la ventanilla.

Cuando se fue a la cama aquella noche, Trixie se sintió más feliz que en toda la semana. Hasta entonces ni siquiera se había entretenido en observar a Mart, cuando daba lecciones a Reddy. Y sospechaba que a Mart tampoco le divertía aquello.

Reddy, en cambio, se lo pasaba muy bien. No había aprendido nada.

Pero Trixie no pensaba en Reddy. Mantenía la mirada fija sobre el techo de su cuarto.

El asunto de Di se ha resuelto —se dijo—. *No sé qué habría hecho en caso contrario*.

Misterio en el Museo • 15

EL SÁBADO por la mañana, Trixie estaba lista para ir de compras antes incluso de que el resto de la familia se hubiese levantado.

—¡Cielos! —exclamó el señor Belden al entrar en la cocina—. ¡Lo veo y no lo creo! ¡Si hasta has puesto la mesa para el desayuno!

—Y he limpiado los muebles y batido la mantequilla para hacer galletas ——terminó Trixie, con sus ojos azules radiantes de felicidad—. Lo único que aún no he hecho ha sido mi cama. La apuesta con Mart sigue en pie y, como la he ganado, ya puede empezar a cumplir lo pactado desde hoy mismo…

Mart entraba en aquel momento.

—¿He oído que hablabas de camas? —preguntó—. Si es así, he de recordarle a cierta persona que todavía me quedan unas horas, durante las cuales puedo sacar mi varita mágica y conseguir que el perro me obedezca. Estoy decidido a que ese chucho haga lo que le mande. De eso depende el hacer las camas durante un mes, y no estoy dispuesto a perder.

Trixie sonrió. Ni siquiera Mart parecía ya enfadado con ella. Tal vez no lo había estado en ningún momento. Ahora que podía pensar fríamente, reconocía que la convivencia con ella esa semana había tenido que resultar difícil.

—¡Cuánto me alegra volver a verte contenta, Trixie! —dijo su madre sonriendo al entrar.

—Es porque he hecho las paces con Di —explicó Trixie—. ¡Me siento tan feliz!

Mart se quedó mirándola.

—¡Qué extraño! Vi a Di anoche y no me dijo nada de que hubiese hecho las paces contigo. En realidad, me dio la impresión de que tu nombre aún seguía borrado de su vocabulario.

—Bueno, pues te equivocas —replicó Trixie—. Ni siquiera puedo desayunar, mamá. Me parece que estoy demasiado nerviosa. ¿Qué te parece si me voy ya?

Asombrada, Helen Belden miró a su hija y luego al reloj.

—Pero, Trixie… ¡si sólo son las siete y media!

Y Trixie no tuvo más remedio que esperar. Pero a las nueve y media se dio cuenta de que no podía aguardar un instante más. Cogió la bici y se fue, a toda la velocidad de que era capaz, hasta el buzón situado en la carretera, junto a la finca de los Lynch.

Para su sorpresa, Honey ya estaba allí. Algo había en su aspecto que le hizo pensar a Trixie que ya llevaba allí un buen rato, paseando de arriba abajo. Lo olvidó todo, sin embargo, cuando Honey llegó corriendo a reunirse con ella.

—¡Honey! —llamó Trixie—. ¡Qué día tan espléndido!

Me siento tan feliz que podría volar como un pájaro. ¡Mira! —extendió los brazos y empezó a aletear, subiendo y bajándolos.

Honey no dijo nada.

—¡Honey! —los brazos de Trixie se detuvieron a ambos lados del cuerpo—. ¿Hay alguna pega?

—¿Pega? ¿Y qué pega podría haber? —Honey tragó saliva—. Todo está perfectamente. De veras.

Pero en cuanto apareció Di por una curva, Trixie se dio cuenta de que no todo estaba tan perfectamente como Honey había asegurado.

Di llevaba un alegre vestido de flores, pero su cara no mostraba expresión alguna. Al captar la mirada de Trixie, su rostro pareció indicar por un instante que se iba a dar la vuelta, hacia su casa.

Honey también lo temió.

—¡Espera un momento! —gritó, echando a correr hacia donde Di se había quedado, quieta y muda como una estatua.

Pronto vio Trixie que las dos se enzarzaban en una acalorada discusión. Honey movía los brazos y gritaba; Di se limitaba a mover la cabeza, negativamente.

Trixie se acercó a ellas.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó—. Son ya casi las diez. ¿Hay algún problema?

—Júzgalo tú misma —repuso Honey—. Ayer llegué a dos acuerdos para hoy: uno, entre tú y yo; el otro, entre Di y yo. ¡Me vais a matar entre las dos! Resumiendo, Trix, no le dije a Di que venías con nosotras esta mañana.

—¡Honey! ¿Cómo has podido hacer una cosa así? —se escandalizó Trixie.

—Ayer me pareció una idea magnífica —explicó Honey—. Creí que podría reconciliaros con facilidad. Pero anoche, cuando le conté a la señorita Trask lo que había hecho, me contestó que no debería haberme mezclado en eso. ¿Sabéis el tiempo que llevo esperando junto al buzón?

¡Una hora, así, como suena! He estado intentando armarme de valor para confesaros a las dos lo que había hecho.

Di parecía enfadadísima.

—¿Por qué lo has hecho, Honey?

De repente, Honey perdió la paciencia.

—¡Alguien tenía que hacer algo! —exclamó—. ¿No sabéis lo insoportables que habéis estado toda semana? Y después, cuando Brian y Mart dijeron que los Bob-Whites podrían llegar a dividirse…

—¡Dividirse! —se asombró Di—. Pero ¿por qué?

—¡Oh, Di! ¿Es que no lo ves? —intervino Trixie—. Si nosotros, los Bob-Whites, no conseguimos mantenernos unidos, ¿cómo vamos a intentar ayudar a los demás? Estoy realmente arrepentida de haberte molestado, pero nunca fue ésa mi intención. ¿Es que no podemos volver a ser amigas?

—¿Admitirás que estabas equivocada al sospechar que mi mayordomo era un ladrón?

—¿Y por qué es eso tan importante para ti? —gritó Trixie—. Si Mart te lo ha contado todo, tienes que admitir que el comportamiento de Harrison resulta muy extraño.

—Tendrá sus razones para obrar así —exclamó Di—. Sea como sea, no ha hecho nada malo: lo sé.

Trixie habría deseado estar tan segura como Di de la inocencia de Harrison, pero no lo estaba. Y, por otra parte, ¿qué era más importante: tener razón o ser amigas?

—Perfectamente, Di —dijo por último—. Estaba equivocada al suponer que Harrison era un ladrón; ya no volveré a preocuparme por él nunca más. Lo olvidaré.

—Él es inocente, lo sabes —dijo Di.

—¿Quién?

Di la miró.

—Harrison, naturalmente.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo —dijo Trixie con aire despistado—. ¿Harrison? ¿Quién es ése?

De repente cayeron en la cuenta de que Honey había estado observándolas atentamente. Cuando la miraron, rió feliz.

—¿Sabéis lo que os digo? —gritó—. Que hace un día estupendo. Me siento tan feliz que podría volar como un pájaro. ¡Mirad!

Extendió los brazos y empezó a aletear, subiendo y bajándolos. Poco a poco, Di hizo lo mismo.

Trixie vaciló, pero acabó imitándolas y, riendo, las tres «volaron» hasta las bicicletas.

¡Hacía una mañana maravillosa! Las tres amigas visitaron prácticamente todas las tiendas de Sleepyside, aunque compraron muy pocas cosas. Se conformaban con estar las tres juntas otra vez. Trixie no había sido nunca tan feliz… pero aquello no iba a durar mucho.

Estaban muy ocupadas tomando unas hamburguesas con salsa en Wimpy cuando volvió la tragedia.

Trixie miraba la calle por la ventana. Veía a los compradores de sábado y a la gente de negocios que iba con prisa a su trabajo, cuando se fijó en una bicicleta apoyada fuera de la bollería.

Se acercó más al cristal para poder ver mejor.

—Mirad —dijo con aire ausente—, ¿no es aquélla la bici de alguien cuyo nombre he olvidado?

Di se metió en la boca otra patata frita.

—No puede ser —contestó—. No tiene bici. Me lo dijo ayer, sin ir más lejos.

Trixie volvió a mirar. Parecía la misma bici amarilla en la que había visto ir al mayordomo de Di.

En ese instante, de la bollería salió un hombre con una bolsa de papel en la mano. No llevaba el uniforme ni la pistola, pero Trixie lo reconoció inmediatamente. Era Charlie, el cómplice de Harrison.

Trixie vio que echaba una mirada a derecha e izquierda de la calle, antes de montar en la bici y marcharse.

Entonces, Trixie se convenció de que aquélla era la misma bici que tantas veces había visto aparcada en el porche de la señora Crandall. Se fijó en la línea negra que ya anteriormente había visto dibujada en el guardabarros trasero.

Iba a decir algo, pero notó que Di la estaba mirando con frialdad.

—¿No vas a salir tras él, Trixie? —preguntó—. No te quedarás satisfecha hasta que no metas la nariz en el último rincón.

—No, no; eso no es cierto —protestó Trixie—. Sólo me estaba preguntando qué hacía ese hombre, Charlie, con la bici de Harrison.

Di arrojó el plato lejos de sí.

—¡Ya te he dicho que Harrison no tiene bici!

—Pero, Di, él le dijo a Jim que era suya. Y era esa bici. La he visto bastantes veces la semana pasada, no puedo equivocarme.

Di se levantó bruscamente.

—Está bien, Trixie —dijo—. Vamos a dejar las cosas claras de una vez para siempre. Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Honey las miraba sin saber qué hacer.

—¡Oh, Trixie, Di! Por favor, olvidad todo eso. Lo pasado, pasado. Dejadlo estar, y como si no hubiese ocurrido nunca.

Pero Trixie dijo:

—No, será mejor que dejemos todo claro de una vez para siempre. Si no lo hacemos así, siempre quedará la duda de lo que una piensa de la otra. Y yo no quiero fingir. ¿Y tú, Di?

Di no escuchaba. Estaba contando el dinero para pagar la consumición.

—Vamos —repitió—. Tenemos que arreglar esto… ahora mismo.

Los pensamientos de Trixie giraban incontrolados como un torbellino, mientras seguía, junto a Honey, a Di, fuera del restaurante. Atravesaron la plaza y avanzaron por la calle del Museo de Arte.

Enfrente, el aparcamiento del hospital no parecía tan lleno como de costumbre. Trixie suspiró. ¡Cuántas cosas habían pasado desde que Jim y ella estuvieron allí…! ¿De veras sólo había transcurrido una semana?

Di se encaminó al museo. Se detuvo ante la puerta, entró y echó una mirada por el pequeño vestíbulo, como si buscase a alguien.

Trixie también miró a su alrededor. Había visitado el museo varias veces, con sus compañeros de clase, cuando estaba en primaria, porque aquél era uno de los lugares de visita preferido por los profesores.

Pasado el arco de la izquierda, sabía Trixie, se encontraba la

pequeña galería de exposiciones. La ciudad de Sleepyside estaba orgullosa de su colección. Varios de sus más prósperos residentes habían prestado al museo, por tiempo indefinido, pinturas famosas.

Por el arco de la derecha se llegaba a una zona que todos llamaban la Sala Oriental, donde se exponían armaduras antiguas de guerreros japoneses. También había magníficas pinturas y delicados platos de porcelana china. Trixie supuso que allí debía haberse expuesto, con todos los honores, el jarrón Ming.

Mientras observaba la sala oyó ruido de pasos que se acercaban; por el arco apareció un grupo de visitantes.

Una voz suave decía:

—Y aquí, damas y caballeros, termina nuestra visita. Si tienen alguna pregunta que hacer o desean solicitar visitas especiales en cualquier momento, no duden en ponerse en contacto conmigo. Será un placer atenderles de nuevo.

Estas observaciones las hacía una joven que llevaba en la solapa una tarjeta en la que se leía: Janet Gray. Saludó atentamente a todos y desapareció por las oficinas del museo.

Honey susurró:

—Trixie, ¿no era…?

Ésta asintió y musitó a su vez:

—La que estaba en la sala de Harrison, en el hospital. La vimos también en el bazar, y después en el granero abandonado. Honey, es uno de los cómplices de Harrison. Y no sólo eso, sino que ahora caigo en por qué me resultaba familiar antes: solía darnos lecciones cuando veníamos aquí de pequeñas.

—No tiene aspecto de granuja —observó Honey—. Pero, en realidad, tampoco sé cómo se nota que alguien es un granuja.

Di miró a sus espaldas y dijo:

—¡Ah!, ya está aquí. Lo estaba buscando. ¿Puedo verlo un momento, por favor?

Trixie se volvió y se quedó con la boca abierta: allí, frente a ella, se encontraba nada menos que Charlie, el guardia. Le pareció que se asombraba de verlas.

—¡Oh! —dijo Charlie—. Buenos días, señorita. No sabía que iba a venir hoy.

—Hemos venido para ver si puede resolvernos una pequeña cuestión a mis amigas y a mí —dijo Di, señalando a Trixie y Honey

—. Verá: queremos saber de quién es la bici amarilla que ha usado usted hace unos cinco minutos. Mis amigas insisten en que pertenece a mi mayordomo, el señor Harrison, y yo digo que no.

Charlie tosió, nervioso.

—La bici es mía —murmuró—. Se la dejé una vez a Harrison porque necesitaba hacer un recado urgente.

—Entonces, ¿por qué dijo él que la bici era suya? —preguntó Trixie, que estaba completamente desorientada.

—No tengo ni idea, señorita.

—Ya ves, Trixie —siguió Di—. Charlie Burnside es el guardia del museo. La señorita Gray es cicerone del mismo. Los dos son amigos de Harrison desde hace bastante tiempo.

—¿Podría contestarme a una pregunta, por favor? —dijo Trixie, dirigiéndose a Charlie—. ¿Por qué estaban ustedes tres la semana pasada en aquel granero abandonado?

Charlie se puso nervioso.

—¿Granero abandonado? No sé nada de ningún granero abandonado. Discúlpeme, señorita. Janet y yo íbamos a tomarnos unos donuts para comer —y se alejó hacia la oficina, cuya puerta cerró bruscamente tras de sí.

—¡Bueno! —exclamó Di—. ¿Estás ya satisfecha?

—Su… supongo que sí —contestó Trixie, que se sentía más confundida que nunca—; pero ¿por qué no nos dijiste antes que conocías a toda esta gente?

—Estaba enfadada —confesó Di—. No me sentía con ganas de contaros nada.

—Charlie, al final, no ha contestado qué hacía en el granero —comentó Honey.

—Ni si la señorita Gray le contó a Harrison lo de la clave del libro de canciones infantiles —añadió Trixie.

—¿Y qué tiene de malo que se lo contara? —se impacientó Di—. Son amigos y tal vez ella lo mencionase. Quizá también Harrison estuviese intentando encontrar el jarrón Ming.

Y quedarse con él —pensó Trixie—. *Se marchó del hospital expresamente para buscarlo*.

Se veía que Di se sentía más feliz, ahora que creía haber encontrado un buen argumento y vencido en la controversia.

—Quiero enseñaros algo más —dijo con un tono de voz mucho

más amistoso. Y se encaminó hacia la Sala Oriental, acercándose a una pequeña caja de cristal.

Trixie y Honey se inclinaron para observar una hermosa diosa, de jade, pequeñita, graciosamente montada en un pedestal de ébano.

—¡Oh, Di! —exclamó Honey—. ¡Qué belleza!

Di sonreía.

—¿No es maravillosa? Se llama
Lien-Ting
. Papá la donó al museo el año pasado.

Trixie asintió.

—¿Está cerrada la caja? Supongo que sí, porque debe tener un gran valor.

—Por supuesto —respondió Di, inclinándose un poco más hacia la estatuilla—. No imagináis la de medidas de seguridad que tomamos cuando la trajo Harrison. Fue embalada en una caja especial y… —de pronto enmudeció y se quedó mirando.

Al ver la extraña expresión de Di, Trixie gritó:

—¿Qué pasa? —cogió el brazo de Di—. ¿Qué sucede? ¿Qué miras?

Di no contestó. Su rostro había perdido el color. Luego, con un gemido ahogado se soltó del brazo y salió de la sala corriendo.

Trixie y Honey se quedaron atónitas. Aún estaban mirando hacia donde había desaparecido su amiga, cuando la alta figura del señor Dunham, el conservador, apareció en la entrada.

—¿Era la señorita Lynch la que acaba de salir? —preguntó, con un gesto de preocupación en su cara—. Se ha ido tan de repente… Venía a decirle si queríais que os enseñase todo el museo… ¿Ha pasado algo?

Sumida en sus pensamientos, Trixie miró hacia la estatuilla de
Lien-Ting
.

—No estoy segura —dijo despacio—, pero creo que Di ha descubierto algo… algo que le ha afectado mucho. Me pregunto qué será.

¡El mayordomo lo hizo! • 16

CUANDO TRIXIE Y HONEY consiguieron llegar a la puerta del museo, ya no vieron a Di. Miraron calle arriba y calle abajo, pero no hallaron ni rastro de ella.

—No entiendo nada —se quejaba Honey—. ¿Qué habrá sido lo que le ha hecho salir corriendo de esa manera? ¿Y adónde puede haber ido? ¡Y yo que pensaba que todo se había arreglado!

Trixie parecía desesperanzada.

—Me siento como impotente. Lo único que se me ocurre es mirar por los alrededores, regresar después y recoger las bicis. Tal vez Di nos espere allí.

Las dos amigas buscaron por tiendas y calles durante media hora. Mientras tanto, iban hablando, intentando adivinar lo que podría haberle ocurrido. Una vez abandonada la búsqueda y de regreso a las bicis, descubrieron que la de Di había desaparecido, por lo que se marcharon apresuradamente a casa.

Mart estaba esperándolas impaciente en la entrada de la finca de los Lynch.

—Ya era hora —exclamó en cuanto las vio llegar—. ¿Dónde habéis estado? ¡Venga! Estamos todos esperándoos. Hay una reunión urgente de los Bob-Whites ahora mismo.

—¿Urgente? —gritó Trixie—. ¿Qué sucede?

—¡Mart, por favor! —suplicó Honey—, explícate. ¿Hay alguien herido?

—No, nada de eso.

Mart corrió con ellas por el camino que llevaba al club. Trixie y Honey, cansadas de recorrer las calles de la ciudad, apenas podían seguir su paso.

Trixie se detuvo de repente a mitad de camino.

—No doy un paso más hasta que no nos digas lo que pasa.

Mart se volvió y las miró.

—Como quieras. De todos modos, lo ibais a saber de la propia Di. Teníais toda la razón, Trix: Di acaba de reconocerlo. Se siente

culpable de la disputa que ha habido entre vosotras dos. Está muy afectada. Dice que se avergüenza de mirarte a la cara.

Trixie quedó más desorientada aún que antes.

—¿En qué tenía razón? ¿Por qué se siente culpable Di? ¿De qué estás hablando, Mart?

—De Harrison —dijo Mart, pura y llanamente—. Es un ladrón, Trixie. Di nos ha dicho que lo comprendió en cuanto vio la estatua de
Lien-Ting
en el museo este mediodía: es una falsificación, aunque no lo creas.

Trixie apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¡Pero si la diosa es bellísima! ¿Cómo sabe Di que no es la verdadera?

—Parece ser que
Lien-Ting
, la estatua real, tiene un ligero arañazo en el brazo derecho. No se nota, a menos que sepas cómo mirarla. Di lo sabe y por eso se fijó. Y no vio nada. La estatua que habéis admirado hoy es falsa: una copia muy bien hecha.

Honey preguntó:

—Pero, de todos modos, ¿qué le hace pensar a Di que ha sido Harrison quien se ha llevado la auténtica?

—Eso es lo que todos le hemos preguntado —respondió Mart—. Y nos ha dicho que Harrison siempre sintió gran admiración por esa estatua. Cuando la conservaban en casa de los Lynch, no dejaba nunca que se le aproximase nadie de la servidumbre, ni a quitarle el polvo ni nada por el estilo. Y Harrison fue la única persona en la que confió el señor Lynch para llevarla al museo.

—¿Y entonces fue cuando Harrison la robó? —preguntó Trixie.

Mart asintió.

—Y dice que, respecto a los demás sucesos, ya no cabe la menor duda. Opina que ha sido también Harrison quien robó el jarrón Ming. Lamenta no haberte creído. Y por eso se siente tan avergonzada.

Trixie respiró hondo.

—¿Y qué quiere que hagamos los Bob-Whites? —preguntó.

—Quiere que encontremos a Harrison. Quiere que le obliguemos a confesarlo todo. Y quiere que devuelva la estatua verdadera antes

de que sus padres lleguen a casa mañana.

—Espera, Mart —le interrumpió Trixie—. Si Harrison es un ladrón, Di debería llamar a la policía.

—Pero no quiere hacerlo —repuso Mart—. Hemos intentado persuadirla todos de que hable con el sargento Molinson, pero insiste en que no quiere. Dice que es un asunto familiar y que quiere resolverlo discretamente.

—¡Pero eso es una locura! —protestó Trixie.

—No, no lo es —dijo Honey de repente—. ¿No lo entiendes? Piensa que el señor Lynch, al confiar en Harrison, ha demostrado ser un mal psicólogo que desconoce la valía de los demás. Si se extiende esa idea, ¿imaginas lo que dirá la gente de su padre? No, no creo que Di haga una locura intentando resolverlo todo sin ruido y sin escándalos. Yo haría lo mismo en su lugar.

—Tienes razón —admitió Trixie—. No se me había ocurrido ese detalle. Muy bien, Mart, vamos a hablar con Harrison.

—No creo que resulte tan fácil —dijo Mart—. Harrison se ha esfumado.

—¿Esfumado?

—Largado, evaporado, ocultado, como quieras: se ha marchado. Y no me preguntes adónde, porque no lo sé.

Y volvió a correr hacia el club.

—¿Sabéis? —dijo Mart—. Todavía no acabo de creerlo. ¡El viejo Harrison, un ladrón! Eso lo demuestra.

—¿Qué es lo que nos demuestra? —preguntó Trixie.

Mart las miró solemne.

—¡Que el mayordomo lo hizo! —declaró.

Diez minutos después, los Bob-Whites habían discutido el asunto y acordado un plan de acción. Fueron a por los caballos para buscar a Harrison, estuviera donde estuviera.

Cuando se dirigían hacia los establos, Trixie tuvo la sensación de que los acontecimientos se iban a repetir otra vez.

Honey y ella cabalgarían por el bosque, y terminarían en Sleepyside Hollow. Verían una bici desconocida apoyada en el porche de una casita que olía a colonia. En la bodega…

Sintió un sobresalto, al darse cuenta de que Di le estaba hablando.

—¡Oh, Trixie! ¿Podrás perdonarme? No quisiera que

volviésemos a peleamos. ¿Amigas?

Trixie la abrazó.

—Amigas —repitió, llena de felicidad—. Tampoco yo quiero que volvamos a pelearnos.

—He sido tan testaruda… —confesó Di—. Si ahora encontráramos a Harrison…

—¿Estás segura de que es él el ladrón? —preguntó Trixie—. Cuando volviste este mediodía a casa, ¿miraste en su cuarto? ¿Se había llevado la ropa?

—No miré. Cook me dijo que había recibido otra llamada telefónica; después, salió inmediatamente. Por alguna razón que no me explicó, Cook interpretó que la llamada procedía del museo.

—¡Atiza! —exclamó Trixie—. Otra llamada telefónica misteriosa. Esto parece cosa de brujería. Todo parece igual que la semana pasada, cuando Harrison desapareció por primera vez.

Di la dejó y corrió a su casa, para cambiarse rápidamente. Se puso la ropa de montar, ensilló el caballo y fue a juntarse con los demás, como la otra semana, en los establos de los Wheeler.

Trixie se miró sus vaqueros. No constituían ciertamente un atuendo muy distinguido para cabalgar, pero, por lo menos, estaba cómoda con ellos.

Los demás Bob-Whites, era evidente, sintieron la misma sensación. Nadie había ido a cambiarse.

Salvo Di, Dan era el único que los había dejado un momento. Pronto estuvo de vuelta a lomos de su viejo Spartan, que también pertenecía a los Wheeler.

Dan observó cómo sus amigos ensillaban los caballos.

—¿Está todo listo? —preguntó alegre.

Regan recomendó a su sobrino:

—Y ahora, cuida de todos ellos, Dan, hijo.

Mart sonrió.

—Y no galopéis por el bosque.

—Cuidado con las piedras —añadió Brian imitándolo.

—Y con las raíces que sobresalen —terminó Honey.

—Y con las cosas que se aparecen de repente en la noche —prosiguió Jim—. Te toca a ti, Trixie.

Pero ésta seguía en otra galaxia. Mientras apretaba la cincha de Susie, refunfuñó:

—Quisiera saber por dónde vamos a empezar.

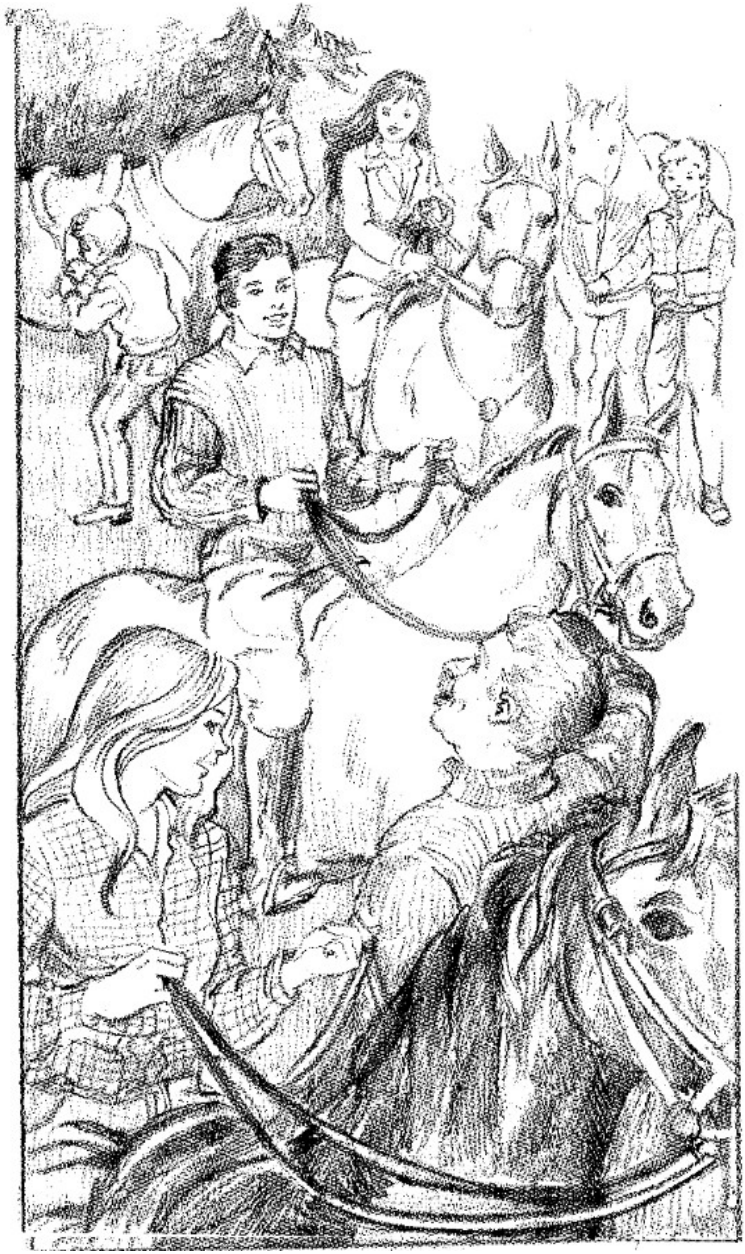
—Ya hemos discutido eso —dijo Mart, sacando a Strawberry de su cuadra—. Me parece que nos dirigiremos a Sleepyside Hollow.

—Ya —repuso Trixie—, pero estoy intentando recordar algo muy importante, y no sé qué es.

Seguía sin recordarlo cuando apareció Di a lomos de Sunny. Pronto todos los Bob-Whites cabalgaban por el prado.

De repente exclamó Trixie:

—¡Parad! ¡Por favor, parad!



Los caballos se detuvieron. Protestaron, agitando la cabeza y coceando el suelo, impacientes. Los jinetes los sujetaron con firmeza.

—¿Qué pasa, Trix? —preguntó Jim.

—Tengo que repasarlo todo otra vez —contestó ella—. Hemos perdido un cabo en alguna parte. Sé que es así.

—Perfectamente —intervino rápidamente Honey—. Empieza.

—Parece ser que todo comenzó con el jarrón Ming —siguió Trixie—. Por consiguiente, debemos fijarnos en el señor Parkinson, el dueño de ese jarrón, que tenía que enviarlo al museo. Alguien llamado Jonathan Crandall lo recibe.

—Perfecto —asintió Mart—. Pero, en realidad, ¿qué es lo que ocurre?

—Nunca lo hemos sabido —dijo Brian—. Sigue, Trix.

—El jarrón fue entregado un viernes por la tarde —prosiguió Trixie—, pero el señor Crandall no tenía sitio para guardarlo durante el fin de semana.

—La caja de cristal no se había entregado aún —dijo Trixie lentamente, siguiendo el hilo de su pensamiento— y la caja fuerte del museo tenía la cerradura estropeada. Supongamos entonces, repito, supongamos, que el señor Crandall se lleva el jarrón a casa para protegerlo hasta el lunes siguiente.

—Pero ¿dónde lo puso? —preguntó Di—. No lo entiendo.

—El señor Crandall acababa de esconder un regalo de cumpleaños de su esposa —explicó Trixie—. Tiene que ser un escondite increíble, porque la señora Crandall todavía no ha conseguido encontrarlo. Honey y yo creemos que el jarrón Ming está junto al regalo de cumpleaños.

Honey siguió la narración:

—Al señor Crandall le gustaban mucho los jeroglíficos, acertijos y todas esas cosas, y le dio a su esposa una clave con la que encontrar el escondite. Le dijo que era elemental. Pero murió aquel mismo fin de semana sin añadir palabra.

—Espera. Hay algo más —Trixie sujetó con firmeza las riendas —. Mientras tanto, alguien había llegado a estas mismas conclusiones.

—Harrison, seguro —intervino Mart.

Trixie no escuchaba.

—Y ese alguien intenta por todos los medios encontrarlo para su exclusivo beneficio. Estoy tentada a creer que incluso compraría de buena gana la casa a la señora Crandall. De ese modo podría buscar a sus anchas el jarrón, hasta encontrarlo. Pero la señora Crandall no quiere venderla.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Mart, con tal ímpetu que Strawberry dio un brinco que casi lo derriba. Mart se esforzó en mantenerse en la silla—. Harrison disfrazado de jinete sin cabeza, ¿no? Quiere asustar a la señora Crandall, obligándola así a abandonar la casa y tal vez la ciudad. Pero la señora no se asusta tan fácilmente. ¿Voy por buen camino?

Trixie asintió con la cabeza.

—Creo que sí.

—Por eso la llamó por teléfono, diciéndole que su hermana estaba enferma —dijo Dan—. Vaya un lío…

—Pero tiene que haberle sentado fatal que en vez de irse con su hermana se la haya traído para que le haga compañía.

—No creo que mi padre se haya equivocado nunca tanto con una persona —dijo Di a punto de llorar—. Me da la sensación de que ese mayordomo es miembro de alguna banda. Han robado la diosa del museo, y Dios sabe cuántas otras cosas más.

—Pero ¿dónde estará Harrison? —preguntó Brian.

—No lo sé —repuso Trixie—. Eso es precisamente lo que estaba intentando recordar, para decíroslo. Y era muy importante. El granero abandonado olía como los establos de Honey, y eso significa que allí había un caballo… o lo hubo poco tiempo antes.

Honey abrió la boca componiendo un gesto de sorpresa.

—¡Naturalmente! —exclamó—. El jinete sin cabeza tiene que dejar el caballo en alguna parte. ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes?

—¿Dónde está el granero? —preguntó Jim—. ¿Queda muy lejos?

—Por muy lejos que esté —dijo Trixie gravemente—, intuyo que debemos ir enseguida. Creo que es allí por donde debemos empezar la búsqueda.

¡Atrapados! • 17

PRONTO LOS BOB-WHITES se encontraron otra vez en el bosque. Trixie volvió a aspirar los agradables perfumes de la floresta, y a escuchar el
clop-clop
de las herraduras de sus caballos sobre el suelo mullido.

Suspiró.

—Ahora no parece tan tenebroso, ni asusta —le dijo a Jim, que cabalgaba a su lado—. La otra noche, cuando nos perdimos Honey y yo, nos parecía que había un fantasma oculto detrás de cada tronco. De no haber sido por nuestro perro…

En aquel instante, como si supiese que estaban hablando de él, apareció Reddy saltando entre los árboles, las orejas tiesas, el rabo enhiesto. El pelo no tenía en absoluto aspecto de limpio, ni de cepillado. Trixie sospechó que había estado cazando conejos.

—¡No, Reddy! —le gritó con medio cuerpo fuera de la silla—. No puedes venir con nosotros. ¡Ve a casa!

Reddy no hizo ningún caso. Estaba encantado de verlos, y esperaba que ellos así lo entendiesen. Lanzó unos ladridos cortos y agudos, a la vez que emprendía la marcha delante de todos, tan cerca que casi lo pisaban los caballos, volviéndose de vez en cuando como si quisiera morderse la cola.

La consecuencia de su actitud fue una conmoción tan enorme entre los caballos que los Bob-Whites se las vieron y se las desearon para mantenerse en sus sillas.

—¡Mart! ¡Haz algo! —suplicó Trixie, mientras Susie se agitaba debajo de ella.

—¡Reddy! —gritó Mart desde Strawberry—. ¡Échate! ¡Hazte el muerto!

Al instante, Reddy se quedó sentado agitando la cola como si ésta tuviese vida propia, independiente del resto del cuerpo, moviéndose de un lado a otro y levantando una nube de hojas secas, palitos y tierra.

—¡Voilá! —exclamó Mart orgulloso, aprovechando el súbito silencio que se produjo—. Sólo es cuestión de saber las palabras que hay que decir. Ya lo veis.

—¡Oh, Mart!, mándalo a casa —pidió Trixie.

—¿Admites, mi querida hermana, que poseo la facultad de controlar a nuestro amigo el perro?

Brian se echó a reír.

—¡Ahora te tiene él a ti, Trixie! Reddy le ha obedecido inmediatamente.

—¡Pero eso no vale! —exclamó Trixie—. Mart no le está enseñando a Reddy a hacer lo que le dice.

—¡Te equivocas! —replicó a su vez Mart—. Se trata de que Reddy haga lo que queremos. Y he conseguido que se esté quieto.

Trixie suspiró.

—Me parece que al final he perdido la apuesta —dijo con resignación—. Entonces me toca una semana extra de hacer camas —miró al perro—. Pero lo mejor que puedes hacer, Reddy, es cumplir lo que se te mande, o lo vas a pasar muy mal.

Reddy levantó la cabeza y la miró.

—Dejadle que se quede —pidió Di—. Nos hará compañía.

—Dicho y hecho —anunció Mart, que gritó a continuación—: ¡Reddy, márchate!

El perro se fue inmediatamente junto a Strawberry, decidido a seguirlo hasta el fin.

Trixie volvió a suspirar.

—Bueno, cuando hayamos resuelto el caso, tendremos algo más que celebrar.

Después, reanudaron la marcha por el bosque.

La cola de Reddy, que parecía un muestrario de recuerdos del camino, ondeaba triunfante mientras el perro marchaba junto al grupo.

Al llegar al granero, Trixie pudo comprobar que parecía mucho más abandonado que de noche, visto así, a la luz del día. Junto a su entrada yacía un arado roto y oxidado, donde habían anidado un par de palomas torcaces.

—¡Uf! —exclamó Mart—. ¡Mirad! Parece como si no hubiese venido aquí nadie desde hace años.

—¡Excepto en esto! —llamó la atención Trixie—. Se había

inclinado en la silla y señalaba hacia el suelo.

Los Bob-Whites desmontaron de los caballos y examinaron el terreno.

—Es una huella de herradura —dijo Di estremeciéndose—. Pero es curioso: parece como si hubiese sido hecha… por un caballo que llevase zapatillas —terminó.

Trixie estaba nerviosísima.

—Eso fue lo que me pareció la primera vez; parece que seguimos la pista correcta.

Los Bob-Whites ataron las riendas de los caballos en las ramas bajas de un árbol y entraron en el granero.

Les bastó una mirada para asegurarse de que Trixie tenía razón. En uno de los rincones del fondo había un caballo, de pelaje ligeramente brillante. Era negro como Júpiter y, en opinión de Trixie, casi tan bello como él. Los cascos se conservaban aún recubiertos de trapos, lo que le permitía moverse por el bosque en silencio.

—¡Aquí está! —dijo Trixie—. Éste es el caballo que lleva zapatillas. Y cuando aquella noche creímos que se habían evaporado, lo que pasó en realidad fue que, al ser negro, lo perdimos de vista y, como no hacía ruido…

Honey se estremeció.

—Ahora comprendo; el fantasma no era otro que Harrison, vestido de modo que infundiera miedo —le dijo a Jim—. Pero sigo temiendo que aparezca el jinete sin cabeza…

Su voz se diluyó en un silencio misterioso. Miró por encima de los hombros de su hermano, hacia el extremo opuesto del granero. Los demás Bob-Whites se volvieron poco a poco.

Hacia ellos avanzaba una figura. Iba envuelta en una capa negra que la cubría desde los hombros —sin cabeza— hasta la punta de las zapatillas blancas. La capa tenía un jirón en el borde.

—Muy ingenioso, ¿eh? —dijo Mart.

Y unos segundos después vieron su rostro, riendo, tras quitarse el armazón que lo cubría.

—¡Mart! —gritó Trixie—. ¡Nos has asustado!

—Lo encontré colgado ahí atrás —aclaró Mart—. La capa está montada en un armazón de madera; miradlo —y lo mostró a todos. También observaron los agujeros que se le habían hecho para poder

ver.

—¡El jinete sin cabeza cabalga otra vez! —gritó Dan.

Entonces se produjo un ruido inesperado tras ellos. Al mirar, vislumbraron fugazmente una silueta alta con sombrero de hongo.

La puerta del granero se cerró de golpe e inmediatamente oyeron el sonido de una pesada barra que la atrancaba.

—Es Harrison —dijo Di—. ¿Qué vamos a hacer? ¡Estamos encerrados!

Los chicos perdieron unos minutos preciosos intentando abrir la puerta y echarla abajo. No consiguieron ninguna de las dos cosas.

—Nada —reconoció Brian—. Esa puerta es más fuerte de lo que parece. Y ahora, ¿qué?

—Podemos gritar pidiendo ayuda —apuntó Mart.

—¿Y quién nos va a oír? —dijo Honey—. Pasaríamos aquí la Navidad. ¿Qué se te ocurre, Trixie?

Pero Trixie estaba pensando en otra cosa.

—Esto no parece que tenga mucha lógica —murmuró—. ¿Por qué no buscó en la casa cuando tuvo su oportunidad? Lo que no hay duda es que olí el perfume. Y aquí está la capa que faltaba. No me extrañaría… —se detuvo, perpleja—. No recuerdo que Reddy haya entrado aquí con nosotros.

—No, no ha entrado —contestó Honey—. Lo dejamos ahí fuera, con los caballos.

—Entonces, ¿cómo está aquí ahora? ¡Reddy, ven!

Reddy, que había estado olfateando todos los olores del granero, se volvió inmediatamente y desapareció.

Se oyó un crujido. Los Bob-Whites vieron un destello de luz al salir Reddy forzando una tabla podrida situada tras el pesebre del caballo negro.

—¡Estamos salvados! —dijo Mart.

—Ten cuidado al pasar junto al caballo —le advirtió Jim, siguiéndolo.

Pero no pasaron apuros. Al poco rato todos los Bob-Whites respiraban el aire puro del campo, cegados por la luz del sol.

—Era elemental, después de todo —expuso Mart dándose importancia.

Trixie se quedó como petrificada. En su cerebro se puso otra vez en marcha toda la secuencia: la puerta cerrada de la bodega, la casa que olía a colonia, la capa perdida, el bromista, la estatua de Lien-Ting

…

—¡Ya está! —gritó—. ¡Ésa es la solución! ¿No lo entendéis? ¡Tenemos que ir a Sleepyside Hollow inmediatamente! ¡No tenemos ni un momento que perder! ¡Sé dónde está escondido el jarrón Ming!

¡Triunfo! • 18

NUNCA RECORDABAN los Bob-Whites haber visto a Trixie moverse con tanta rapidez. Cuando aún estaban junto a los caballos, ella ya había montado en Susie y se dirigía al camino del bosque.

A pesar de la prisa de su hermana, pronto Brian consiguió ponerse a la cabeza.

—Conozco el camino del bosque mejor que tú —dijo—. Seguidme todos.

Brian tenía razón. Los condujo sin equivocarse hasta el sendero y, desde allí, a la casita del claro. Inmediatamente, Trixie desmontó.

—¡Rápido! —avisó Brian—. ¡Ocultad los caballos!

Trixie corrió a la puerta de entrada.

La señora Crandall la recibió sorprendida. Parecía como si estuviese esperando a otra persona.

—¡Oh, querida! —dijo, secándose las manos en el delantal blanco que llevaba—. ¿No queréis entrar? Estábamos a punto de tomar una tapita.

La cara de Mart se entristeció cuando Trixie contestó:

—No, muchas gracias, señora Crandall. Pero ¿podríamos echar un vistazo a sus árboles frutales?

—¿Árboles frutales? —Dan estaba atónito.

—Espero que lleguemos a tiempo —dijo Trixie—. Sospecho que él ha encontrado algo que le ha puesto sobre la clave verdadera. Por eso fue esta tarde al granero a por el caballo.

La señora Crandall carraspeó.

—¿Me estás diciendo que has averiguado dónde es…?

—… el escondite —completó Trixie.

Y a toda prisa, Trixie los llevó al huerto trasero y se dirigió sin vacilar al viejo manzano. Los Bob-Whites vieron que su mano se metía en el gran hueco del tronco retorcido. Unos momentos después, se volvió hacia ellos.

—¡Ya lo tengo! —anunció, y sacó con cuidado dos paquetes: uno, pequeño, envuelto en papel de regalo; el otro…

—Pero si eso no es más que una vieja capa enrollada —se lamentó Honey.

—¡La capa perdida de Jonathan! —gritó la señora Crandall.

—Me parece que es bastante más que eso —repuso Trixie sonriendo feliz. Lenta y cuidadosamente, fue desenvolviendo la capa. Por fin, protegida de las inclemencias del tiempo y los posibles golpes, había una cajita de madera.

Mart se quedó de una pieza.

—¿Será…?

Claro que era. Ya bien acomodados en el salón, la señora Crandall levantó un cerrojillo y abrió la tapa. Miraron su interior almohadillado. Allí, perfectamente encajado en un molde de raso, estaba la verde figura del jarrón Ming.

Polly Ward exclamó:

—¡Oh, Rosa! ¡Al fin lo has encontrado! Estoy tan contenta…

Pero entonces alguien añadió suavemente:

—Lo mejor será que yo me haga cargo de eso. La señorita Trixie ha sido muy amable al descubrirlo.

—¡Harrison! —gritó Di, volviéndose para hacerle frente—. Debí haber supuesto que estaría aquí —la chica enmudeció.

Harrison iba en mangas de camisa. La cicatriz rosa de la frente le daba a su cara un aspecto ligeramente siniestro. En la mano llevaba un cuchillo.

—¡Oh, no, no lo conseguirá! —le desafió Mart dispuesto a saltar.

—¡Quieto, Mart! —avisó Trixie—. ¡Harrison no es el ladrón! Y el cuchillo que lleva es para patatas, me parece.

Harrison estaba estupefacto.

—¿Yo, un ladrón?

—Pero, si Harrison no es el bandido —intervino Di—, ¿quién…?

En la puerta se oyó un ligero chasquido, al entrar alguien. Se recortó en el umbral una alta silueta. Llevaba traje oscuro y un sombrero de hongo, además de una pequeña pistola en la mano. Pareció sorprendido al encontrar la habitación llena de gente.

—Sabía que era usted —exclamó Trixie—. Ya vino aquí a fisgar una vez. Se llevó el sombrero de Harrison para que las sospechas recayeran en él. Lo robó, lo mismo que la llave de la puerta, para cuando se le presentase una ocasión como la de ahora. Incluso ha estado observando la casa desde el granero abandonado.

El hombre no respondió.

—Ha debido pasarlo mal hoy, cuando Di descubrió que la estatua del museo era una falsificación —siguió Trixie—. Ahora tendrá que huir de la ciudad a toda prisa. ¿Qué más ha robado?

—¿Es el bromista? —preguntó la señora Ward.

—No se trata de ninguna broma —repuso Trixie—. La semana pasada hizo salir a la señora Crandall de la ciudad para poder venir él aquí, en busca del jarrón. Pero entonces fue cuando apareció Harrison en escena.

—¿Fue cuando encerró a Harrison en la bodega valiéndose de un truco? —preguntó Honey—. ¿Pero por qué no lo registró todo cuando tuvo la ocasión?

—Empezó a hacerlo —dijo Trixie—. Debí recordarlo antes. Estábamos esperando la ambulancia, Honey, y empezaste a pasear por este cuarto. Estuviste cerrando cajones y poniendo derechos unos libros. Todas esas cosas desordenadas eran indicios de que alguien había estado revolviendo la casa en busca de algo.

Enrique Octavo daba vueltas por la habitación. Trixie lo miró.

—Fue precisamente Enrique quien estropeó sus planes la otra noche —dijo al hombre alto—. Ya había buscado por aquí y se disponía a subir a la planta superior, cuando de repente oyó allí un ruido. Debió pensar que Harrison había traído consigo a sus amigos del museo; entonces tuvo miedo y se fue.

—Pero ¿quién hizo el ruido? —preguntó Mart.

—Enrique tiró un frasco de colonia —terminó Trixie.

El hombre se acercó y la observó.

—Muy inteligente al deducir dónde escondió Crandall el jarrón. También yo había llegado ya a la misma conclusión: en el viejo manzano… —apuntó con la pistola a Trixie y extendió la mano libre—. ¡No os mováis! ¡El jarrón es mío! ¡Dámelo!

Trixie miró tras él, a la puerta de entrada abierta. Reddy estaba allí, esperando pacientemente. Tuvo una idea.

Enrique, perdóname —musitó para sí misma. Después, en voz alta, llamó—: ¡Reddy! ¡Deja en paz al gato!

En menos de un segundo, Reddy entró en el cuarto como una tromba, lanzándose entre las piernas del bandido.

Éste perdió el equilibrio en el mismo momento que sus dedos casi tocaban la tan anhelada caja.

—¡A por él, muchachos! —gritó Brian, que se lanzó a por la pistola.

Jim, Mart y Dan obedecieron con el entusiasmo que es de suponer. Hubo en el suelo el alboroto de una breve lucha y, después, silencio.

Desde lo alto de un armario, Enrique se estiró y empezó a lavarse. Reddy, que no había conseguido atraparlo, lo miraba muy decepcionado.

Mart ayudó al rufián a ponerse en pie.

—Así que éste era el villano —dijo.

Y éste no era otro que el conservador del museo: Alfred Dunham.

Al día siguiente, ya con Dunham bien seguro tras las rejas, los Bob-Whites y Harrison volvieron a casa de Rosa Crandall.

—¿Pero cómo llegaste a deducir todo? —le preguntó Di a Trixie.

—Pues no lo sé —confesó ella—. Fíjate que llegué a creer que Harrison era el culpable. Sus actos, como sabes, resultaban muy sospechosos.

—¡Dios del Cielo! —dijo la señora Crandall—. Si hubiese sabido lo que estabais pensando, podía haberos sacado de vuestro error.

Sonrió a Harrison, que había insistido en servirles a todos limonada fría y pastas recién salidas del horno.

—¿Y por qué nos mintió? —le preguntó Di.

—Yo te diré por qué —le dijo Trixie—. Porque estaba intentando rehabilitar el buen nombre del señor Crandall; le ayudaban Charlie Burnside y Janet Gray, del museo.

—Así es, señorita —asintió Harrison—. Hace unos meses estuve en el museo y vi cómo entregaban a mi amigo Jonathan el jarrón Ming. Tuve que contárselo a la policía cuando me preguntaron, claro; pero desde entonces no me sentí cómodo. Por mi testimonio, mucha gente creyó que mi amigo era un ladrón. Me propuse entonces encontrar el jarrón para poder rehabilitar su memoria.

—¿Por qué no avisó a la policía cuando se dio cuenta de que habían registrado la casa aquella noche? —preguntó Jim.

—Iba a hacerlo —respondió Polly Ward. por él—. Pero temía que Rosa se aterrorizase si llegaba a saber que había venido un intruso. Por eso mintió con lo de la encerrona en la bodega. Además, se aseguró de que no faltaba nada.

Trixie asintió.

—Sí, recuerdo que volvió al día siguiente. Y que mintió en lo de la bici amarilla, porque no quería decir que era amigo de Charlie Burnside y Janet Gray.

—Correcto, señorita —asintió Harrison—. Tenía la impresión de que estábamos muy cerca de la solución. Pero creí que sería mejor trabajar de un modo subterráneo, por así decirlo.

—Además, no quería que un grupo de muchachos se inmiscuyera en el asunto, ¿verdad? —preguntó Mart de repente.

Harrison no dijo nada. Se limitó a volver a llenar el vaso de Mart y ofrecerle más pastas.

Dan seguía pensando.

—¿Le contó la señorita Gray lo de la clave del libro de jardín de infancia? —preguntó.

—Claro que sí —admitió Harrison—. Yo sabía la clave verdadera, como es natural, pero pensé que tal vez la señorita Trixie había llegado a la solución. Temo que haya sido la misma señorita Gray quien, accidentalmente, haya podido decirle al señor Dunham la clave real hoy a mediodía. Me telefoneó y me pidió que viniese aquí lo antes posible. Sabíamos que intentaría buscar otra vez antes de huir de la ciudad. Ya había intentado comprar la casa, aunque había fallado en el empeño. Sospechábamos de Dunham, como ven. Charlie, en efecto, estaba encargado de mantener una estrecha vigilancia sobre él, por ejemplo en el granero abandonado.

—Ya entiendo —dijo Trixie, recordando.

—¿Y qué va a pasar con el caballo de Alfred Dunham? —preguntó Honey—. No es culpa suya que su dueño sea un granuja.

—Ya le hablé al sargento Molinson de él —dijo Brian—. No tienes por qué preocuparte. El sargento recordó que Dunham tiene un hermano que cría caballos, y estará muy contento de llevárselo. La policía se encargará de todo.

—¡Oh! —exclamó Di—. Casi me olvido de decirlo. Vamos a recuperar el
Lien-Ting
original. La policía nos ha dicho que Dunham lo ha confesado todo. No había tenido tiempo de vender la estatua. Todavía estaba en su casa.

—Si el señor Parkinson llega a ceder su Gainsborough al museo

—dijo Trixie—, seguro que Alfred Dunham también lo habría robado.

Honey suspiró llena de alegría.

—Bueno. Todo ha terminado felizmente. Conseguiremos la recompensa del jarrón y la entregaremos a la UNICEF.

—Y, por fin, el nombre de mi esposo quedará libre de calumnias —dijo muy satisfecha la señora Crandall.

—Por mi parte, he aprendido que los amigos son más importantes que los misterios —confesó Trixie, mirando a Di, que le sonrió.

—Y yo he recuperado el sombrero —dijo Harrison. Para asombro de todos, una de las comisuras de su boca se desplazó unos milímetros. ¡Harrison sabía sonreír!

—Trixie encontró el regalo de cumpleaños —observó Polly Ward —, pero tú, Rosa, con la emoción del momento, te has olvidado de abrirlo.

Quedaron todos expectantes, mientras la dueña abría la cajita, tras quitarle el papel que la envolvía. Dentro había un medallón precioso con una cadena de oro. Y también una diminuta tarjeta de felicitación, dibujada a mano.

Los ojos de Rosa Crandall se llenaron de lágrimas. Leyó en voz alta: «Hoppy, el saltamontes; una botita de niño; un dibujo de un ciervo y una rosa».

Trixie se rió.

—Hoppy. Bootie. Deer. Rose. «Happy birthday, dear Rose». ¡Cómo le gustaba al señor Crandall hacer juegos de palabras! Es casi tan difícil como encontrar la clave del escondite del regalo.

—¡Ah! A propósito —dijo Brian—. ¿Cómo llegaste a saber dónde estaba?

—A fuerza de darle vueltas —confesó Trixie—. Al señor Crandall le gustaban los jeroglíficos y jugar a Sherlock Holmes. Debió tener la idea al mirar al hueco del tronco del manzano. Lo marcó con las letras LMN, pero no tenía injertos, ¿lo recordáis? ¡Cómo se tuvo que divertir!

Le dijo a su esposa que la solución era elemental. Exactamente: L-M-N-tree[**], ¿entendéis?

—Te felicitamos, Trix —dijo Jim—. Ha sido un buen trabajo.

—¡Sencillamente impresionante! —añadió Di.

Y todos asintieron con entusiasmo.

—No está mal, señorita Sherlock —le dijo Mart—. No está mal del todo.

Todos se rieron cuando Trixie le contestó:

—Naturalmente: era elemental, mi querido Mart.

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[*] N. del T.: Dejamos este texto en el original inglés, porque se trata de un juego de palabras intraducible. «Halloween» es una fiesta que se celebra la noche de Todos los Santos. < <

[**] N. del T.: En inglés, elemental se dice elementary. Y tree significa árbol. < <